International BestSeller

Un libro de la colección

Bing Drake



Brillo SUPERFICIAL

Un libro de

Dina Drake

Brillo Superficial

2024
MailBox 06796
.24 X 19 cm – 58697 |5678-j-364
3356NML | 07/ Y345HJ67D
Tutti i diritti riservati.
È vietata Ia riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.

Edizione digitale

PROLOGO

Leroy, con su carisma arrollador y su vasta fortuna, se erigía como el emblema del éxito hecho realidad. Proveniente de orígenes modestos, había trazado un ascenso meteórico hasta alcanzar una posición que despertaba la envidia de muchos. A su lado, Layla, su esposa, encarnaba la gracia y el refinamiento, fusionando a la perfección belleza, agudeza mental y una estirpe distinguida. A primera vista, conformaban la pareja ideal, una sinfonía de armonía y prosperidad que envidiaban quienes los rodeaban. No obstante, detrás del velo de perfección y ostentación, se ocultaba una realidad amarga: el vínculo matrimonial entre Leroy y Layla se erigía sobre cimientos frágiles y engañosos.

Layla, seleccionada minuciosamente para realzar el éxito de Leroy, había asumido su papel como instrumento hacia una existencia de opulencia y comodidades. Sin embargo, tras la apariencia de felicidad y estabilidad, se cernían las sombras de la insatisfacción y la falta de autenticidad. ¿Cómo podrían encontrar la genuina felicidad cuando su unión se sustentaba en la mera conveniencia y el interés material? Aunque sus vidas se entrelazaban en la fachada de la opulencia, el verdadero amor y la conexión sincera seguían siendo esquivos. En su universo de apariencias y falsedad, alcanzar la felicidad requeriría un viaje hacia la sinceridad, la empatía y el compromiso genuino. Solo entonces, podrían descubrir la auténtica belleza de una unión satisfactoria y verdadera.

CAPÍTULO 1

Inglaterra, inicios de los 90

El expreso urbano se acercaba al crucero de Queen. Corría en medio de altos edificios de apartamentos que no beneficiaban a los planificadores de esta sección de la ciudad. Más modernos eran los rascacielos elevados, tan feos en apariencia como los primeros, moles de concreto y vidrio rígido e impersonales. Al menos los apartamentos tenían restos de pintura que delataban la presencia humana. Los rascacielos podrían haber sido templos monolíticos dedicados a los dioses.

Leroy Fletcher levantó la vista de los papeles que tenía extendidos sobre la mesa y miró por la ventana, quedando un poco sorprendido. Londres, solamente dos horas y media después de salir de York. ¡Qué fácil era transportarse en la actualidad! Él podía haber tomado un avión, por supuesto, pero disfrutaba el viaje en tren. Le recordaba su juventud, sus primeras impresiones de la gran ciudad, y al inexperto joven que era en esa época.

Un mozo tocó en la ventana de su privado y Leroy, con un gesto imperativo, le indicó que podía entrar.

— Faltan sólo cinco minutos para el crucero de Queen, Sr. Fletcher — le dijo con cortesía y deferencia — . ¿Necesita usted algo más señor? ¿Otro trago quizá?

Leroy movió la cabeza negando, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un billete de cinco libras.

— Nada más, gracias — respondió extendiendo el billete al hombre — . ¿Puede usted arreglar que mi equipaje sea llevado a mi automóvil cuando lleguemos?

— Por supuesto señor. Gracias, y espero que haya tenido un viaje placentero.

Los ojos grises de Leroy brillaron con ironía.

— Aceptable. Gracias.

El mozo sonrió cortés y salió. Después, Leroy comenzó a guardar sus papeles dentro de su maletín. Durante el trayecto, había podido completar su evaluación del negocio Richards & Richards y confiaba que no habría dificultades. La empresa Richards & Richards Chemicals formaría parte muy pronto de la Fundación Fletcher y eso le complacía mucho. Por supuesto, tendría que discutir los detalles con Sinclair en la mañana, pero eso era pura formalidad.

Terminó de guardar sus papeles y sacó una cajetilla de cigarros. Encendió uno y descansó la cabeza de pelo oscuro en el asiento. A través de las ventanillas del tren, algo empañadas, brillaban las luces de la ciudad. Era un poco más de las siete y en esa época del año la luz del día no duraría mucho más. Hacía frío, él lo había sentido mientras esperaba el tren en la estación de York. La baja temperatura de octubre se acentuaba con un helado viento del este. Después de haber estado en el calor de la costa occidental de los Estados Unidos, este clima resultaba mucho más frío.

Sonrió. ¡Qué manera de regresar a Londres desde Los Ángeles, vía Glasgow y la estación de ferrocarril de York! En realidad esa era su costumbre. Siempre que regresaba a Inglaterra pasaba la primera noche con su madre y como ella vivía en Shelton en el condado de Yorkre, siempre volaba a Galloway y viajaba hacia el sur desde ahí.

Sus pensamientos se trasladaron a los momentos irritantes en que tendría que cambiar del tren a su coche, la llegada a su casa situada en el elegante barrio de Belgravia, y a Layla, su esposa… Sus labios se contrajeron al pensar en ella. En este momento ya habría recibido las flores que le envió desde Glasgow y sin duda lo estaría esperando para darle la bienvenida. Aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo, recordando los detalles exquisitos de su casa y anticipándose al placer que le daría una velada en compañía de su esposa y durante la cual la deleitaría con los detalles de su viaje.

Y ella escucharía. Layla siempre escuchaba, pensó desdeñoso. En ese momento se sorprendió de nuevo al recordar qué sintió cuando ella había aceptado casarse con él. por supuesto que después la despreció.

Toda su vida había tenido que luchar para llegar al éxito. Hijo de un tejedor de Yorkre, tuvo que esforzarse mucho para lograr una posición, ampliando su educación de día y de noche para llegar a su meta. Poseía un encanto y lo utilizaba con tal de llegar a donde quería. Adulaba y era agradable con la gente que en secreto consideraba despreciable, agasajaba a hombres y mujeres por igual, y su inteligencia innata era suficiente para garantizarle no cometer errores. A diferencia de su padre, no tenía ningún interés en el telar; su interés era la química. Desde muy pequeño, sintió fascinación por el estudio de las sustancias y su formación, por lo que un título de la Universidad le abrió las puertas para grandes cosas. Tuvo la suerte de conseguir un empleo como ayudante de laboratorio en una pequeña fábrica de productos químicos cerca de Shelton, y aunque en esa época sus amigos y relaciones pensaron que era un tonto al restringir su talento a un pequeño laboratorio cuando podía conseguir trabajo en una empresa más importante, Leroy ya estaba pensando en el futuro. Al hacerse indispensable para el señor Bernard, director ejecutivo de la compañía y encantador para la esposa de éste, como consecuencia lógica, el primero lo nombró director de la empresa. Había sólo un pequeño paso de ahí al puesto de presidente y Leroy era muy persistente.

En aquel momento, sacudió la ceniza de su cigarro en el cenicero y movió sus hombros, despreocupado. Quizá debía sentir cierta vergüenza o remordimiento por la forma en que llegó a controlar a los Bernard para lograr su objetivo; ya que cuando se presentó la oportunidad de ocupar un sitio en el consejo directivo de una empresa mayor, no tuvo escrúpulos en destruir la pequeña firma. Después de eso, todo se volvió más fácil y, en cierta forma, menos satisfactorio. Se había acostumbrado a utilizar su cerebro hasta el máximo y, aún hoy, con su propia empresa y más de un millón de libras esterlinas en acciones y valores, se negaba a delegar funciones.

Tres años antes, cuando conoció a Layla, había estado buscando una esposa, una adecuada, por supuesto. Habían existido muchas mujeres en su camino hacia el éxito, chicas oficinistas y modelos, incluso esposas de algunos de sus colegas, y todas se habían mostrado más que dispuestas a hacerse indispensables. Sin embargo, a pesar de la cantidad, lo que Leroy buscaba era calidad, ya que como todas las cosas para él,

solamente lo mejor serviría. Fue entonces cuando le presentaron a Layla Andrews. Él había conocido a su padre, Cade Andrews, algunos años atrás y lo consideraba un miembro agradable, aunque algo pesado, de la sociedad londinense. El padre de Cade había sido Sir Johann Andrews, Barón de Wester, cerca de Griffiths. Por desgracia, Cade había sido el hijo más joven y, como consecuencia, su hermano mayor heredó el título. A pesar de esto, Cade Andrews tenía los antecedentes perfectos que Leroy pensaba elegir, si se le presentara la oportunidad. El hecho de que Cade hubiera despilfarrado el dinero que le dejó su padre, no significaba nada para Leroy, él se encargaba de hacer dinero y la posición de Cade en la sociedad no se alteraba por ese motivo.

Sin embargo, cuando Cade murió en un accidente vial, después de una noche desafortunada en el juego, Layla quedó casi en la miseria, a los 23 años de edad. Hasta el momento del accidente de su padre y el subsecuente escándalo que esto provocó, había estado comprometida con Nathan Fitzgerald, y dedicada a disfrutar la vida. Sus días los llenaba con prácticas de patinaje en Mcconnell, viajes a las Bahamas en el otoño, y la temporada social acostumbrada en Londres. La idea de otra clase de vida no se había cruzado jamás por su mente. Cuando su padre murió y Nathan empezó a evitarla, se quedó desamparada con una pequeña entrada que heredó de su abuela materna. Ella tuvo una magnífica educación, por lo tanto, pudo haber conseguido un buen empleo. Pasó dos años en una escuela de perfeccionamiento en Suiza, hablaba con fluidez varios idiomas; y aparte de organizar cenas y festejos para los invitados de su padre, jamás había tenido necesidad de trabajar.

Leroy la había conocido accidentalmente en el teatro Shaft, mientras él y algunos amigos tomaban un trago en el bar durante un intermedio. Layla iba acompañando a una pareja muy conocida. Había sido compañera de escuela de la señora y en realidad la habían invitado esa noche casi por compasión. Él era Abel Mcclain, amigo y asociado en los negocios de Leroy y, por tal motivo, este último fue presentado a Layla.

Aquella noche Leroy iba acompañado de una exótica joven de la embajada de Portugal y pensó que Layla había mirado con frialdad los esfuerzos de la chica portuguesa por demostrar sus derechos sobre Leroy. Él no podía imaginarse a Layla, con su plácida belleza escandinava, su cuerpo joven, alto y erguido y aquellos fríos ojos verdes, comportándose de aquella manera. Fue en ese momento cuando se le ocurrió la idea. Sabía de la situación de Layla, ya que era del dominio público en el círculo donde él se movía, y creyó observar cierto desafío en la fría mirada que le dirigió. Esto no era común, ya que las mujeres en general encontraban su aspecto moreno sumamente atractivo; sin embargo, Layla Andrews lo veía como si fuera un ejemplar detestable que le hubieran presentado para inspección. Por primera vez en su vida se daba cuenta de su acento del norte de Inglaterra con alguna influencia del polaco.

Al día siguiente, Leroy se comunicó con ella para invitarla a salir. La joven se negó y siguió negándose durante algunas semanas. Sin embargo, un día que él la llamó, pudo darse cuenta por el tono de su voz, que algo había sucedido. Ella aceptó la invitación a cenar, y durante la comida él pudo enterarse de que la casa donde ella vivía iba a ser vendida, lo cual representaba una gran merma en sus posesiones. La chica estaba desesperada y sin saber qué hacer.

Cade había dejado de ser frecuentado por su propia familia debido a su irresponsabilidad y por tal motivo Layla no quería recurrir a ellos. Leroy escuchó sus

problemas, y le ofreció apoyo y consejo. Durante quince días, le telefoneó a diario invitándola a salir y en ocasiones sólo para preguntarle cómo estaba. Comenzó a darse cuenta de que ella empezaba a depender de esas llamadas telefónicas y entonces las suspendió. Durante más de una semana no se comunicaron. Esto era como un negocio para él y utilizaba la estrategia, sin importarle que en este caso se tratara de un ser humano y no de una empresa.

Cuando se comunicó de nuevo con ella, se encontraba desesperada y fue entonces cuando le propuso matrimonio. No se sentía atraído por la joven, ya que le parecía demasiado fría, demasiado controlada para adaptarse a su naturaleza sensual; pero a pesar de esto, era ideal para los fines que perseguía.

Al principio su proposición la sorprendió, nunca se le había ocurrido esta idea, ya que convertirse en su esposa no resultaba del todo objetable; sin embargo, las condiciones que él impuso sí lo fueron. Le explicó con toda frialdad que sólo quería una esposa en apariencia, una posesión elegante para adornar su mesa, atender a sus huéspedes cuando esto fuera necesario, y sobre todo para anunciarle al mundo su buen gusto en materia de mujeres.

Su propuesta había tenido un efecto específico, ya que congeló la actitud de calor humano que sentía hacia él y volvió a ser la mujer fría y lejana que conoció en el bar del Teatro Shaft. Por supuesto, tal como lo había previsto, ella aceptó y por este motivo él la despreciaba. La habría estimado más si hubiera rehusado, demostrando cierta dignidad, dispuesta a organizarse y solucionar sus problemas. Por todo esto, él la veía como una criatura indefensa, decidida a aceptar a un hombre que obviamente le disgustaba como marido, antes que maltratarse las manos trabajando.

Su propia madre se horrorizó. Su padre había muerto durante los años en que él escalaba la cima del éxito y a pesar de que quiso traerla a vivir a su residencia en Londres, ella siempre se había negado a dejar la casa en la cual pasó tantos años felices en compañía del padre de Leroy. A pesar de sus diferentes puntos de vista y posiciones en la sociedad, Leroy consideraba a su madre como la mujer más admirable que había conocido.

Layla y la madre de Leroy fueron presentadas en la boda. Fue un elegante acontecimiento pagado por él, y al que asistieron los antiguos amigos de ella, quienes le deseaban parabienes. Leroy se preguntaba si Layla en realidad creería las disculpas de sus amigos por no haberla visto en tanto tiempo, y si aceptaría sus insistentes invitaciones futuras. Estaba consciente de que al casarse con él, regresaba a aquella sociedad privilegiada, en la cual las posiciones cuentan más que la propia personalidad.

La madre de Leroy había estado fuera de lugar en la boda, tal y como él lo sabía de antemano y por supuesto, Layla no era compatible con su madre política. La señora Fletcher nunca había sido tímida para expresar sus sentimientos y aclaró en forma hiriente que ella consideraba que su hijo podría haber hecho un matrimonio mejor. Su calidad moral se rebelaba ante lo que Leroy estaba llevando a cabo, ya que ella veía claro que las emociones y sentimientos de su hijo no tenían nada que ver con esta chica fría y arrogante.

A pesar de lo absurdo del trato, éste había funcionado bien para ambos, puesto que el trabajo de Leroy lo obligaba a viajar muchísimo al extranjero y en tres años de

casados sólo habían pasado tres meses juntos. Precisamente por esto, Layla siempre estaba dispuesta en las ocasiones que Leroy la necesitaba y, aunque sus relaciones no habían pasado los límites de la cortesía, por lo menos eran atentos el uno con el otro, esto era más de lo que pudiera esperarse.

Leroy descubrió que ella tenía un gusto exquisito en cuanto a mobiliario y decoración. Su casa en Belgravia se había convertido en algo digno de verse. Layla disponía de un presupuesto ilimitado y en virtud de esto había dado rienda suelta a su imaginación. Leroy se sentía a gusto, sus amistades lo consideraban un hombre afortunado por tener una esposa talentosa y atractiva.

En aquel momento el tren llegaba al crucero de Queen y Leroy se puso de pie tomando su abrigo de piel de carnero y se arregló el cabello. Era un hombre alto y corpulento; sin embargo, poseía la gracia felina de la pantera. Nadie podría referirse a él como un hombre guapo, la nariz se la habían roto en peleas de su niñez y sus cuarenta años habían dejado alrededor de su boca y ojos, huellas de experiencia, representadas por algunas arrugas; pero las mujeres lo encontraban muy atractivo.

Por supuesto que él no era tonto y comprendía que su riqueza material contribuía a esta imagen.

Los frenos chirriaron y la enorme máquina se detuvo ante la barrera. Leroy recogió su maletín y salió al corredor en el momento que el mozo aparecía con su equipaje. Mohammad, su chofer, lo estaba esperando en la plataforma y lo saludó tocando su gorra cortésmente, cuando lo vio.

— Buenas noches, señor, ¿tuvo buen viaje?

— Perfecto, gracias, Mohammad. ¿Has estado bien? ¿Y tu esposa? Este era el saludo usual, la misma conversación de siempre mientras se encaminaban hacia el gran automóvil que los esperaba. El mozo llevó las maletas y se las pasó a Mohammad cuando llegaron al coche. Leroy se sentó al volante, encendió otro cigarrillo y comenzó a mover sus dedos impacientes sobre la rueda. Ahora que se encontraba en Londres, estaba ansioso por llegar a casa. Hacía más de tres meses que había salido para los Estados Unidos.

Mohammad terminó de acomodar el equipaje en la cajuela y rodeó el automóvil para ocupar el asiento del pasajero. Leroy siempre prefería manejar, a menos que tuviera trabajo que realizar mientras viajaba. El enorme auto se movió suavemente y Leroy se relajó. Los embotellamientos de tránsito no tenían importancia después de las tácticas que tuvo que desplegar en la sala de juntas en San Francisco, y ahora era un alivio dejar todo eso atrás y pensar en cosas más comunes.

— ¿Cómo está la señora Fletcher, Mohammad? ¿Recibió mis flores? — preguntó Leroy mientras frenaba de pronto, por un pequeño auto que se cruzó frente a él.

Mohammad contestó:

— Sí señor. Creo que está muy bien, a pesar de que todos hemos estado resfriados por el cambio de temperatura. — Leroy siguió conversando.

— ¿Está tu familia bien de salud? ¿Cómo está tu hijo, el que va a la universidad? ¿Crees que seguirá en Física y Química?

— Eso es lo que él desea, señor — le respondió con entusiasmo Mohammad — . Sus calificaciones son satisfactorias hasta ahora, y ya va en tercer año. Estoy seguro de que agradecerá su interés, señor.

Leroy sonrió con ironía, dudaba que William Mohammad compartiera la actitud de su padre. Como todos los jóvenes era arrogante y sabía que le complacería mucho una oportunidad para trabajar en los laboratorios de la Fundación Fletcher, pero también estaba seguro de que no rogaría para obtener el puesto. Admiraba su coraje. William era, como él había sido, ansioso por triunfar e impaciente con las ideas anticuadas de su padre con relación al desenvolvimiento en la vida.

La casa de Leroy quedaba cerca de la Plaza Grimes, era un alto edificio de la época victoriana con hierro forjado en los balcones y macetas con flores a la entrada. La puerta era blanca con chapa de bronce y correspondía a un grupo de casas habitadas por profesionales o gente de negocios. Mohammad y su esposa, quien hacía las veces de ama de llaves, vivían en el sótano, que había sido adaptado como un moderno departamento que era la envidia de sus amistades.

Leroy detuvo el automóvil y salió del mismo. Mohammad había bajado también del carro y preguntó:

— ¿Me necesitará esta noche, señor?

Leroy se subió el cuello del abrigo para protegerse del frío y le contestó:

— No lo creo, gracias. Puede usted guardar el automóvil.

— Sí, señor — contestó Mohammad.

Leroy le daba su llave y subía los escalones hacia la puerta principal.

Entró en un vestíbulo alfombrado en tonos de azul y oro, con paredes forradas en madera de roble barnizado en un tono pálido y un candil de cristal suspendido del techo. Era una entrada hermosa y el único mobiliario era un baúl de roble muy bien tallado sobre el cual había un florero con dalias, que daban un toque de color con sus hermosos pétalos curvos. Hacia la derecha e izquierda del vestíbulo, las puertas de madera conducían al salón de recepción, al comedor y al estudio de Leroy. Mientras se desabrochaba el abrigo, frunció el ceño y tiró su maletín con descuido sobre la superficie encerada del baúl. ¿Dónde estaba Layla? Ella siempre salía a darle la bienvenida. ¿No habría escuchado el ruido del carro, ni la puerta al abrirse?

Tiró su abrigo y estaba a punto de cruzar el salón cuando por la entrada que conducía a la cocina y al sótano apareció la señora Mohammad. Sonrió con aprecio y le tomó el abrigo.

— Buenas noches, señor, y bienvenido a casa. ¿Ha tenido un buen viaje?

— Bien, gracias, señora Mohammad. ¿Y usted, cómo está? — interrogó tratando de ser atento, ya que la pregunta era muy superficial y miró a su alrededor con impaciencia.

La buena señora contestó tranquila, pero con un gesto de preocupación en su amable cara. Era una mujer pequeña, de pelo canoso y semblante amigable. Había estado con Leroy desde hacía diez años, o sea desde que su hijo más pequeño pudo valerse por sí mismo, mientras que su esposo había trabajado para él por más de trece años. Después de tanto tiempo ya conocían bien a su patrón y ella dedujo lo que había detrás de la inteligente pregunta.

— ¿Dónde está la señora Fletcher?

La señora Mohammad se sonrojó y dijo:

— Creo que ha salido, señor.

— ¡Al diablo con eso! — dijo Leroy con ira — . ¿A dónde?

— No estoy segura, señor, no me lo dijo. Solo sé que está con el señor Fitzgerald.

— ¿Fitzgerald? ¿Nathan Fitzgerald? — Leroy estaba pasmado.

— Eso creo — dijo la mujer confundida — . Eh, tengo la cena lista, señor, y espero que tenga apetito. Si desea lavarse las manos...

Leroy aflojó su corbata y la interrumpió con la mirada perdida:

— Dígame, ¿sabía mi esposa que yo llegaba esta noche?

— Por supuesto, señor. Sus flores llegaron de Glasgow ayer por la tarde.

— Ya veo — dijo frunciendo el ceño.

El sentimiento agradable, casi ele complacencia que sintió en el automóvil por su regreso a casa, se había esfumado, dando lugar a un resentimiento feroz.

— Muy bien, señora Mohammad, me daré un baño y comeré en veinte minutos — dijo consultando su reloj de oro.

— Sí, señor — asintió la sirvienta con atención.

Sin decir una palabra más, subió la escalera, rápido, sintiendo que explotaba. Abrió la puerta de su habitación de un golpe y entró detrás de él. Era un cuarto acogedor con paredes café oscuro y una colcha color anaranjado que hacía juego con el mobiliario de roble claro y cortinas en un tono más oscuro que la colcha.

En tiempos normales, este ambiente, a la luz de su lámpara de noche, le habría agradado; sin embargo, en esta ocasión no era así, estaba furioso, casi traicionado por el hecho de que Layla hubiera elegido precisamente esa noche para salir. Ella nunca lo hacía, siempre estaba lista a sonreír y a escucharlo cuando regresaba de sus viajes de negocios; siempre estuvo dispuesta a ofrecerle comprensión o un consejo si se lo pedía. ¡Maldición! Pensó violento, al fin y al cabo para eso estaba ella ahí; la había "comprado" para ese fin, no para andarse exhibiendo con ese imbécil de Nathan Fitzgerald. Se quitó la ropa con rabia y caminó desnudo hacia el baño, metiéndose bajo la ducha, sin preocuparse de que se le mojara el pelo, disfrutando de la caída del agua fresca. ¿Cómo se atrevía ella a salir? Pensó con ira. ¿Cómo se atrevía a mezclar su nombre con el del hombre que la había abandonado tres años atrás, mientras que él, Leroy, se encontraba fuera del país? ¡Dios mío! ¿Qué dirían sus amistades y qué pensarían? Cerró la llave del agua y se envolvió en una enorme toalla, secándose. Se sacudió con fuerza el pelo y regresó a su habitación, poniéndose unos pantalones negros de pana, los cuales moldeaban los fuertes músculos de sus piernas, y una camisa de seda color marfil. No se molestó en vestirse formalmente porque no tenía caso y, además, no estaba de humor para ponerse un traje. Rápido cruzó el pasillo y abrió la puerta de la habitación de Layla, encendió la luz y miró alrededor en forma burlona. Había una suave alfombra blanca a los pies de la cama y tanto las cortinas como la colcha contrastaban en delicados tonos de rosa pastel. El tocador contenía botellas, tarros y atomizadores, así como los accesorios normales de cualquier mujer. Una tira de gasa se encontraba en forma casual a los pies de la cama. Leroy se mordió los labios y apagó las luces, enojado, cerrando la puerta con rapidez. Estaba sorprendido por aquella rabia incontenible que lo estaba dominando; se sentía impulsado a hacer algo violento. ¿Cómo osaba hacerle una cosa así? Se preguntaba, mientras bajaba la escalera de mullida alfombra. ¿Con qué clase de persona creía ella estar tratando, con algún estúpido que no poseía la inteligencia con la que él había

nacido, o quizás con algún campesino ignorante que no pondría objeción a que su esposa tuviera amigos aristócratas? ¡No por Dios, él no, no Jacob Anthony Fletcher! Cuando él adquiría algo, era de su propiedad, no sólo una parte del tiempo, ni cuando a él le daba la gana de tomarlo y mirarlo, sino para siempre.

Cruzó el vestíbulo azul y oro y entró al salón que conducía al comedor. El salón tenía luz indirecta y estaba decorado en tonos de azul y verde, amueblado con un sofá, cojines de suaves plumas y sillones muy confortables. Era un lugar acogedor, diferente del salón de recepción en el cual él realizaba la mayoría de sus reuniones.

El comedor estaba separado del salón por un librero de madera, lleno de libros y con algunos espacios dedicados a objetos de arte. Layla coleccionaba figuras de jade y marfil, había varias piezas de tallado exquisito en aquel mueble. La mesa del comedor era de madera barnizada en color oscuro, con sillas cubiertas de cuero que hacían juego. La señora Mohammad había puesto un lugar para él en la mesa, y tanto el mantel individual como la cuchillería de plata se reflejaban en la superficie barnizada.

Leroy observó en silencio durante un momento los movimientos de su ama de llaves y después cruzó hacia el bar con impaciencia, donde se sirvió un trago de whisky. Se lo tomó de un golpe y se sirvió otro antes de dejarse caer en uno de los enormes sillones, colocando una mano sobre una de sus piernas. Observó la habitación con inquietud, sin poder relajarse. Nada había cambiado. Las cortinas de terciopelo turquesa combinaban de maravilla con el suave azul-verdoso de la alfombra en la que se hundían los pies con suavidad. Su equipo de alta fidelidad se encontraba en una esquina sobre una mesita de madera y en la otra un televisor a colores. Había libreros a los lados de la chimenea de mármol, donde se encontraba un calentador eléctrico que simulaba troncos ardiendo, y que ya no era necesario, puesto que la calefacción central estaba funcionando.

La mezcla de lo antiguo y lo moderno le habría agradado en otras circunstancias, pero en ese momento no podía apreciar nada. Lo invadía el rencor y la ira, no concebía que el entusiasmo con el que había llegado se hubiese enfriado de aquella manera, sólo por la tonta actitud de su mujer.

La señora Mohammad apareció en la puerta y le dijo:

— Si está usted listo, le serviré la cena, señor. Leroy se levantó en el acto.

— Sí, sí, está bien, ya voy.

Terminó su trago y dejó el vaso sobre la mesita antes de entrar al comedor. Sentado en la mesa, trató de mostrar interés en la comida que le había preparado su ama de llaves. Se sentía tentado a preguntar sobre las actividades de Layla mientras él había estado ausente; quería saber con qué frecuencia había visto a Fitzgerald y si él había entrado a la casa. En ese momento su rostro se endureció, la idea de Nathan Fitzgerald, aquí en su propia casa, era demasiado para no provocar violencia. Sin embargo, se contuvo y trató de comportarse como si la ausencia de Layla no fuera importante. La señora Mohammad había preparado su platillo favorito, roast-beef, pudin a la Yorkre con un postre de frambuesa, y no podía defraudarla, aunque en aquel momento le habría dado igual comer aserrín. Tomó vino con la comida, un Bordeaux rojo que le ayudaba a la digestión, y después se llevó su café al salón, diciéndole a la señora Mohammad que se podía retirar, mientras encendía la televisión. Casi nunca veía televisión. Cuando permanecía en casa, cosa poco usual, estaba atendiendo a sus

invitados y en las noches que podría haber descansado, traía trabajo de su oficina y se retiraba a su estudio para concentrarse en la quietud del mismo.

Ahora no tenía humor para ponerse a estudiar los contratos que había planeado evaluar después de la cena, una vez que hubiera conversado con Layla sobre su exitosa labor en el viaje. Estaba impaciente porque ella regresara a casa para poder desquitar su ira y aclararle de una vez por todas que, como su esposa, ella tenía que conservar cierta posición, y que aunque la relación fuera poco satisfactoria, ella la había aceptado, ¡Y por Dios, que habría de respetar!

Con desgano recordó a la joven mujer que había visto con frecuencia durante las últimas semanas. Phoebe Porter le ayudó a hacer su estancia en Los Ángeles más agradable, eso era muy diferente. Después de todo, él era hombre, con los apetitos naturales de su sexo fuera de su país y a miles de kilómetros de cualquier amigo o conocido que pudiera correr rumores. Layla estaba aquí en Londres, donde cada uno de sus movimientos era observado por amigos y enemigos.

El tiempo pasaba demasiado lento aquella noche y Leroy sentía que Iba a estallar, mientras veía en la televisión una entrevista que le era antipática. Estaba a punto de servirse otro whisky cuando escuchó la llave de Layla en la cerradura. Su primer instinto fue salir al vestíbulo y exigirle una explicación, como solían hacerlo los padres en la época victoriana, pero él era un verdadero experto en diplomacia y no iba a gastar mi energía inútilmente; así que en lugar de terminar de servirse su trago, se tomó la mitad de un golpe y se llevó su vaso parándose frente a la chimenea de mármol con un pie sobre el enrejado de bronce.

Layla debe haber visto la luz, ya que unos momentos después de haberse quitado el abrigo, se abrió la puerta del vestíbulo y se quedó de pie en la entrada, con mirada precavida, por lo menos eso es lo que él creyó.

Le pareció bellísima aquella noche. Estaba ataviada con un caftán azul pavo con dragones con hilos de plata, que él le había traído de Japón seis meses atrás. El atuendo hacía resaltar las líneas de su pecho, la curva de sus caderas y sus bien formadas piernas. Hasta donde él recordaba, ella nunca se había puesto ese vestido y le molestó muchísimo que lo hubiera estrenado precisamente para salir con Nathan Fitzgerald.

Su hermoso pelo dorado había sido peinado hacia arriba y unos pequeños bucles caían sobres sus mejillas y su cuello. De sus oídos pendían los aretes de oro que le había comprado para celebrar su tercer aniversario.

Leroy permaneció en silencio y ella entró en la habitación con claro disgusto.

— Hola Leroy — puso su bolsa de noche sobre una mesa — . Te ves bien. ¿Has tenido buen viaje?

Él tuvo que contener la ira.

— Sí, fue bastante exitoso — le contestó en tono seco.

Ella se vio obligada a enfrentar su mirada y se dio cuenta de la expresión de su cara.

— ¡Oh, qué bueno! Lamento no haber estado cuando llegaste, tuve un compromiso.

— Eso me dijeron — y se tomó el resto del whisky que tenía en el vaso.

— Sí, bueno, estoy segura de que la señora Mohammad te debe haber servido una

excelente cena — comentó Layla ruborizándose.

La ira contenida de Leroy hizo explosión.

— ¡Al diablo con la señora Mohammad!

Layla juntó sus manos diciendo:

— Por favor, Leroy. . .

— ¡Maldita sea! — arguyó apretando el vaso de cristal en su mano — . ¿Dónde demonios has estado?

Ella contestó con dificultad.

— La señora Mohammad te debe haber dicho...

— No me interesa lo que diga la señora Mohammad. Quiero saber dónde has estado y con quién.

Layla hizo un gesto de impotencia.

— He estado en una fiesta con Nathan Fitzgerald. — Leroy exclamó con sumo enojo.

— ¡Eres una perdida! ¿Cómo puedes tener el valor de enfrentarte a mí y confesar que has estado con otro hombre? ¡Nathan Fitzgerald o quienquiera que sea!

Ella dio un paso atrás ante su lenguaje y haciendo un esfuerzo contestó:

— ¿Por qué no?

Leroy lanzó con furia su vaso contra el armario.

— ¿Por qué no? — gritó — . ¿Qué quieres decir con eso de por qué no? Eres mi esposa y esa es razón suficiente.

Layla jugó con el hermoso anillo de brillantes que Leroy le había comprado para fijar su compromiso y lo miró con cautela. Leroy hubiera deseado penetrar en sus pensamientos.

— ¿Y tú? — le preguntó con tranquilidad — ¿Esa respuesta es suficiente para ti también? Quiero decir, ¿que si es suficiente que seas mi esposo?

La expresión de Leroy era inflexible.

— ¿Qué demonios quieres decir con eso?

Layla levantó sus oscuras cejas.

— Pensaba que era obvio. ¿Crees que yo debo permanecer impasible ante tus conquistas?, ¿O acaso crees que no me molestan constantemente con chismes "bien intencionados"?

Leroy se pasó una mano sobre su espesa cabellera y dijo:

— ¡Por Dios!, ¿y crees por ventura que mi comportamiento te da derecho a hacer lo mismo? ¿No es así?

— No — contestó Layla, esta breve respuesta hizo que Leroy diera la vuelta y se enfrentara con ella — . Yo, yo no soy como tú. No soy un animal al cual dominan las necesidades físicas de su cuerpo. — repuso de mal humor.

Ella se ruborizó hasta el punto de ponerse granate.

— En realidad no me importa lo que tú seas, pero no creo que tengas base para reclamar mi comportamiento. Por lo que a mí respecta, estos últimos tres meses han sido el último encierro, no veo razón para alejarme de mis amistades sólo porque estoy

casada contigo.

— Permite recordarte que a los que llamas tus amigos te abandonaron después del accidente de tu padre — le dijo en forma hiriente.

Layla retrocedió como si le hubieran propinado un golpe y contestó trémula.

— Eso es una bajeza.

Leroy encogió los hombros y la observó con cuidado. Era la primera vez que la veía tan alterada. Por lo general, era imposible para él provocar una emoción que fuera capaz de hacerla perder el control.

— Aunque te duela, esa es la verdad. Ahora, ¿qué me vas a decir? ¿Qué soy un grosero y vulgar por mencionar esto y que no soy un caballero fino y adecuado como ese presumido de Fitzgerald?

Ella parpadeó y repuso brevemente.

— Nathan es un caballero.

Leroy gritó insolente.

— ¿Ah, sí? ¿Y cuál es tu definición de lo que es un caballero, me pregunto? ¿Alguien que nunca come chícharos con cuchillo, o quizá alguno que hace el amor en pijama y nunca desnudo?

Layla respiró profundo.

— Eres un patán — exclamó con disgusto — . Me voy a dormir.

Leroy cruzó la habitación en un segundo y se puso de pie frente a ella.

— ¿Ah sí? Tú te irás a acostar cuando yo te lo ordene, no antes.

La joven levantó la cabeza con incredulidad

— Por favor Leroy, estamos en el siglo veinte y tú no eres mi cancerbero. No puedes manejarme a tu antojo todo el tiempo.

— ¿No puedo? Yo no diría eso — dijo levantando la voz.

Layla se dirigió a la puerta, pero él la interceptó.

— Leroy, no me gusta esta conversación y quisiera que nunca se hubiera suscitado.

— A mí tampoco y por si lo has olvidado tú la provocaste al no estar en casa esta noche.

— Estoy cansada. ¿No podemos discutir esto mañana temprano? Para entonces ambos estaremos, digamos, razonables — repuso ella.

— ¿Qué quieres decir con eso? — preguntó Leroy.

Ella hizo un gesto hacia el vaso que se encontraba en el gabinete y se arrepintió de su impulso diciendo.

— No significa nada. En absoluto.

— ¿Piensas acaso que estoy borracho? Pues te diré una cosa, tú todavía no me has visto borracho.

— Ni deseo verlo. ¿Tengo tu permiso para retirarme?

La dejó pasar, pero su quijada aún se encontraba tensa.

— ¿No te interesa saber lo que te traje de los Estados Unidos? Yo pensaba que por eso te habías casado conmigo, para disfrutar los beneficios materiales de la vida.

Layla parecía estar a punto de abofetearlo; sin embargo, lo único que hizo fue

apretar sus puños y dirigirse al vestíbulo, a través del salón color oro y azul, cuyo candil de cristal lanzó destellos de luz sobre su pálido cabello, y comenzó a subir la escalera rumbo a su habitación.

Leroy la observó mientras se iba, con impotente furia, y después regresó al salón, dando un terrible portazo detrás de él. Cuando por fin decidió irse a dormir, la botella de whisky recién abierta estaba casi vacía.

CAPÍTULO 2.

Layla aplicó sombra verde pálido a sus párpados, con una sensación extraña de recelo, al pensar en la velada que se aproximaba. Asistirían a una recepción en la embajada de uno de los nuevos países africanos en desarrollo y sería la primera noche que pasarían juntos desde el regreso de Leroy de los Estados Unidos, hacía casi una semana.

Él había estado muy ocupado desde entonces, ya que ella podía observar la luz de su estudio encendida hasta muy avanzada la noche; pero aun así la semana había sido incómoda y extraña, debido a que su trato sufrió un cambio perceptible.

Antes del viaje de su esposo a América, platicaban a menudo, y aunque la mayoría de las veces el tema era sobre negocios, sus relaciones nunca habían sido tan tensas como ahora. Y todo era culpa de ella, ¿o quizá no? Dejó el aplicador sobre el tocador y estudió su imagen con detenimiento en el espejo. Era casi irracional que Leroy esperara que ella dejara de ver a personas a las cuales había conocido desde pequeña y se dedicara exclusivamente a atender a sus asociados y respectivas esposas. Era cierto que algunos de ellos, como Abel Mcclain por ejemplo, eran amigos de ella también, pero había otros, gente a la cual Leroy despreciaba por su forma de ser y a quienes ella encontraba agradables.

Se detuvo a buscar el maquillaje para las pestañas y comenzó a acariciar con él sus largas pestañas oscuras. A Nathan Fitzgerald lo podría colocar en la última categoría. Lo conocía desde hacía varios años, e incluso hubo una época en la cual esperaba casarse con él. Todo eso pertenecía al pasado y ahora sólo eran buenos amigos, era en realidad despreciable que Leroy se hubiese atrevido a sugerir lo contrario.

Se puso un ligero toque en los labios y sus verdes ojos brillaron con complacencia. ¡Con cuánta frecuencia tuvo que soportar la ignominia de escuchar a una confidente bien intencionada, contarle que había visto a Leroy con otra mujer! Al principio esto le molestaba, pero al paliar el tiempo lo había aceptado como algo irremediable. Leroy era un hombre sensual y siempre habría mujeres dispuestas a satisfacer sus apetitos masculinos. Ella sabía que estas no significaban nada para él y que, en cuanto trataban de exigir demasiado, él las descartaba de su pensamiento sin ningún miramiento. Él podía ser muy desarraigado y Layla casi sentía pena por ellas.

Se paró y observó su imagen casi impecable. El largo camisón de encaje blanco revelaba su esbelto cuerpo y sus bien torneadas piernas. Ella sabía, sin falsa modestia, que era hermosa, de lo contrario Leroy no se habría casado con ella. Todo lo que él poseía tenía que ser lo mejor; sin embargo, este pensamiento no le causaba placer. Suspirando, se puso la delicada ropa íntima que estaba sobre la cama. Su vestido era una sencilla pero elegante túnica de seda negra ajustada en la cintura con un cordón trenzado. La hechura acentuaba la línea de su pecho y dejaba al descubierto la blancura marmórea de su piel. Se estaba colocando los aretes de brillantes, cuando se

escuchó un ligero golpe en la puerta. Layla se puso tensa y contestó:

— Adelante.

Al abrirse la puerta y a través del espejo, pudo observar a Leroy vestido con traje de etiqueta. Hasta con esta ropa tan formal se notaba su personalidad primitiva, tanto en la forma de actuar como en el brillo arrogante e irónico de su mirada. Se le veía seguro de sí mismo y Layla pudo darse cuenta de que disfrutaba por anticipado la reunión que se aproximaba. Para él representaba un desafío, una oportunidad de utilizar su talento innato para influir en la gente y también usaría esta recepción como un escalón para lograr la introducción de la Fundación Fletcher en África Negra. Ya tenía laboratorios instalados en África y los productos elaborados por la fundación se usarían en todo el continente.

El entusiasmo que había construido ese imperio emanaba de este hombre y, a pesar de lo poderoso que llegara a ser, siempre tendría esta ambición desmedida aunada a su personalidad avasalladora. Layla se rebelaba ante este pensamiento, en realidad siempre le había molestado y aún no sabía con certeza qué la indujo a aceptar su proposición de matrimonio colocándose en esa envidiable, pero también insoportable posición de ser la esposa de Leroy Fletcher. Tanto su desarraigo, su naturaleza calculadora, su encanto superficial y su absoluta confianza en sí mismo, le eran detestables; sin embargo, ella sabía que así tenía que ser. Si alguna vez permitía que se metiera en su pensamiento, sería una experiencia desoladora y ella no podía permitir que tal cosa llegara a suceder.

Él observó su apariencia casi con insolencia y viéndola a los ojos le dijo:

— Te ves muy hermosa, estoy seguro de que ya lo sabes.

Layla trató de calmar sus nervios.

— Es siempre agradable ratificar la opinión que se tiene de uno mismo.

Se había peinado con un broche de pedrería y algunos mechones caían sobre sus mejillas. Leroy inclinó la cabeza y extrajo un estuche de su bolsillo.

— Tengo un regalo para ti — le dijo levantando la tapa — . ¿Te gusta?

Extendió el brazo hacia Layla, quien casi perdió el aliento ante la belleza del collar; sin embargo, trató de mantenerse incólume. Era una frágil joya montada en platino, engarzada en brillantes, esmeraldas y rubíes.

— Gracias — dijo con una ligera sonrisa de aceptación — . ¿Me lo puedes poner por favor?

Leroy dejó caer el estuche sobre su cama y con actitud indiferente procedió a colocar el collar alrededor del cuello de la muchacha diciendo:

— Por supuesto. Creo que complementa el vestido que traes puesto, ¿no lo crees así?

La joven tocó ligeramente las gemas, cuyo brillo se veía aumentado por la blancura de su piel y alejándose del espejo, contestó con frialdad:

— Sí, es exquisito.

Leroy la contempló durante un largo momento como tratando de evaluar su verdadera reacción ante el obsequio y luego encogiendo los hombros comentó:

— Lo compré en Nueva York. Pensé que te gustaría.

— Me gusta — le dijo tomando su bolsa de noche — . ¿Estás listo para salir?

Él levantó la estola que se encontraba a los pies de la cama y la puso en los hombros de su esposa.

— Sí, Mohammad está sacando el automóvil. ¿Deseas tomar un trago antes?

Layla se volvió a mirarlo:

— ¿Lo deseas tú?

— Ya lo he tomado — contestó con una ligera mirada de ironía.

Layla no permitió que se diera cuenta de que le molestaba su sarcasmo y caminó presurosa hacia la puerta. Él casi tuvo que correr para alcanzarla.

Mohammad esperaba en el vestíbulo y, dando las buenas noches a su patrona, les abrió la puerta a ambos para que salieran de la casa. El chofer manejaría aquella noche. Era más conveniente para Leroy cuando asistía a reuniones en las que, como en esta, abundaría la comida y la bebida.

La Embajada se encontraba en una plazoleta cerca de la calle Bolton y a la hora que llegaron había un nutrido grupo de personas subiendo la escalinata que conducía a la entrada. No había sitio para estacionar el unto, así que Mohammad regresaría a recogerlos más tarde.

Leroy ayudó a Layla a salir del carro y le dio unas breves instrucciones a Mohammad antes de regresar y tomarla del brazo. Después de subir, entraron a un amplio vestíbulo de mármol, donde el personal uniformado dirigía a los invitados al salón principal. Ella dejó a su esposo por un momento, para asegurarse que su maquillaje aún se encontraba impecable, y, después de mirarse con rapidez en el espejo, se unió a él de nuevo. El salón se encontraba repleto de mujeres de todas las nacionalidades, luciendo trajes típicos de sus países. Leroy la esperaba, pero no se encontraba solo. Un hombre maduro, de impresionante bigote, conversaba muy animado con él mientras Abel Mcclain y su esposa, Gianna, permanecían a su lado escuchando. La señora hizo señas con la mano al ver a Layla y ésta se dirigió a ellos con entusiasmo.

— ¡Hola querida! Hace años que no nos vemos. ¿Qué te has hecho? — le dijo Gianna besándola con afecto en la mejilla.

Los ojos de Leroy se fijaron en los de su esposa, quien se sonrojó porque sabía lo que aquella mirada significaba. Él era capaz de aparentar que prestaba toda su atención a un asunto, mientras escuchaba algo diferente. A lo mejor esperaba que le contara a Gianna que había visto a Fitzgerald porque pudo sentir su interés en la respuesta. Así que sonrió con tranquilidad y dijo:

— Supongo que has estado ocupada, yo por mi parte no he tenido mucho tiempo libre y con el regreso de Leroy de los Estados Unidos...

En aquel momento Abel la interrumpió.

— Te ves en realidad extravagante esta noche, mi amor — y al decirlo sostuvo su mano entre las de él más de lo necesario.

— ¿Dónde conseguiste esta chuchería? Te garantizo que no fue comprada en Nicholson — dijo tocando el collar sobre el cuello de Layla.

Leroy había terminado su conversación con el político maduro y dio la vuelta al escuchar lo que Abel decía.

— ¿No lo crees?

Leroy sostuvo la mirada de Gianna, causándole cierta inquietud y Layla se percató de esta situación. Luego miró a su esposa y con sequedad repuso:

— Uno trata de realzar aún más lo que ya es perfecto.

Layla sintió que sus mejillas subían de color en forma desagradable.

— Creo que esta conversación es ridícula, ¿no crees? — dijo Gianna y cambiando de tema comentó:

— Abel, ¿averiguaste algo sobre el perfumista?

Además de pertenecer a las mesas directivas de varias empresas, Abel era un entusiasta coleccionista de antigüedades y Layla le había dado un pequeño recipiente de plata que Leroy le regaló por su cumpleaños y que se decía había pertenecido a Lady Grimes. Abel le explicó que aún se encontraba en el proceso de investigación y de común acuerdo procedieron a subir la escalera. Layla caminaba con Abel delante de los demás y podía escuchar algo que Leroy le contaba sobre una anécdota graciosa de su viaje a los Estados Unidos a Gianna y esta reía muy divertida. Los labios de Layla se contrajeron un poco, pues, en las raras ocasiones en que se sintió deprimida y se había quejado de su esposo con su amiga, ésta siempre la había apoyado e incluso encontraba abominable y despreciable la forma en que la trataba. Sin embargo, siempre que se reunían, Gianna se comportaba como si encontrara a Leroy muy atractivo. Esta actitud nunca le había molestado, pero esta noche la irritaba. Con impaciencia dio media vuelta para verlos y Leroy captó su mirada. En aquel momento Gianna tropezó, Layla no supo si por accidente o con toda intención y se aferró al brazo de Leroy. Layla continuó subiendo la escalera con una molestia intensa en el estómago. Leroy no le había relatado nada de su viaje a América, ya que casi no habían cruzado palabra al respecto desde su regreso y esto la enfurecía. Cuando Abel tiró de uno de sus mechones para atraer su atención, ella se volvió para mirar con más entusiasmo del acostumbrado, deslumbrándolo con su encantadora sonrisa. Le estaba dando demasiada importancia al asunto y trató de ignorar la actitud de Gianna, en realidad, a Abel parecía no importarle, ¿Por qué le habría de importar a ella?

Los salones, al final de la escalera, se encontraban repletos de personas, que conversaban y reían muy animadas mientras bebían Son profusión. Un mayordomo de librea anunciaba los nombres de los recién llegados. Uno de los asistentes del Embajador les dio la bienvenida cortésmente y los presentó con algunos otros oficiales de la embajada, dejándolos después por su cuenta, mientras él se dirigía a recibir a otras personas.

Layla vio que Leroy atisbaba a su alrededor por encima del vaso de whisky y ella sorbió con resignación su cocktail de champaña, sabía que eso equivalía a la mirada del tigre antes de lanzarse sobre su presa, ya que por el momento, la mente de Leroy estaba ocupada por completo su los negocios. Como si deseara hacer tangible este pensamiento, Leroy se excusó con el pretexto de hablar con un político que conocía y antes que nadie tuviese ocasión de objetar nada, desapareció entre la multitud.

Gianna miró a su amiga casi con compasión y le dijo con suspicacia:

— Supongo que no volveremos a ver a tu esposo, por lo menos en una o dos horas.

Layla asintió con la cabeza.

— Supongo que sí.

Abel las tomó a ambas del brazo y sonriendo comentó:

— Por lo que a mí respecta, debo agradecérselo, me ha dejado con las dos mujeres más atractivas de la fiesta.

Layla esbozó una ligera sonrisa y Gianna lo vio con mirada aburrida.

— ¿Qué se supone que debemos hacer, querido? Quiero decir, ¿no conoces a nadie interesante?

Abel miró a su alrededor con suma atención.

— Conozco al Presidente Aguilar y a su esposa. Él estuvo en Cambridge conmigo y su mujer es una chica encantadora, creo que fue enfermera — Gianna se veía aburrida.

— ¿Quién es ese caballero que nos está mirando? Ese hombre maduro que está de aquel lado, ¿lo conoces?

— ¡Oh, oh!, te refieres a Lindsey Hendricks. . . Sí, él es ahora Lord Hendricks. Me has oído mencionarlo, estoy seguro Gianna. Es un verdadero experto en antigüedades.

Gianna levantó los ojos al cielo diciendo:

— ¡Cielos! ¡Qué cosa tan emocionante! ¿No viene gente interesante a estas recepciones? Quiero decir, ¿gente joven?

— Por supuesto — aseveró Abel tomando su champaña — . Ven conmigo, daremos una vuelta, nunca sabemos a quién podemos encontrar.

Layla se vio obligada a acompañarlos, aunque en su interior se sentía frustrada. Gianna tenía razón, Leroy sobrepasaba los límites. ¿Por qué la traía a estas reuniones si pensaba dejarla sola?

Caminaron por el salón por más de una hora sin encontrar a Leroy y Layla estaba por tomar su cuarta copa de champaña cuando sintió una mano en su brazo. Era Nathan Fitzgerald.

— ¡Nathan! — exclamó con sorpresa — . ¿Qué estás haciendo aquí?

Gianna y Abel dieron vuelta también. Este último conocía a Nathan bastante bien y ambos se saludaron con naturalidad; sin embargo, Gianna le sonrió con extravagancia.

— Querido Nathan — dijo muy efusiva — . ¡Qué maravilloso es verte! Estoy segura de que Layla también está encantada. Su esposo nos ha abandonado y nos sentimos un poco apenados, ¿no es así, querida?

Layla miró con disgusto a Gianna; lo último que podía desear era que Nathan Fitzgerald se formara una impresión errónea. A ella le simpatizaba y eran buenos amigos, eso era todo. En realidad, Nathan era un joven de agradable personalidad, algo mayor que ella, alto, delgado, de suave cabello rubio que le caía sobre la frente, y que ya había anisado estragos en algunos corazones femeninos. Según le informaron, en aquel momento Nathan le sonrió a Layla diciendo:

— En realidad Gianna, he venido a ver a Layla. Me las he arreglado para conseguir boletos para el concierto que tanto deseaba oír y pensé que podríamos ir juntos.

— ¡Oh!, ¡oh!, ya veo. Me temo que no sé Nathan, es decir... cuando hablamos sobre el concierto, Leroy aún se encontraba en los Estados Unidos, en cambio, ahora... él está de vuelta en casa y me parece que sería un poco absurdo.

Gianna había escuchado las excusas de Layla con impaciencia y sin esperar más exclamó:

— Cielos, Layla, ¿acaso crees que Leroy pensaría en ti si él deseara ir a algún sitio? ¡Por todos los santos, él no es tu carcelero, ponle un hasta aquí y libérate! Debes

tener tus propios amigos, después de todo él tiene los suyos.

Layla apretó los labios, sabía que Gianna tenía razón. Como muestra, bastaba esta noche. Ella no lo había visto desde que llegaron y la dejó con Abel para que la entretuviera.

Había comenzado a decir:

— No sé, Nathan. . . — cuando vio que su esposo se acercaba con mirada satisfecha, como el gato que acaba de robarse un delicioso bocado.

Sin embargo, su mirada se endureció al descubrir a Nathan Fitzgerald y su actitud de complacencia se tornó irónica.

— Vaya, vaya — señaló al reunirse con ellos, mientras tomaba el brazo de Layla y lo apretaba con fuerza — . Si se trata de Fitzgerald, ¿qué hace un joven y sano abogado como usted en un sitio como éste?

La insolencia en el tono de su voz era evidente, a pesar de que no representaba ningún insulto. Precisamente porque Nathan no era tan corpulento como Leroy, Layla lo admiró por la calma con que respondió.

— En realidad Fletcher, estoy aquí para ver a su esposa. He conseguido boletos para un concierto al que ella desea asistir.

Layla observó la figura joven y hasta cierto punto ingenua de Nathan y la comparó con la recia personalidad de su esposo. A juzgar por la presión de los dedos de Leroy en el brazo de Layla, era notorio que la respuesta instantánea de Nathan lo había sorprendido; sin embargo, ese desconcierto nunca era duradero.

— Ya veo — dijo mientras aceptaba un cigarrillo que Abel le ofreció haciendo un esfuerzo por evitar cualquier posible enfrentamiento — , ¿qué le hace suponer que yo no puedo llevar a mi esposa a ese concierto al que desea asistir con tanto interés? — Nathan dudó.

— Entiendo por lo que ha comentado Layla que la música clásica no es de su predilección, Fletcher.

— Así que eso dice mi esposa, debe usted contarme qué más le ha dicho, Fitzgerald. Me interesaría saber cuál es su apreciación de mi cultura musical — dijo mientras aspiraba el humo de su cigarrillo.

— ¡Leroy, por favor! — exclamó Layla en tono implorante.

— Por favor, ¿qué?

— Por favor no vayas a hacer una escena, ya le dije a Nathan que no puedo aceptar su invitación.

— ¿Por qué? ¿Acaso te lo he prohibido?

— ¡No! — contestó casi con desesperación — . Leroy, no deseo ir, eso es todo.

Layla se sentía confundida por la mirada calculadora de Gianna y la compasiva de Abel. El propio Nathan se veía incómodo por la situación y ella presentía que estaba arrepentido de haber sido el causante.

Leroy continuó inconmovible

— Sin embargo, debo insistir, después de todo, si tú... si Fitzgerald se ha tomado la molestia de conseguir boletos, lo menos que puede hacer es asistir. A propósito, Fitzgerald, ¿cuándo es el concierto?

Nathan metió las manos en los bolsillos y respondió:

— El jueves veintitrés. — Leroy frunció el ceño diciendo:

— ¿El veintitrés? ¡Ah sí! Ahora recuerdo. Habrá una conferencia en París el veinticuatro, así que estaré fuera esa noche. Estoy seguro de que mi esposa aceptará gustosa su compañía.

Layla lo miró con furia, casi con odio, por tratar de manejarla a su antojo. ¿Por qué Leroy hacía esto? No le pareció bien que ella saliera con Fitzgerald la noche de su regreso de los Estados Unidos, ¿por qué la estaba obligando ahora acompañarlo? No tenía sentido.

Gianna suspiró resignada mientras que Abel se veía descansado por el final pacífico de los acontecimientos y aprovechó la oportunidad para sugerir que se aproximaran a las mesas, mientras que Nathan también utilizó la ocasión para disculparse, no sin decirle a Layla que la llamaría después. Una vez que se hubo alejado, un pesado silencio se apoderó del grupo y ni los más exquisitos platillos pudieron devolverle el apetito a Layla. Todos estaban conscientes del mal humor de Leroy. Él permanecía callado y contestaba monosílabos, creando un ambiente tenso a su alrededor. Layla se alegró cuando el embajador se acercó a conversar con ellos. Esto hizo que Leroy hablara e incluso se puso simpático. Claro está que él siempre era agradable con las personas que de una manera u otra le servirían para sus negocios, y era casi seguro que el embajador colaboraría en sus planes futuros.

Como Leroy y Layla abandonaron la reunión antes de lo previsto, él prefirió tomar un taxi, en lugar de llamar a su chofer. Ella se sentó en la esquina del asiento, temerosa de llegar a casa y encontrarse a solas con su esposo.

La señora Mohammad ya se había retirado a su departamento cuando llegaron y Leroy le avisó al marido que ya no lo necesitaría esa noche. Mientras tanto, Layla se dirigió nerviosa al salón. La tenue luz que imperaba allí, le daba un ambiente agradable y acogedor, y en una mesita se encontraban unos emparedados que la sirvienta había dejado para ellos cuando regresaran a casa.

La joven se quitó la estola y se encaminó a la cafetera para preparar café. Estas pequeñas tareas la mantenían distraída de la atmósfera ominosa que Leroy había creado a propósito, así que trató de calmarse, después de todo ella no había hecho nada malo, ni tenía nada de que avergonzarse y precisamente por esto no comprendía por qué se sentía culpable.

Leroy entró en la habitación después de colgar el teléfono y se aflojó la corbata, se veía muy atractivo aquella noche. Ella aparentó tranquilidad y mirándolo le preguntó:

— ¿Deseas tomar una taza de café?

Él movió la cabeza negando y, abriendo un armario, se sirvió un trago de whisky. Mientras tanto, ella tomaba una taza de café, ya que después de varias copas de champán, aquella aromática bebida le sentaría muy bien. Trataba de convencerse de que ella era superior a cualquier provinciano ignorante, claro que el problema estribaba en que Leroy no era ignorante, pues ella había comprobado la forma en que aniquilaba verbalmente a sus contrincantes, por lo que dudaba de su propia habilidad para enfrentarse a él en caso de ser necesario. La única persona que parecía tener ascendiente sobre él se encontraba a doscientos kilómetros de distancia, en Shelton; y Layla no tenía intenciones de acudir a su suegra, de antemano sabía que la

despreciaba, así como su forma de vida.

Los dedos de Layla temblaban mientras se servía la segunda taza de café y Leroy se dirigió a la chimenea. Ella evitaba mirarlo, tenía temor de aquella mirada penetrante y al mismo tiempo no deseaba que él se diera cuenta de que la trastornaba de aquella manera. Hasta ahora había manejado bien la situación, manteniéndose independiente, cumpliendo con los pedidos que él le hacía y nunca había dado lugar para que la considerara algo más que la anfitriona que tenía en su casa de Londres. El anillo que ella usaba nada más representaba una mera formalidad ante la sociedad en que vivían. Tomó la frágil taza de porcelana en sus manos y aspiró el aroma del café recién molido. Era evidente que, al aceptar la amistad de otro hombre, destruyó las barreras que había erigido como parte de su estructura marital.

Leroy terminó su whisky y ella pudo sentir la mirada de él en su cuello. Con admirable serenidad colocó de nuevo la taza sobre la mesa y se puso de pie.

Con voz ronca, Leroy le preguntó:

— ¿A dónde crees que vas?

— Estoy cansada Leroy y me voy a la cama.

— Tú siempre estás cansada, sobre todo si hay algo desagradable que tratar.

Ella suspiró profundo.

— No creo que haya nada desagradable que decir. No he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme. No soy una niña para que se me reprenda, y si estás molesto por el asunto de Nathan, tú eres el único culpable.

— ¡Vete al demonio! Layla, es increíble que puedas ser tan descarada, ¿Piensas que me voy a tragar eso?

— Leroy, ¿no crees que, para una sola noche, ya me has humillado bastante? No quiero ni imaginar lo que Abel y Gianna estarán pensando.

— ¿Ah, no? — interrogó Leroy levantando las cejas — . Entonces no conoces bien a tus amigos. Sólo superficialmente, pero no a fondo.

Layla estaba indignada.

— ¿Qué quieres decir?

— Lo que estoy diciendo. El pobre de Abel estará deseando ser como yo y salirse con la suya. En cuanto a Gianna, lo debe despreciar por ser tan pusilánime.

— Gianna no pensaría eso jamás. Ella te considera demasiado rústico y le disgustas tanto como a mí. — Él sonrió en forma burlona.

— Eso es lo que tú crees. ¿No sabías que tu amiga Gianna daría cualquier cosa por estar en tu posición?

— ¿Qué significa eso?

Leroy dejó el vaso sobre la mesa.

— Significa, mi querida e inocente aristócrata, que por lo que a mí se refiere Gianna es pan comido, ¿comprendes?, sólo tengo que tronar dedos y... — Estaba sumamente alterada y su respiración agitada provocaba que su pecho levantara la suave seda negra de su vestido.

— Eres... eres despreciable — habló con repugnancia — , y además no te creo, Gianna no es de esas. Ya te lo he dicho, ella te desdeña.

Él se paró frente a ella con los brazos en la cintura y le contestó con impaciencia.

— ¿Quieres que te lo pruebe?

Layla lo miró por unos segundos y después bajó la vista al observar su mirada llena de ira.

— ¡Oh, no, no! Por supuesto que no.

— ¿Por qué? — preguntó — , ¿temes que tenga razón?

Ella movió la cabeza negando. No quería pensar; no deseaba recordar aquella noche en la escalera cuando escuchó a Gianna reír con las anécdotas que Leroy le contaba. En esa ocasión habría creído cualquier cosa, pero no era verdad, no podía ser verdad. Ella era su amiga y, sin embargo...

La joven dio la vuelta y tomó su bolsa de noche.

— Me voy a dormir, no deseo seguir discutiendo más.

Leroy se dirigió a ella con los músculos tensos.

— Y por supuesto, aquí termina la discusión, ¿no es así?

Ella caminó hacia la puerta.

— ¿Qué más habría que decir? En realidad no te comprendo. Te quejaste cuando no me encontraste al llegar de los Estados Unidos y, sin embargo, ahora casi me has obligado a ir al concierto con Nathan.

Leroy reaccionó violento.

— Mientras yo estaba en los Estados Unidos saliste con Fitzgerald, ¿no es así? No te importó lo que la gente pudiera decir. Ahora, al concertar yo tu reunión con él, cesará un poco la especulación sobre la relación de ustedes. Nadie se burla de Leroy Fletcher, recuérdalo.

— ¿Qué estás diciendo?

— Estás cansada y no te molestaré con los detalles.

— ¡Oh, Leroy! — musitó con un profundo odio por su irónica superioridad.

— Vete a la cama Layla. Tal como dijiste, tú no me comprendes; pero lo harás.

Layla se alejó rápidamente. Hubiera deseado echarle en cara sus propios defectos, las frecuentes aventuras que se le imputaban.; sin embargo, no pudo hacerlo, habría demostrado celos de su parte y hasta ahora esa emoción nunca la había molestado.

No obstante, esta noche, después de aquel momento en la escalera, la idea de que él le hiciera el amor a otra mujer le había parecido de mal gusto...

CAPÍTULO 3

Aquella mañana, el restaurante se encontraba repleto de damas vestidas con elegancia que conversaban y reían mientras descansaban de sus compras. Se respiraba una atmósfera de exclusividad y perfume francés, ya que este era punto de reunión para la gente rica. En una mesita se encontraba Layla con Gianna Mcclain, quien saboreaba una taza de café mientras sus ojos recorrían el salón y procedía a disfrutar un segundo pastel de crema.

— Creo que debo tratar de abstenerme de comer golosinas. No me gustaría subir de peso, la moda actual demanda figura esbelta.

— No creo que haya peligro de eso — dijo Layla, indulgente — . Me parece que estás muy delgada.

Gianna arqueó las cejas y suspirando dijo:

— Sí, pero ¿cuánto tiempo me conservaré, si sigo comiendo este tipo de alimento? ¿Recuerdas cuando estábamos en la escuela? Podíamos comer toneladas de cosas que engordaban y no aumentar ni un solo gramo. Me pregunto ¿por qué comenzamos a acumular centímetros, a medida que envejecemos?

Layla colocó de nuevo su taza de café en el plato.

— Supongo que se debe a que hacemos muy poco ejercicio en la actualidad, comparado con el que hacíamos cuando estábamos en la escuela. Recuerdo que jugábamos tenis y hockey muy a menudo.

— Claro, es verdad — comentó Gianna con cierta nostalgia — . Tú eras muy buena deportista, en cambio, yo siempre tenía miedo de que alguien confundiera mi pierna con la pelota.

Layla suspiró al recordar aquella época. En aquel entonces Gianna y ella habían sido muy buenas amigas; si bien era cierto que ahora ambas estaban casadas, algo había cambiado. En diversas ocasiones parecían desconocidas, sin nada en común que las uniera. Durante algunos momentos ambas se quedaron en silencio hasta que Gianna irrumpió:

— ¿Cómo está Leroy?

Layla tomó otra vez su taza de café.

— Supongo que está bien, por el momento está fuera de Londres

— ¿Fuera otra vez? — dijo Gianna con evidente mofa.

— Se encuentra en el norte de Inglaterra — explicó, mientras pasaba el dedo sobre el borde de la taza — , ha ido a una empresa de producción de químicos en Castle way... Westhumberland.

Gianna la escuchó con atención y dijo:

— Ya veo. Por cierto, ¿qué sucedió la otra noche después de la recepción en la embajada? ¿Estaba muy disgustado por la aparición de Nathan?

Había una ávida curiosidad en la mirada de Gianna y Layla no estaba dispuesta a satisfacerla. A pesar de que no le parecía lógico, no había podido de su pensamiento lo que Leroy le había dicho de su amiga y se preguntaba si su intención sería "divide y vencerás". Movió la cabeza y colocando su taza sobre el plato, pensó que se estaba poniendo demasiado quisquillosa. Lo único que Gianna deseaba era preguntar por su marido, sin ningún interés especial, así que consideró por un momento su respuesta y le contestó:

— ¿Cómo podría estar disgustado si él mismo arregló con Nathan que me llevara al concierto?

Gianna se veía un poco decepcionada

— ¿Quieres decir que no se molestó?

— Yo no he dicho eso precisamente. Dije que no debería estarlo, ya que él lo arregló todo.

Gianna extrajo una cigarrera de oro de su bolso, ofreció uno a Layla, quien lo rehusó, y mientras encendía un cigarrillo, le dijo con impaciencia.

— Considero que tú le permites demasiado. Yo no dejaría que Abel me diera órdenes.

— Leroy no me manda tampoco, en realidad nuestro convenio funciona muy bien.

— ¿Qué? Él siempre está fuera de casa y tú siempre encerrada ¿Acaso piensas que yo permitiría que Abel fuera a todos esos sitios glamorosos solo?, por supuesto que no, yo insistiría en acompañarlo

— Tú te encuentras en una situación ligeramente diferente a la mía. Tú amas a Abel y él te ama a ti.

Gianna dejó caer la ceniza de su cigarrillo en el cenicero y comenté con ironía.

— No estoy tan segura de eso. Esto fue cierto alguna vez y nuestros motivos para casarnos fueron verdaderos, pero eso no es duradero; una vez que se pasa la excitación de la luna de miel, ¿qué queda? Una vida rutinaria con un hombre que considera que para hacer el amor tiene que ser de noche y estar a oscuras.

— ¡Gianna! — exclamó Layla.

Siempre pensó que estaban hechos el uno para el otro, y esta confesión le causó una gran sorpresa.

— Por favor Layla, no te pongas así, no es el fin del mundo. No he descubierto este sentimiento de repente, es algo que siento desde hace años, incluso en algunas ocasiones he sido lo bastante tonta para externarlo.

— Pero, pero ¿por qué? Layla no podía comprender.

— Cielos, Gianna, tienes todo. Una hermosa casa, tu propio automóvil, suficiente dinero y un marido que te ama.

— Pero estoy aburrida, Layla, aburrida. ¿Puedes entender eso? — exclamó irritada.

Layla se echó para atrás en la silla diciendo:

— Llevas cinco años de casada, ya es hora que tengas familia.

— ¡Ay Dios! Eres más papista que el papa. ¿Familia? ¿Crees que yo quiero una criatura llorona y ruidosa en mi casa? ¿Piensas que deseo más responsabilidades de las que ya tengo?

Layla se mordió los labios.

— Nunca imaginé que pensaras así Gianna.

— Bueno, en realidad no lo siento, por lo menos no siempre y eso si es suerte, ¿no crees? — suspiró profundo.

— ¿No deseas tomar más café?

— ¿Qué? ¡Oh, sí, sí! Por supuesto — repuso Layla, quien levantan la cafetera, sirvió en ambas tazas — . ¿Cómo es que nos involucramos en esta conversación? Estoy segura de que hay temas más agradables.

— Estábamos hablando de las aventuras de tu esposo, las cuales debes admitir son muchas y de todos tipos — dijo Gianna con voz aguda.

Layla se sonrojó. En pocas ocasiones le era insoportable Gianna, esta era una de ellas. Deseaba no haber aceptado reunirse con ella, pero se aburría aquella mañana y le había dado gusto salir de casa.

Como Layla no le contestó, la amiga continuó:

— ¿Qué te pasa Layla? Estás actuando de manera diferente, por lo menos antes no eras tan susceptible a los amoríos de Leroy. ¿Qué te sucede? ¿Has empezado a darte cuenta de que el dinero no lo es todo en la vida?

— Nunca pensé que lo fuera — replicó mientras hundía las uñas en las palmas de sus manos.

— Deja ya de hacer aspavientos por todo lo que digo. Me haces sentir malvada

— Layla tomó unos cuantos sorbos de café, tratando de lamentar tranquilidad.

Sin pensar, las palabras de Leroy sobre Gianna volvieron a resonar en sus oídos.

¿Qué pasaría si Leroy tenía razón en cuanto a que Gianna estaría dispuesta a tener una aventura con él? Sintió escalofrío. Durante los tres años de su matrimonio, había aprendido a no preocuparse por las actividades de su esposo; sin embargo, la idea de que Gianna pudiera vincularse con él era imposible de aceptar, y estaba segura de que sus sentimientos no eran irrazonables, a pesar de su relación tan peculiar. Por lo demás, era un hecho que Gianna nunca... bueno, estaba imaginando algo que nunca llegaría a suceder; pero aun así no podía ver a su amiga de la misma manera que antes. La conversación de esta mañana había destruido algo que era irreemplazable. Buscó desesperada cualquier cosa que decir para llenar aquel silencio abrumador, y si no hacía alguna observación, Gianna comenzaría a sospechar que existían otros motivos por los que ella no podía referirse a su esposo; por fortuna, en aquel momento una joven dama se acercó a la mesa en la que se encontraban y las saludo con familiaridad. Alexandra Owflen era esposa de un consejero del parlamento y se unió a ellas para comentar sobre el clima y las nuevas modas otoñales. Cuando esta se hubo despedido, Layla se puso de pie y se dispuso a salir también. Mientras se dirigía a la puerta, Gianna le preguntó:

— ¿Cuándo regresa Leroy? Me gustaría que fueran a cenar a la casa antes de que desaparezca otra vez con sus viajes.

Layla tuvo que reprimir el deseo de informarle que no tenía idea cuando regresaba, y solamente replicó:

— Muchas gracias Gianna, creo que llegará el fin de semana, su visita a la planta es muy rápida.

Gianna sacó sus guantes de gamuza y poniéndoselos manifestó:

— ¡Qué bueno! ¿Te parece bien el domingo?

— No veo por qué no te puedo telefonear para confirmar.

Gianna la miró inquisitiva.

— ¿Te encuentras bien, Layla? Lo que te he dicho no te ha molestado, ¿verdad?

— Por supuesto que no, es sólo que tengo jaqueca y me iré a casa a recostarme un rato.

— Sí, eso debes hacer, y no te olvides de llamarme para lo del domingo.

— No, claro que no.

Layla sonrió y las dos chicas salieron del restaurante. Una vez afuera, Gianna tomó un taxi, mientras que Layla decidió caminar despacio por la calle Hendricks. Eran más de las doce y le había dicho a la señora Mohammad que comería a la una. En aquel momento no sentía apetito, la conversación con Gianna le había dejado un amargo sabor en la boca. ¿Cómo era posible que Leroy se hubiese dado cuenta en un período tan corto de tiempo de lo que ella no había sido capaz de observar en años? No se consideraba ingenua, pero siempre había creído que el matrimonio de Gianna era feliz; incluso de vez en cuando hasta la había envidiado por el marido tan gentil y sencillo que tenía, aunque también estaba segura de que él no se habría prestado para una unión tan fría y calculada como la de ella con Leroy. Casi sin darse cuenta llegó al parque, y a pesar de que el viento era bastante frío, decidió caminar a través de los prados para disfrutar la frescura del ambiente. Le estaba dando demasiada importancia al asunto y, a pesar de que su trato con Leroy había sufrido un giro de tipo personal, eso no significaba que nada había cambiado. Era el desarrollo normal de las relaciones y no podía esperar que la vida pasara sin altas y bajas, después de todo, ella la había elegido sin que nadie la obligara. Cuando su padre murió, no admitía la posibilidad de que se hubiera suicidado, ella tuvo que elegir y la satisfacción obtenida como consecuencia de este matrimonio en cuanto a la familia de su padre, era más que suficiente.

Cuando llegó a su casa se encontraba mucho más calmada, casi convencida de que había formado una montaña de un grano de arena. Aun la actitud molesta de la señora Mohammad por haberla hecho esperar por más de una hora con la comida lista, le hizo poca mella y se disculpó con tal gracia que se ganó la simpatía de la buena mujer. No bien acababa de sentarse a la mesa y se disponía a saborear un platillo, cuando la señora Mohammad le informó que había recibido una llamada telefónica.

— Es señor Fitzgerald la llamó.

— ¿El señor Fitzgerald?

— Sí señora.

— ¿Dijo lo que deseaba? — preguntó Layla con apatía.

— No, señora, sólo me dijo que le pidiera que se comunicara con él en cuanto llegara.

— Ya veo.

¿Qué podría desear Nathan ahora? A menos que se tratara de finiquitar los detalles del concierto, pero faltaba todavía una semana. Suspirando, continuó comiendo.

— Muy bien, gracias señora Mohammad. Lo llamaré más tarde.

Aunque la comida estaba deliciosa, Layla había perdido el apetito a consecuencia de su conversación con Gianna aquella mañana y no tenía deseos de ver a nadie, así que si esa era la intención de Nathan, iba a tener una decepción.

Le telefoneó como a las cinco a su oficina y él estaba encantado de escucharla.

— Gianna me ha contado que Leroy se encuentra fuera por el momento y me gustaría invitarte a cenar esta noche.

Layla pensó con cinismo que Gianna no había perdido el tiempo, ya que debió haberse comunicado con él en cuanto regresó del restaurante y sintió un poco de enojo contra su amiga por intervenir en su vida. Tratando de suavizar esta idea, consideró que quizás Gianna pensó que a ella la gustaría ver de nuevo a Nathan, pensando que la relación entre ellos de hacía tres años no había terminado por completo.

— Lo siento Nathan — le dijo imprimiendo un tono de pena a su voz — no deseo salir esta noche.

— Con más razón debes cambiar de opinión — insistió Nathan — . Mira, hay un nuevo sitio en Hudson, creo que podríamos cenar ahí y en seguida volver a casa. No necesitas desvelarte si no quieres

Layla titubeó al pensar en la velada que pasaría. La señora Mohammad serviría la cena aproximadamente a las siete y después se retiraría, dejándola libre para lo que ella quisiera hacer. Las últimas noches había padecido insomnio y, por lo tanto, no se acostaría hasta pasadas varias horas. De pronto vino a su mente la imagen de Leroy.

¿Qué estaría haciendo esa noche? ¿Lo pasaría solo en su habitación del hotel? Lo dudaba mucho. Lo más posible era que se desvelara hasta la madrugada en algún club nocturno con sus gerentes y ejecutivos. Impulsivamente dijo:

— Está bien, Nathan, iré. ¿A qué hora saldremos?

Él estaba fascinado.

— ¿Te parecería bien a las siete?

Layla consultó su reloj de oro, mientras calculaba el tiempo que le tomaría ducharse y arreglarse.

— Está bien Nathan, ¿me recogerás aquí?

— Por supuesto. Te veré más tarde.

Colocó el auricular con cierto desgano sobre el aparato, ahora que ya había aceptado, se daba cuenta de que en realidad no deseaba salir aquella noche. Si Nathan no la hubiera llamado, de seguro se habría dedicado a ver televisión o quizás a leer el libro que compró días atrás. Tal como estaban las cosas, había aceptado pasar varías horas en compañía de un hombre que, si bien era cierto, le proporcionaría un rato de entretenimiento, por otro lado, representaba dificultades de tipo personal. Ni Nathan ni Gianna podían aceptar que su relación actual era del todo diferente de lo que fue años atrás.

Puso una hora descansando en la bañera y después se vistió con una blusa blanca de encaje veneciano y una falda negra de terciopelo que le llegaba al tobillo. La blusa era de manga larga y cuello alto, Mientras que la falda abotonada al frente, hasta la rodilla, dejaba al descubierto las esbeltas piernas en cualquier movimiento que ella realizaba. Se hizo un peinado alto y se veía más madura. Al sonar el timbre de la puerta, ya estaba lista y la señora Mohammad salió a recibir a Nathan.

Se encontraba esperándola en el recibidor cuando ella bajó con una estola de martas plateadas. Nathan la contempló apreciando la belleza de la muchacha.

Dejando su estola sobre un sillón, Layla le preguntó:

— ¿Te has servido un trago?

Nathan sonrió burlón.

— No, en realidad tu ama de llaves no es muy hospitalaria, y me dio miedo tocar cualquier cosa en esta casa sin permiso por temor a se me acuse de ladrón.

— Por favor no exageres, y dime que deseas tomar.

Nathan miró a su alrededor.

— Oye Layla, ¿no existe la posibilidad que tu marido nos sorprenda, verdad? Quiero decir que me disgustaría muchísimo encontrarme en el tigre en su propia guarida.

— Cielos Nathan, no hagas las cosas tan grandes y dime que te sirvo.

— Whisky está bien — extrajo una cajetilla de cigarrillos de su bolsillo, le ofreció a Layla, quien rehusó.

Él sacó un cigarro y lo encendió. Al hacerlo, ella pudo observar que las manos le temblaban, la idea de encontrarse con Leroy lo alarmaba. Le pareció cómico, sin embargo, al mirar sobre el asunto con más detenimiento, no lo era tanto, ya que había visto hombres mucho más vigorosos que Nathan desmoronarse ante la personalidad de Leroy. No era precisamente lo que decía, sino su actitud, lo que le daba aquella extraordinaria fuerza ante sus adversarios.

El restaurante donde fueron, estaba recién inaugurado y situado frente al río. Era una construcción decorada con cristal y madera y, a pesar de que Layla lo encontró impresionante, no fue de su completo agrado. Ella prefería sitios más pequeños con más personalidad, que no fueran tan exclusivos. No obstante, la comida era buena y la conversación agradable, ya que Nathan conversaba sobre libros y conciertos, que ambos habían leído y escuchado. Ella se sentía contenta de poder compartir sus opiniones con alguien que la comprendía. Hacía mucho tiempo que no tenía oportunidad de hablar sobre temas artísticos con nadie, pues aunque Leroy se encontrase en casa, no consideraba estos asuntos de particular interés. En su despiadado ascenso hacia la cima, no había tenido tiempo para dedicarlo a cultivarse y, por lo tanto, su gusto artístico no era muy refinado. Él sólo disfrutaba todo aquello que satisfacía sus sentidos y descartaba cualquier cosa que implicara profundidad de pensamiento, mientras que ella apreciaba todo lo espiritual y artístico. Por eso, en muy pocas ocasiones, Layla podía estar de acuerdo con él.

Nathan la llevó a su casa después de las diez, estacionó el automóvil y dando la vuelta hacia ella preguntó:

— ¿Me vas a invitar a tomar café?

Layla consultó la hora en su reloj.

— No, no lo creo. Quiero decir que es tarde y la señora ya se debe haber retirado hace rato.

— Lo sé — contestó él, divertido.

— Te ruego que no pienses de manera equivocada. El hecho de que haya salido contigo un par de veces no significa...

— Ya lo sé — la interrumpió con impaciencia — eres una mujer casada. Bueno, ¿y qué? ¿Qué nos importa eso a nosotros? Todo el mundo sabe que...

— No quiero saber lo que todo el mundo sabe — afirmó Layla y abriendo la portezuela salió del auto.

— Gracias por la cena y llámame para lo del concierto la semana próxima.

— ¿No cambiarás de opinión?

— ¿Sobre el concierto? No... ¿Por qué habría de hacerlo?

— No me refería al concierto — le replicó con sequedad — .Está bien Layla, buenas noches.

— Buenas noches, Nathan.

Mientras él se alejaba, Layla sacó su llave y la metió en la cerradura del salón, se encontraba oscuro, encendió la luz y lo recorrió con la vista antes de cerrar la puerta. Observó la puerta del estudio, no había señal de que Leroy hubiese regresado de Westhumberland de improviso. Se dirigió a la cocina y encontró una nota de la señora Mohammad informándole que había dejado café y bocadillos en el salón; al parecer, la mujer esperaba que regresaran a la casa a cenar. Esto le molestó un poco, no le gustaba que el ama de llaves especulara sobre su relación con Nathan, ya era bastante con la sospecha de Leroy. Quizá le había pedido a la señora Mohammad, que a su regreso le informara de todo lo que ella hacía en su ausencia.

Dio la vuelta y se dirigió otra vez al salón. La idea de que la tuviera vigilada no le agradaba en lo absoluto, pero, por otro lado, era seguro que Leroy no haría tal cosa. Además, pensó con disgusto, ella no era una niña. Si deseaba tener amigos, ¿por qué no habría de tenerlos? ¿Por qué tenían que existir motivos específicos detrás de cada acción? Nathan y ella se conocían desde hacía años, incluso mucho antes de que existiera una relación de tipo sentimental, ¿por qué habría de ser diferente ahora? Encogiendo los hombros, se sentó, conectó la cafetera y observó las pequeñas burbujas mientras el agua hervía. Era un poco más de las once, ¿qué podía estar haciendo Leroy en ese momento?, ¿Dónde estaría?

Tomó una taza y se sirvió café, leche y azúcar. ¿Por qué se preocupaba por eso ahora?, pensó con disgusto. Nunca le había importado dónde estaba. ¿Sería, quizá, que a medida que lo iba conociendo mejor se sentía más ligada a él? Cuando se casaron todo era diferente. Ella aún se encontraba agobiada por la pena de la muerte de su padre y fue terrible, ya que ambos eran muy unidos, prácticamente dependían el uno del otro, debido a que no contaban con su familia. Tanto ella como su padre tenían sus propias amistades. Este había sido jovial y encantador y era siempre bienvenido entre el círculo de sus amistades. Cuando él murió, ella se dio cuenta de lo poco que la gente importaba en aquella existencia tan artificial que ambos compartían. Hasta el abandono de Nathan le había pasado inadvertido y no la afectó tal como debiera, teniendo que aceptar, que esa etapa de su vida había terminado, para dar paso a una nueva.

No sabía en realidad cuanto tiempo le había tomado recuperarse por completo. Los largos viajes de Leroy y sus retornos repentinos eran como bálsamo en su vida, haciéndola más real y aceptable después de cada período.

Poco a poco comenzó a vivir de nuevo, dedicándose a hacer su casa tan atractiva como podía y convirtiéndose en la clase dé esposa que Leroy deseaba. Sin embargo,

no estaba preparada para el nuevo giro de sus relaciones, para esta nueva profundidad de contacto y conocimiento, para esta penetración en la concha que ella misma había construido a su alrededor después de su matrimonio y que creía impenetrable. No había tomado en consideración la naturaleza humana cuando hizo sus cálculos para el futuro y al encontrarse de pronto con que Leroy y ella pudiesen reaccionar como cualquier ser humano, la tenía desconcertada.

Cuando terminó su taza de café, se levantó y se dirigió despacio hacia el gabinete donde se encontraba el equipo modular, y pasando los dedos sobre el mismo se mordió los labios. Para Leroy, ella era como este objeto inanimado, una posesión y nada más, y hasta ahora también sumisa. En realidad no tenía por qué protestar, estaba bien alimentada, bien vestida, podía comprar cuanto se le antojara sin siquiera pedir autorización, ¿qué más podía pedir una mujer?

Por cierto, su matrimonio era un motivo constante de preocupación para el hermano de su padre. Él no tenía hijos, y si Layla tuviera uno, éste heredaría la fortuna de los Wester al morir él. Sonrió, pensando que sólo ella sabía lo remota que era esa posibilidad.

CAPÍTULO 4

Layla despertó esa mañana con la sensación de que alguien la observaba. Al desperezarse, vio la figura de Leroy en la puerta de su habitación. Vestido con un traje azul y con la barba crecida, se veía masculino y tembló bajo las sábanas de seda. Al verlo, se tapó hasta la barbilla en actitud defensiva.

La expresión de Leroy se tornó cínica al observar la reacción involuntaria de la chica, y comentó con dureza:

— No te alarmes. No he manejado toda la noche desde Newcastle con pensamientos lujuriosos respecto a ti, lo único que deseo es hablar contigo antes de acostarme porque estoy rendido.

Layla trató de ordenar sus pensamientos, estaba confundida.

— ¿Por qué, por qué deseas hablar conmigo? — preguntó con cierto recelo.

Él levantó los hombros con indiferencia.

— Vamos a salir el fin de semana. Me comprometí anoche y traté de limitarle para avisarte, pero nadie me contestó. ¿Acaso saliste?

Layla no pudo evitar que sus mejillas subieran de tono y se sentía en desventaja, metida en la cama sin poderse mover por temor a mostrar su cuerpo. Hubiera deseado tener el valor suficiente para levantarse y ponerse la bata que se encontraba a los pies de la cama.

Leroy dio la vuelta con intención de salir, y al hacerlo, sus ojos tropezaron con la falda de terciopelo que ella había dejado sobre una silla la noche anterior.

La levantó, cayendo al suelo la blusa de encaje que se encontraba debajo

— ¡Así que saliste anoche! ¿Y podría saber adonde?

— Leroy, ya te he dicho que tú no eres mi guardián — exclamó.

— ¿Ah, no? ¿Entonces dime quién lo es? — preguntó con furia en la mirada.

Layla parecía a punto de explotar.

— Hazme el favor de salir de mi habitación. Quiero levantarme.

— ¿Y por qué no lo haces? Yo no te lo impido.

Se paró frente a ella en actitud desafiante, mientras la veía con burla. Ella se acostó boca abajo y le gritó con ira:

— Te odio Leroy Fletcher.

— ¿Por qué? ¿Será porque he regresado para echar a perder las cosas con el amigo Fitzgerald? Con él saliste anoche, ¿no es así? ¡Oh, no te molestes en contestar porque ya lo sé, la señora Mohammad me lo dijo!

Layla se dio la vuelta violentamente.

— Así que le has encargado a la señora Mohammad que me espíe, ¿verdad? ¡Hasta dónde puede llegar tu ruindad!

La expresión de Leroy se endureció.

— Cuando llamé anoche y nadie me contestó, sentí preocupación; eso es todo, así que llamé a la señora Mohammad para averiguar donde estabas. El teléfono podía estar descompuesto, tú podías estar enferma, etc.

— Aun así... — replicó en forma defensiva.

— Aun así nada. Sin embargo, no pienso perder tiempo con Fitzgerald ahora, puedo manejar ese asunto más tarde. Supongo que no te interesa saber en donde pasaremos el fin de semana.

— Por supuesto que me interesa — dijo con desagrado.

Debido a la acalorada discusión, había olvidado el motivo por el cual Leroy regresó antes de lo esperado.

Se acercó a la cama con una extraña mirada en sus ojos.

— ¿Ah sí? Ubuntu tiene una cabaña y él y su esposa nos han invitado a pasar el fin de semana.

— ¿Ubuntu?, pero no es él...

— El embajador de Camerún, por supuesto.

— ¿Era el caballero con el que conversabas durante la recepción de la otra noche?

— Exactamente. ¿Ahora comprendes lo importante que es?

— Creo que sí, ¿cuándo nos esperan?

— Esta noche a la hora de la cena y he pensado que debemos salir a las cuatro.

— Está bien.

La perspectiva de un fin de semana en el campo no era del todo desagradable, aunque hubiera deseado más tiempo para prepararse. Se había vuelto demasiado introvertida y no quería que Leroy sospechara que estaba a disgusto con el tipo de vida que llevaba.

Por desgracia, Leroy confundió la actitud dubitativa de la chica y levantó la voz, frenético.

— ¿Qué te pasa? ¿Tenías otros compromisos con Fitzgerald? ¿Pensabas que yo no regresaría hasta los primeros días de la semana próxima?, ¿no es así?

— Sí, tengo otro compromiso.

Estaba a punto de comentarle lo de la invitación de Gianna, pero él no la dejó terminar, agachándose la tomó con fuerza por los brazos y la sacudió con ímpetu, viéndola con ojos fríos y penetrantes.

— Te advierto que no voy a seguir tolerando esta situación. Tú me perteneces, físicamente, por lo menos, y si nuestro convenio ya no te satisface, si has comenzado a desear una relación de tipo físico con un hombre, entonces tomaré cartas en el asunto, ¿me entiendes?

— ¿A qué te refieres? — musitó ella.

— Estoy seguro de que me comprendes muy bien.

— Me repugnas — aseveró Layla con respiración entrecortada.

— ¡No me digas, pequeña bruja mercenaria! Si yo estuviera en tu lugar, cuidaría mi comportamiento.

Layla reprimió un sollozo y hundió la cara en la almohada. Nunca se había sentido

tan humillada y no soportaba verlo. Él se dirigió a la puerta, pero se detuvo y, regresando, tiró de la sábana de seda que Layla tenía entre las manos. Al hacerlo, dejó al descubierto el cuerpo de ella, apenas tapado por el delgado camisón de gasa. Luego caminó hacia la puerta, la abrió y, viéndola, le dijo con sarcasmo:

— El espectáculo de un cuerpo femenino desnudo no es ninguna novedad, — dicho esto, salió del cuarto dando un fuerte portazo.

Cuando Layla se sintió con fuerza para levantarse, ya era bastante tarde y sobre su mesita de noche se encontraba una bandeja con café y pan tostado, que la señora Mohammad le había dejado; pero ella no tenía apetito. La verdad era que la proximidad del fin de semana le parecía como un espejismo.

El ama de llaves estaba abajo, preparando la comida y al ver la bandeja que Layla traía le preguntó:

— ¿Le sucede algo, señora?

— No, es que no tenía hambre, ¿dijo el señor Fletcher si se levantaría para la hora de la comida?

— ¿Levantarse señora? El señor Fletcher no está en casa. Salió poco después del desayuno.

Layla tenía dolor de cabeza y la respuesta de la señora Mohammad la dejó confundida.

— ¿Cuándo, cuándo se fue? Lo vi como a las ocho.

— Sí, señora, desayunó y salió. Hasta donde yo sé, no vendrá a comer.

Layla se sentía atolondrada.

— Ya veo, y lo siento, yo debo haber entendido mal lo que dijo y por favor señora Mohammad, no prepare mucho de comer para mí porque no tengo apetito.

El ama de llaves la miró con cierta duda.

— ¡Oh, señora Fletcher, espero, espero no haber hecho mal en decirle al señor que usted había salido con el señor Fitzgerald anoche! Él, bueno, él deseaba hablar con usted y yo tenía que decirle algo.

— Está bien, señora Mohammad, no es ningún secreto — repuso brevemente.

— Si usted lo dice, señora.

Layla salió de la cocina y en el salón se detuvo frente al gabinete del bar. Nunca había sentido deseos de tomar una copa por la mañana, pero ahora anhelaba algo que la reanimara. No obstante, decidió alejarse y levantando el periódico, leyó los titulares. Sin ningún interés. Si sentó en un sillón, encendió un cigarrillo y aspirando profundo tratando de relajarse. Estaba completamente segura que no le había entendido mal a Leroy cuando dijo que pretendía acostarse a dormir, entonces ¿Dónde estaba ahora y por qué? Se habría cancelado el fin de semana con los Ubuntu o seguiría en pie? Apagó el cigarro y se levantó para ir al teléfono.

Levantó el auricular y marcó el número de la Fundación Fletcher en Holborn. La recepcionista reconoció su voz al instante.

— Sí, señora Fletcher, ¿en qué le puedo servir?

Layla tenía la boca seca.

— Estoy tratando de localizar a mi esposo. ¿Sabe usted si se encuentra en el

edificio?

— Me temo que no, señora Fletcher. Estuvo aquí, pero ya se ha ido.

— Gracias. ¿Usted no sabe dónde...? — Estaba formulando esta pregunta cuando escuchó la llave en la cerradura y Leroy entró al vestíbulo — . ¡Ah! Está bien gracias, ya llegó.

Colocó el auricular sobre el aparato con torpeza y se enfrentó a su marido. Todavía traía puesto el traje azul, se había afeitado y cambiado la camisa. Si no fuera por las líneas de fatiga alrededor de sus ojos, nadie podría imaginarse que se había pasado toda la noche majando desde Newcastle. Tenía una maravillosa constitución, debido quizás a que practicaba el tenis, el golf cuando tenía tiempo, aunque Layla nunca lo había acompañado.

Él la miró de reojo.

— ¿A qué se debe el pánico? ¿A quién estabas llamando ahora?

— No hay ningún pánico y me estaba comunicando a la oficina para saber si tus planes habían cambiado.

— ¿Mis planes? — Se dirigió al bar rápido se sirvió una cerveza helada.

Se tomó la mitad y arqueando las cejas se dirigió a ella.

— ¿Y por qué habría de cambiarlos?

— Pensé que quizá, después de lo de esta mañana, quiero decir...

— Quieres decir nuestro pequeño malentendido, ¿y por qué habría eso de cambiar algo? — inquirió.

— ¡Oh Leroy!

Tenía deseos de abofetearlo para borrar esa expresión de burla de su cara, pues él se divertía a costa de ella y eso, por supuesto, no le gustaba.

Leroy terminó su cerveza y dejó el vaso sobre una mesa, sacó una cajetilla de cigarros y colocando uno entre sus labios lo prendió. A través del humo observaba las diversas emociones que se reflejaban en la expresiva cara de su esposa

— No tomes las cosas tan en serio, Layla.

— Creía que eso era lo que debía hacer — exclamó aguijoneada por la ironía del tono de voz de su esposo.

— Quizá, de cualquier forma, ya hemos tratado el asunto satisfactoriamente.

— ¡Tú lo has tratado! — Replicó ella con enojo.

— Eso es lo que dije.

— Mira Leroy, no quiero comenzar otra discusión, pero me niego a ser tratada como una niña imbécil. Soy una mujer, estoy casada contigo, como tu comida y gasto tu dinero, pero hasta una ama de llaves tiene ciertos derechos.

Él se recargó en el sillón con indolencia y Layla sintió cierta compasión por él. Verlo ahí, con los ojos a medio cerrar por el cansancio, parecía tan vulnerable. Era una tonta, si eso pensaba, él no lo era. Al parecer , se estaba compadeciendo de él, aunque ese era un sentimiento que él no pedía ni brindaba.

— Está bien — le contestó moviendo la cabeza, sobre el terciopelo dorado del respaldo de la silla — . No discutiremos más sobre ese asunto.

Layla juntó las manos, ya que no era esa la respuesta que deseaba escuchar, pero

él había dado por terminado el asunto y no tuvo valor para tratarlo de nuevo; es más, comenzaba a sentirse culpable, ya que por su causa él no había dormido en más de veinticuatro horas.

De pronto, Leroy cerró los ojos y ella se dio cuenta de que se había quedado dormido; lo contempló casi con incredulidad, pensando que nunca antes lo había visto dormido. La expresión de su cara era muy diferente, se veía más jovial, más amable y la dureza de su faz se había dulcificado por el descanso. Lo observó durante varios minutos, incapaz de explicarse lo que la movía a hacerlo, se sentía impulsada a aflojarle la corbata, pero temía despertarlo si lo hacía y sobre todo que él la descubriera. Nunca lo había tocado y él tampoco a ella, excepto en las raras ocasiones en las que le había abrochado un collar o le había puesto una flor sobre el abrigo; sin embargo, ahora deseaba hacerlo.

Ante este pensamiento, se estremeció, ya que nunca se había puesto a pensar lo fuerte y vital que era su piel, ni tampoco en la suavidad de su pelo y se imaginó lo agradable que sería acariciar su piel morena. Jamás había tenido esos pensamientos sobre ningún hombre y se sentía perturbada. Se encontraba frente a uno que conseguía lo que deseaba por encima de quien fuera, atropellando sin piedad al que se cruzaba en su camino, y, sin embargo, era capaz de despertar las más inquietantes emociones dentro de su corazón, cuando debería estar odiándolo por su arrogancia. Indignada, salió de la habitación. Sentir simpatía por él era una cosa, pero permitir esos pensamientos tan ridículos era, en verdad, estúpido. Si Leroy supiera lo que ella estaba pensando, se reiría de lo lindo. Aunque se disgustara por lo que él suponía su relación con Nathan Fitzgerald, sabía que la consideraba frígida emocionalmente, la consideraba incapaz de sentimientos profundos, con excepción, quizás, de la pena que le causó la muerte de su padre. Era probable que una de las razones para elegirla como su esposa fue que había conocido al grupo de personas con las cuales ella llevaba amistad y a través de ellos debió haberse informado de que Layla no le toleraba atrevimientos a ningún hombre y mucho menos un contacto íntimo. Esto debió ayudarlo en su decisión, ya que todo lo que Leroy Fletcher poseía, debía estar completo y en perfectas condiciones.

Se sentó ante el espejo de su tocador y se quedó contemplando su propia imagen. ¿Sería así en realidad como él la veía? ¿Pudo haber elegido su rubia belleza escandinava, sólo para contrastar con su personalidad, y de veras la consideraría tan fría como un iceberg de los cuales provenía dicha frigidez? ¿O quizás ella era en realidad ese tipo de mujer? Las palmas de las manos se le humedecieron con disgusto.

¿Y a quién le importaba qué tipo de mujer era ella? Era la esposa de Leroy Fletcher y él no era el tipo de hombre que cediera ninguna de sus posesiones.

Casi media más tarde, y mientras Layla se encontraba descansando su cama, alguien tocó su puerta. Se levantó y al abrir encontró a la señora Mohammad con una bandeja. Entró y la dejó sobre una mesita diciendo:

— Le he traído su comida señora. El señor Fletcher está dormido en el salón y no creí que usted deseara que lo despertara, claro que si quiere, puedo servirles...

— Por supuesto que no señora Mohammad. En realidad le iba a pedir que no molestara a mi esposo porque está sumamente cansado.

— Está bien señora. ¿Necesita usted algo más?

Layla miró la bandeja tratando de mostrar interés en la comida,

— No, esto está perfecto, muchas gracias — repuso con una casi sonrisa y el ama de llaves salió, cerrando la puerta tras ella.

Layla consultó su reloj, era la una de la tarde y tendría que empezar a empacar. Cuando Leroy despertara, debía estar lista, ya que la señora Mohammad se encargaría de su equipaje, podría decirse que lo mimaba de manera exagerada.

Se dirigió a su bien provisto guardarropa y abriendo las puertas corredizas, echó una mirada, preguntándose qué clase de fin de semana sería, ya que la gente tenía la costumbre de llamar a cualquier morada, cabaña de campo. En diversas ocasiones, cuando había pasado fines de semana con Gianna y Abel, mientras Leroy se encontraba fuera del país, había encontrado su cabaña de Harvey tan lujosa y sofisticada como su propio departamento.

De acuerdo con la somera información que Leroy le dio, no sabía que tendrían un lugar pequeño, pero opulento, o si preferirían un sitio sencillo para descansar del ajetreo de la ciudad, así que decidió llevar ropa para cualquier eventualidad. No tenía la más mínima intención de preguntarle a su marido, con la perspectiva de iniciar una nueva discusión.

Cuando la señora Mohammad regresó por la bandeja, se mostró contrariada porque Layla casi no había tocado la comida y aún más porque justamente en ese momento se encontraba doblando un vestido de noche para guardarlo en su maleta.

— Señora, yo pude haber hecho eso, si usted hubiese sacado lo que deseaba llevar habría tenido mucho gusto en empacarlo. — Layla se detuvo en su labor y le sonrió a la buena mujer.

— Muchas gracias, señora Mohammad, ya casi he terminado. ¿Está lista la maleta del señor Fletcher?

— Sí, señora, la hice esta mañana en cuanto me dijo que saldría.

— Muy bien. ¿Ha despertado ya el señor Fletcher?

— No sé, señora, porque no he ido al salón, supongo que no tardará en venir a bañarse y vestirse. ¿Desea usted que lo despierte?

— No señora, no es necesario, yo misma despertaré a mi esposo si es que aún está dormido, aunque lo dudo. Espero haber empacado todo lo que pueda necesitar.

— Después de todo, sólo son dos días, señora, y dudo mucho que sean ceremoniosos en Lawrence.

— Lawrence! — exclamó Layla sorprendida — , eso está en Gales.

— Sí, señora.

— ¿Quiere usted decir que la cabaña a la que vamos se encuentra en Lawrence?

— Así es señora, ¿no se lo dijo el señor Fletcher?

— No, no, en realidad no le pregunté. Tuvimos que tratar otros asuntos — Layla movió la cabeza con perplejidad, — No imaginaba que iríamos tan lejos.

— No es tan lejos en realidad y si se van por la autopista, la única parte hay curvas es al llegar a Gales. Ellis y yo fuimos ahí, en una ocasión durante nuestras vacaciones y nos pareció un lugar precioso.

— Durante el verano tal vez lo sea señora Mohammad, pero estamos en octubre y fíjese en el tiempo tan horrible que tenemos, ha estado lloviznando desde la hora de la

comida.

— Señora Fletcher, si yo estuviera en su lugar no me preocuparía, el señor Fletcher es un magnífico conductor.

Layla estaba a punto de comentar que no era el viaje lo único que le preocupaba, prefirió callarse, ya que no consideró pertinente tomar como confidente a su ama de llaves, porque siendo Leroy su patrón, era natural que la mujer sentiría preferencia por él.

Antes de bajar, se dio un baño y se vistió con unos pantalones de pana color cereza y un suéter negro de cuello alto, se peinó con una banda negra a dejando su larga cabellera suelta sobre los hombros y tomó en un brazo el abrigo que llevaría, era una de sus prendas favoritas, de lana color marfil y con cuello y puños de piel dorada. Al ver su reloj, se dio cuenta de que eran más de las tres y al cruzar el salón encontró a la señora Mohammad colocando una bandeja con té sobre una mesa frente al sofá. Al darse cuenta de que Layla buscaba a su esposo, le dijo:

— El señor Fletcher pensó que a usted le gustaría tomar un poco de té antes de salir.

— ¡Vaya, qué considerado! — repuso Layla con cierto sarcasmo.

A pesar de todo, el té le sentó de maravilla y estaba tomando la segunda taza cuando Leroy apareció. Se había puesto unos pantalones ajustados que hacían resaltar la musculatura de sus piernas y una camisa tejida. El tono oscuro de las prendas acentuaban aún más el color de su piel y Layla se detuvo a pensar si correría sangre española por sus venas. Esto la hizo sonreír. Su madre se ofendería si supiera lo que ella pensaba en aquel momento, ya que se sentía muy orgullosa de que sus antepasados fueran de Yorkre.

Leroy observó la sonrisa en la cara de su esposa e inquirió molesto:

— ¿Se puede saber cuál es el chiste?

— Ninguno — contestó Layla — ¿Estás listo para salir o deseas tomar té?

Leroy dudó por un momento, de inmediato se puso su chaqueta de piel de borrego diciendo:

— Estoy listo, ¿dónde está tu maleta?

— Mis maletas están arriba — replicó Layla mientras se ponía ele pie.

— ¡Maletas! Por Dios Layla, ¿qué cosas llevas?

— Como no me dijiste nada sobre los Ubuntu, ni siquiera que su cabaña se encontraba en Gales, ni tampoco si tendríamos que asistir a alguna recepción, me tuve que prevenir para cualquier situación.

— Ya veo. Supongo que la señora Mohammad te ha dicho a donde iríamos. Ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— Muy bien, bajaré su equipaje, de cualquier modo supongo que la cajuela no se llenará con lo que llevo.

— Gracias.

Él ya no pudo escucharla. Subió la escalera y cuando regresó, Layla se encontraba ya con el abrigo puesto y tenía las manos dentro de los bolsillos. El ama de llaves salía de la cocina cuando vio a Leroy cargando las maletas, e hizo una señal de disgusto.

— Pero señor Fletcher, Ellis podía haber bajado el equipaje, incluso está tomando

té en la cocina. — Leroy sonrió levemente a la mujer.

— Está bien, señora Mohammad, todavía no me siento tan viejo como hacerlo — y volteando a ver a Layla le preguntó — . ¿Tienes algo que hacer?

— No, no lo creo. ¡Oh, oh! Sí, el compromiso para cenar el domingo. Tendré que cancelarlo — con la confusión y ajetreo del día se había olvidado por completo de Gianna.

La expresión de Leroy se tornó helada.

— ¿Así que tienes un compromiso para cenar el domingo?

— Sí, así es — respondió con toda intención.

Leroy se aproximó a la puerta y al salir con las maletas, le ordenó con voz roca:

— Cancela.

La señora Mohammad la miró con cierto reproche, pero Layla no está de humor para dar explicaciones, así que dijo:

— Se puede retirar, señora Mohammad. Solamente haré una llamada telefónica y supongo que ya sabes qué pensamos regresar el domingo por la noche.

— Si señora, con su permiso.

— Usted lo tiene.

Layla la observó mientras se alejaba y levantó la bocina del teléfono. Por fortuna, Gianna estaba en su casa y le dijo que lamentaba muchísimo que no pudieran ir.

— Pero querida, ¿otra vez se vuelve a ir?

Layla le explicó que esta vez irían juntos, lo cual la sorprendió bastante

— No sabía que te llevara a estos viajes.

— No, en realidad nunca he ido, parece que éste es algo especial y desea aparentar que estamos felizmente casados, por lo menos eso supongo.

— ¿Y tú crees que te vas a divertir? Me refiero a que una cabaña en Gales, a kilómetros de distancia de la civilización, no parece ningún buen prospecto. No estaría tan mal si tú y Leroy, bueno, si fueran un matrimonio normal, quizá hasta sería emocionante, ¿no es cierto? Pero conociendo a tu marido, yo esperaría lo peor. Lo más probable es que te deje con la esposa del embajador, mientras ellos se dedican a hablar de negocios, o quizás ambos desaparezcan por las noches, suponiendo que existan en ese lugar centros de diversión, mientras tú te quedas encerrada. La verdad es que no entiendo por qué aceptaste ir, si él desea quedar bien, debías dejarlo solo.

Layla escuchó que Leroy entraba, así que interrumpió a Gianna.

— Lo siento, pero me tengo que ir, te llamaré cuando regresemos.

Gianna se escuchaba molesta.

— Está bien Layla, recuerda que te advertí, no te quejes si regresas con pulmonía o sabañones, o quizá ambos.

— No lo haré — Layla colgó, mientras él la miraba con dureza.

— ¿Y bien? ¿Ya estás lista?

— Por supuesto.

No permitiría que la intimidara en esta ocasión. Se levantó con la cabeza, desafiante, no estaba dispuesta a dar explicaciones como si fuese una niña asustada, sólo porque él lo deseaba.

Se dirigía a la cabaña en el BMW de Leroy. Cuando manejaba distancias largas prefería los carros deportivos, mientras que para la ciudad usaba el coche grande. Ella se había subido al BMW, sólo media docena de veces, nunca para un tramo tan largo, y le daba la razón a Gianna de que este fin de semana sería una nueva experiencia para Leroy. Layla únicamente podía imaginar que su marido necesitaba demostrar la solidez de su matrimonio ante Ubuntu, como símbolo de su confiabilidad. Los políticos africanos eran hombres dedicados a su familia y catalogaban las libertades del mundo occidental con relación a la vida sexual, como representativas de una sociedad decadente.

Durante la primera hora de su viaje, Leroy estuvo dedicado a manejar, porque llovía mucho. Además, era la hora del tránsito pesado de los viernes por la tarde, y debía estar bien concentrado. Una vez que salieron de la ciudad y se encontraban en la autopista, se relajó, y se volteó para ver a su esposa, preguntándole:

— ¿Y qué te dijo Fitzgerald?

Layla prefirió fingir sorpresa y sin apartar sus verdes ojos de la carretera repuso:

— ¿Fitzgerald?

Los largos dedos de Leroy asieron con fuerza el volante; sin embargo, su comentario fue casi agradable.

— No trates de pasarte de lista conmigo Layla, ya deberías saber que eso no funciona. Te pregunté lo que había dicho Fitzgerald cuando le dijiste que no podías cenar con él la noche del domingo.

— ¡Ah, eso!

— Sí, eso — la voz de Leroy sonaba iracunda.

— No dijo absolutamente nada.

— Layla, te advierto...

— Por todos los santos Leroy, deja de comportarte como un padrastro. Para tu información no tenía ninguna cita para cenar con Nathan Fitzgerald el domingo por la noche.

— ¿Y esperas que te crea?

— Como gustes.

Layla se sentía furiosa consigo misma por haber permitido que la sacara de quicio otra vez, y concentró su atención de nuevo en la carretera.

— Entonces, ¿a quién llamaste por teléfono?

— Por Dios Leroy, ¿por qué habría yo de decirte a quién llamé por teléfono? No tiene importancia, además yo no te pido detalles de tus actividades. ¿Por qué debes saber todo lo relativo a las mías?

De repente se cruzó frente a ellos un pesado camión de carga, y Leroy frenó bruscamente. El incidente disipó la tensión por el momento y ella tuvo que aceptar que Leroy era un experto al volante. En otras circunstancias, ella disfrutaría este viaje, e incluso el fin de semana sería una experiencia muy agradable. Era la primera vez que iba a Gales. Se preguntaba cuántas mujeres darían cualquier cosa por estar en su posición, siempre y cuando vieran las cosas de una manera superficial, ya que tenía que admitir que Leroy era un animal masculino demasiado atractivo. Contempló la fuerte lluvia que caía sobre ellos y empezó a considerar que, desde el regreso de Leroy

de los Estados Unidos y las subsecuentes discusiones que tuvieron, se había sentido demasiado interesada en él, a pesar de que no era como los hombres a los que estaba acostumbrada. Era grosero y rudo, satisfacía sus apetitos masculinos de la manera que mejor le parecía, e ignoraba las reglas de honor y decencia que le habían impuesto a ella desde pequeña. Por lo demás, no sentía ningún respeto por el sexo femenino, las mujeres le servían para un propósito determinado, pero como seres humanos no representaban gran cosa. Cualquier mujer que fuera lo suficiente tonta para involucrarse con Leroy Fletcher, no debía esperar nada de él. Sólo ella, en su papel de esposa, había recibido cierta consideración, era inviolada, protegida, mantenida, aunque esto último, según parecía, solamente mientras fuese sumisa, obediente y de comportamiento intachable. Si alguna vez fue demasiado estúpida como para suponer que su posición le daba ciertas ventajas sobre otras mujeres, ahora no le cabía la menor duda de que Leroy haría lo que fuese necesario para convencerla de lo contrario.

Al fin, el camión de carga se cambió de carril, y Leroy aceleró su hermoso auto deportivo manejando a gran velocidad. Viajaron en silencio durante algún tiempo, hasta que él aminoró la marcha, saliendo del camino frente al gran letrero luminoso de un hotel.

— Creo que debemos cenar. Ya sé que es temprano, son las seis y media, pero de esta manera no tendremos que detenernos más tarde en caminos que no conocemos.

Layla asintió y desabrochó su cinturón de seguridad, saliendo del automóvil. Era agradable estirar las piernas, ni siquiera el aguacero la molestó y se subió el cuello del abrigo. Una vez que Leroy hubo cerrado el coche, se dirigieron a la entrada iluminada del edificio.

Adentro había un ambiente agradable, dejaron sus abrigos en el vestíbulo y caminaron juntos hacia el restaurante. Aunque era temprano ya había algunas personas cenando y cuando ambos entra ron fueron objeto de las miradas curiosas. Layla pensó que Leroy llamaba la atención en cualquier parte, sin considerar que ella tenía una imagen adorable.

Él estuvo callado y contestaba con monosílabos a los comentarios que mi esposa hacía sobre la comida. Ella consideraba que debía decir algo, por lo menos para guardar las apariencias frente a los demás comensales. Al terminar, cuando ya se encontraban tomando un licor y Leroy fumando un delicioso habano, ella comentó:

— Si tienes que saberlo, te diré que estaba hablando con Gianna antes de salir, fue ella quien nos invitó a cenar el domingo por la noche. — Leroy no se inmutó y Layla, impacientándose, exclamó enojada — ¿Óiste lo que dije?

— Si lo oí, Layla.

— ¿No tienes nada que decir?

— ¿Qué quieres que diga?

Se mordió los labios con rabia, estaba a punto de llorar. Qué ridícula resultaba esta situación, en la que ella misma le había proporcionado la oportunidad de humillarla de nuevo.

Sin contestarle, se puso de pie, separó la silla de la mesa y salió del salón. Tomando su abrigo, se lo puso sobre los hombros y se dispuso a abandonar el hotel. La lluvia y el frío viento la molestaban. No pudo quedarse ahí y metiendo los brazos en

las mangas del abrigo, salió a campo abierto, dirigiéndose al BMW. Estaba cerrado y no tenía llave, Comenzó a morderse los labios para evitar que le temblaran por la baja temperatura y metió las manos en los bolsillos del abrigo. Nunca se había sentido tan desdichada.

El ruido de la puerta del hotel al cerrarse la obligó a volverse y vio a Leroy caminando a grandes zancadas hacia ella. La miró con dureza a pesar de que casi inspiraba lástima con el pelo mojado escurriéndole sobre la cara y su aspecto de infelicidad, abrió el coche y tomándola del el brazo la empujó con fuerza hacia dentro, luego cerró la puerta de un golpe y rodeó el automóvil para subirse. Una vez dentro se pasó la mano sobre el pelo, que tendía a rizarse cuando estaba húmedo y se volteó hacia ella. Layla estaba expectante, sabía que le esperaba una nueva y acalorada discusión, pero justamente cuando estaba adoptando una actitud defensiva, él le dijo en voz baja:

— Está bien, está bien, lo siento.

Layla no podía creer lo que estaba oyendo.

— Tú, ¿tú lo sientes?

— Sí, sí, ¡maldita sea!, ¿qué más quieres que diga? Estoy de acuerdo, soy un desgraciado porque no te creí, pero ahora sí te creo.

— ¡Oh, Leroy! — con horror, sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos.

Él debió haber sospechado que algo sucedía cuando la vio pasarse las palmas de las manos sobre las mejillas en un esfuerzo porque él no se diera cuenta, así que encendió la luz interior del auto y la vio con curiosidad.

— ¡Por Dios Layla! Ya te he dicho que lo siento. Por favor, no llores, créeme, yo no lo merezco.

Ella movió la cabeza de lado a lado y poniéndose las manos sobre la boca, le contestó:

— Sólo déjame en paz, ya pasará.

— Layla, mujer, por favor cálmate — y al decir esto le pasó el brazo sobre los hombros, abrazándola.

Era la primera vez que ella estaba tan cerca de él y se sentía contenta de estarlo, sintiendo la seguridad de su cercanía. A medida que se secaron sus lágrimas, se dio cuenta de otras sensaciones que eran tanto o más desastrosas para su propia tranquilidad. El calor de la piel de Leroy pasaba a través de su suéter y pudo sentir la fuerza de su cuerpo y el agradable olor varonil que emanaba de su persona y aunque estaba consciente de que debía alejarse de él y secarse los ojos, no deseaba hacerlo. La iniciativa fue tomada por el propio Leroy, quien tomándola de los hombros la puso nuevamente en su asiento, con firmeza; apagó la luz interior, encendió un cigarrillo y puso en movimiento el coche. La poderosa máquina rugió y él comenzó a hacer movimientos para entrar de nuevo a la carretera; una vez ahí se dedicó a manejar en silencio mientras Layla sentada, temblaba por dentro, era la primera vez en su vida que no había juzgado indeseable la cercanía de un hombre...

CAPÍTULO 5

Habían dejado la supercarretera, el automóvil serpenteaba por un camino angosto a través de un terreno montañoso y ni siquiera un pequeño pueblo interrumpía aquella soledad. De seguro que durante el día no sería tan malo, pero de noche y lloviendo era muy inquietante.

Desde que dejaron el estacionamiento del hotel, Leroy habló muy poco y siempre para pedirle a Layla que consultara el mapa, para asegurarse que iban por el camino correcto. Se preguntaba si estaría arrepentido de su actitud humana de hacía un rato, porque no existía el menor rastro de compasión en su dura expresión. Claro está que en aquel momento debía emplear toda su pericia en controlar el poderoso coche para evitar que patinara por ese camino tan tortuoso, e incluso, en ocasiones, lo escuchaba decir maldiciones en voz muy baja cuando tuvo que cambiar velocidades para reducir la potencia.

Layla deseaba llegar a su destino, salir del coche y alejarse de la presencia inquietante de su esposo y de sus propios pensamientos, que la obligaban a observarlo. No había advertido el espesor de sus pestañas, ni la crueldad de su perfil, ni su cabello. Todo esto nunca la perturbó y se odiaba a sí misma por sentir de esta manera, cuando sólo dos noches antes...

Ella tembló sin darse cuenta, y esto hizo que Leroy se volviera a verla preguntándole con voz ruda:

— ¿Tienes frío?

— No, alguien debe haber caminado sobre mi tumba, por lo menos eso es lo que la gente dice cuando se siente escalofrío. Por cierto, ¿crees que todavía tardaremos mucho en llegar?

Él observó su reloj.

— Pienso que ya deberíamos estar ahí, ¿estás segura de que este es el camino correcto?

Layla sacó el mapa de la guantera y prendiendo la luz interior lo revisó, afirmando:

— Este es el camino a Lawrence. Tiene que serlo.

— ¿Seguro? — Leroy no estaba muy convencido — ¡Por Dios! ¿Por qué no ponen señales en los caminos? Hace más de diez kilómetros que no veo indicación de donde nos encontramos.

— Quizá estaban, pero nosotros no los vimos, después de todo está oscuro y lloviendo.

— No me digas, no lo había notado — observó Leroy con burla.

Layla apagó la luz y se quedó callada; sin embargo, se enderezó en el asiento anunciando entusiasmada:

— Puedo ver luces, mira hacia allá, ¿no las ves?

— Sí, las veo, pero no me parece un pueblo, más bien luce una casa solitaria.

Ella encogió los hombros y comentó con cierto resentimiento:

— Debe ser Lawrence, de acuerdo con el mapa.

— Está bien, está bien — Leroy hizo una maniobra rápida para tomar la curva pronunciada.

Al salir de ella pudieron ver las luces con claridad; no obstante, y tal como él había dicho, eran muy pocas para corresponder a un pueblo.

— Quizás todo el mundo se ha dormido ya — musitó Layla en voz baja.

— ¿A las nueve y media? Lo dudo, ¿tú no?

— Entonces, sería mejor que te encargaras del mapa — repuso Layla disgustada por su sarcasmo.

— Sí, creo que sería mejor — al decir esto frenó de pronto y detuvo el carro — . ¿Ves lo que yo veo?

Layla miró a través del cristal del BMW y pudo ver que las luces provenían de una casa, pero ésta no se encontraba ni siquiera a la orilla del camino, sino dentro y por una vereda lodosa.

— Hay un letrero a la vera del camino — indicó ella con cierta esperanza.

Leroy suspiró y dudó por algunos minutos, después de lo cual aceptó:

— Está bien, iré a ver lo que dice.

Abrió la puerta y salió, pero su bota de gamuza se hundió en el lodo hasta el tobillo. Para Layla aquello resultaba gracioso, imaginarse a Leroy hundido varias pulgadas en el fango, era divertido; sin embargo, pero no debía permitir que él se diera cuenta de su reacción y lo único que deseaba era que no estuviese demasiado enojado cuando regresara. Sus deseos se vinieron por tierra cuando volvió. Estaba furioso, ni siquiera se detuvo a limpiar las botas antes de entrar al automóvil.

— ¿Tienes una idea de lo que dice en ese letrero? Dice Granja Lawtence. ¿Lo comprendes? ¡Lawtence!

— ¿Quieres decir que esta es la cabaña de los Ubuntu? — preguntó con tono inocente.

Leroy hizo un gesto de disgusto.

— No, no quiero decir que esta sea la cabaña, quiero que entiendas que esta es la Granja Lawtence, ¡no Lawrence!

Layla abrió los ojos con sorpresa

— Entonces, ¿este, este es el camino a Lawtence y no a Lawrence?

Leroy golpeó el volante con impaciencia:

— Deberías saberlo puesto que has estado guiando. — Layla extendió el mapa sobre sus piernas.

Con dedos temblorosos buscó el camino que habían seguido desde la autopista, y fue entonces cuando se dio cuenta de que habían seguido las señales hacia Lawtence. Nunca se habría imaginado que pudieran existir dos nombres tan parecidos y, debido a que el camino hacia Lawtence era más importante, no se fijó que había una desviación, algunos kilómetros atrás, para ir a Lawrence.

Leroy había seguido con la mirada el dedo de Layla al buscar el camino sobre el

mapa, y al verla tan trémula, le preguntó con tolerancia, a pesar de estar molesto:

— ¿A qué distancia nos encontramos de nuestro camino?

— Más o menos, a quince kilómetros.

Leroy suspiró, descansó la espalda sobre el asiento y tomando sus cigarrillos dijo sin rencor:

— Muy bien, regresaremos.

— Yo... lo, lo siento. Nunca pensé que pudieran existir dos nombres tan parecidos.

— Ni yo tampoco, por lo mismo no puedo culparte de todo, pues yo también vi los letreros del camino.

Layla sonrió levemente.

— Muchas gracias.

Él echó a andar el coche, y este no se movió al meter la velocidad. Puso la reversa y de nuevo se escuchó el sonido de las llamas resbalando en el fango.

— ¡Oh, no! — murmuró Leroy — ¿Ahora cómo diablos vamos a salir de aquí?

Ella se sentía muy incómoda, no podía evitar culparse y deseaba hacer algo para ayudar. Él salió del coche y subió otra vez, sólo que en esta ocasión Layla no encontró gracioso que él se moliera en el lodo. Bajó de nuevo y cerró la puerta con fuerza, dirigiéndose a la parte trasera del vehículo, golpeando con sus bolas las llamas. Regresó y dijo:

— Ponte al volante Layla y saca el freno, después pon la velocidad y acelera fuerte cuando te lo diga.

— Está bien — se cambió de asiento, pero sus piernas no alcanzaban los pedales — . ¡Espera!

Leroy volvió con el cabello mojado.

— ¿Y ahora qué te pasa?

— El asiento está demasiado lejos para mí, ¿podrías acercármelo?

— ¿Está bien así? — preguntó una vez que lo hubo aproximado.

— Sí, ahora está bien.

— Pongamos manos a la obra, poro recuerda, cuando yo te diga "ya", aceleras con fuerza.

— Sí, Leroy.

— Bueno.

Caminó hacia atrás y Layla lo pudo ver a través del espejo retrovisor empujando la defensa del vehículo.

— ¡Ahora!

Layla soltó el embrague y aceleró hasta el fondo, las ruedas continuaron atascadas por lo que escuchó a Leroy exclamar con rabia:

— Ya está bien, para el motor.

Ella obedeció y se asomó por la ventana en el momento que él regresaba a donde ella se encontraba. Estaba cubierto de lodo de pies a cabeza y la estúpida sonrisa que reprimió antes, salió a relucir ahora y aunque trató de disimular, ya era tarde porque él se había dado cuenta.

— ¿Así que te parece muy gracioso?

— Lo siento, Leroy, pero te ves muy chistoso, todo cubierto de lodo. — Leroy se pasó las manos sobre la cara y se las llenó de fango.

— ¿Ah sí? Bueno, preciosa, ahora tratarás tú.

Layla lo miró con incredulidad.

— ¿Yo?, no hablas en serio.

— ¿Por qué no? Por tu culpa estamos en este problema, así que ahora tú lo resolverás.

Layla volvió a su asiento original.

— Yo no me voy a llenar de lodo sólo para darte gusto. — Leroy dudó y miró la vereda que conducía a la Granja Lawtence.

— Me pregunto si el dueño de la granja tiene algo que nos pudiera prestar para salir de aquí. Después del último episodio nos encontramos en una zanja.

Se sintió aliviada al pensar que no la obligaría a empujar el automóvil, así que comentó entusiasmada:

— ¡Oh sí! Es probable que tenga un tractor y una cuerda para que nos saque, claro que es una magnífica idea.

Leroy abrió la puerta del carro.

— ¡Qué bueno! Pensé que estarías de acuerdo, así que ve y pregúntale.

— ¡Yo! — Exclamó asombrada — ¿Ir a la granja?

— Sí. Yo te esperaré aquí, para pedir ayuda en caso de que alguien pase.

— Yo no puedo ir a la granja — comentó insistente — está fuera del camino y sólo Dios sabe si habrá alguien escondido para sorprender al que pase.

— ¿Con este aguacero? Lo dudo.

— No puedes estar hablando en serio, lo dices para asustarme y eres perverso.

— Claro que lo digo en serio, y lo que es más, lo vas a hacer ahora mismo.

— Me niego — contestó Layla con orgullo.

— ¿Ah sí? ¡No me digas!

Sin previo aviso, Leroy pasó su brazo sobre ella, abrió la puerta y de un empujón la sacó del coche, tirándole su abrigo; después cerró y puso el seguro para que no pudiera entrar de nuevo. Estaba horrorizada, pero el sentido común le indicó que debía ponerse el abrigo antes de comenzar a golpear con fuerza la puerta pata que le abriera.

— Leroy, no seas tan malvado y déjame entrar, ¡estoy empapándome!

— Si no te quieres mojar, corre a la granja y apúrate.

Layla no sabía qué hacer, estaba seguía que Leroy no bromeaba, aunque difícilmente lo podía aceptar. ¿Cómo iba a ir a una casa desconocida a pedirle al dueño que los sacase de aquella zanja? A lo mejor era un hombre solitario, o quizá algo peor. La pobre temblaba mientras veía con ira a Leroy a través del vidrio, fumando tranquilo y sintió un odio ciego hacia él. Mientras se subía el cuello del abrigo, miró hacia la vereda que conducía a la granja, preguntándose cómo sería. Las imágenes de animales caminando por ella, le causaron disgusto, al pensar en el estiércol que habría. Reflexionó y decidió que de nada le serviría quedarse ahí parada, esperando

que Leroy le abriese. Él imponía las reglas y el hecho de que ella fuera mujer no significaba que cedería, además de cualquier manera, ya se encontraba dentro del fango.

Con desgano, dio la vuelta y se dirigió al sendero, llorando de humillación, y un gran miedo se apoderó de ella porque la casa estaba lejos. A pesar de todo, tuvo que aceptar que debía ir o se quedaría ahí mojada hasta los huesos durante horas.

Se aventuró en la vereda, brincando cualquier mancha oscura que veía en el suelo, mientras el viento levantaba su cabello y la lluvia la bañaba. Se sentía tan miserable que por primera vez deseó haberle hecho caso a Gianna en cuanto a que Leroy visitara a los Ubuntu solo. ¿Por qué tenía que sufrir ella este trato, sólo para complacerlo? Todo esto no sería tan malo si él hubiese sido gentil y atento, pero no, ella tenía que caminar por el sendero oscuro y sucio mientras él estaba sentado cómodo dentro del coche.

Al acercarse a la casa, escuchó el sonido inconfundible de animales en el granero, así como los ladridos de los perros que anunciaban su llegada. Lo que más la asustó fue escuchar detrás de ella el ruido de pasos en el lodo y una respiración agitada. Sintió pánico y comenzó a correr como una loca hacia las luces de la ventana y, al momento de llegar al quicio de la puerta, sintió una mano sobre su brazo: era Leroy, quien la jaló hacia atrás y tocó la puerta.

— Eres, eres un cerdo, un maldito cerdo, ¿así que me has estado siguiendo?

— gritó con desesperación.

— Por supuesto, no pensarías que te iba a dejar venir sola, ¿verdad?

— ¿Por qué me hiciste venir, por qué razón no me dejaste en el coche?

— ¿Te habría gustado quedarte ahí, en la oscuridad, en ese camino solitario?

— Bueno...

— Quise darte una lección, eso es todo y creo que tuve éxito, ¿no crees?

— ¡Oh! ¡Oh! Te odio.

En aquel instante la puerta se abrió y aparecieron varios perros, brincando alrededor de ellos. El hombre que abrió les ordenó a los animales entrar y luego preguntó con curiosidad a los visitantes:

— Ustedes dirán.

Leroy intervino poniéndose a cubierto bajo el techo de la entrada.

— Lamento molestarlo a esta hora de la noche, pero mi coche ha quedado atascado en una zanja a la orilla del camino y quisiera saber si usted nos podría ayudar. Ya sé que es tarde y la noche terrible, pero bueno, como usted puede ver, tanto mi esposa como yo estamos empapados .

El hombre miró pensativo la cara expectante de Layla, quien temblaba sin control y luego dijo:

— Creo que es mejor que pasen. Parece que a la dama le vendría muy bien tomar una taza de té.

— ¡Oh, muchas gracias! — Dijo ella con gran sonrisa y con expresión de gratitud, mientras el anciano le contestó con modestia.

— No hay de qué — y cerró la puerta tras ellos.

Guiándolos a un confortable comedor, donde había fuego en la chimenea, llenando la habitación de calor y de un dulce aroma a madera.

La esposa del granjero era una mujer pequeña y regordeta y se presentó como la señora Ferguson. Una vez hecha la presentación formal de ambas parejas, la señora desapareció para preparar el té, mientras que su esposo le preguntaba a Leroy lo que había sucedido.

— Ustedes no son los primeros en cometer ese error. Siempre ha habido problema, aunque creo que eso no le debe interesar. ¿Dice usted que su coche está atascado en la zanja? Yo podría usar el tractor y sacarlo, eso tomaría tiempo y quizás esos amigos con los que van a pasar el fin de semana estarán preocupados por ustedes. Creo que lo mejor sería que les telefoneara, explicándoles lo que ha sucedido y pasaran aquí la noche; por la mañana habrá dejado de llover y encontrarán la desviación a Lawrence sin ninguna dificultad, porque en la noche podrían perderse otra vez.

Leroy se volvió a ver a Layla.

— Es usted muy amable señor Ferguson, pero no quisiéramos molestarlos.

— Por favor, estoy seguro de que mi esposa estará de acuerdo conmigo. No recibimos muchas visitas por aquí y nuestros hijos ya son grandes, casados y con sus propias familias, así que hay suficiente lugar. Por lo demás, no creo que la señora Fletcher desee aventurarse en esos caminos otra vez esta noche, ¿verdad, querida?

Layla se mordió los labios y miró a Leroy sin saber qué contestar. Encontraba maravillosa la idea de quedarse ahí toda la noche cerca del fuego, así como dormir en una mullida cama sin tener que salir con ese horrible tiempo. ¿Qué pensaría Leroy? ¿Le gustaría quedarse? Después de todo, los Ubuntu no eran amigos comunes.

Leroy frunció el entrecejo. Se había quitado ya la chamarra de piel de borrego y el calor del fuego había comenzado a secar su cabello, el cual caía sobre su frente de manera por demás atractiva. Él también se veía a gusto y relajado, por lo que ella hubiera querido meterse en su pensamiento en aquel instante.

— Yo... no, no sé qué decir.

Antes de terminar Leroy la interrumpió:

— Creo que no debemos quedarnos porque les vamos a causar muchas molestias.

La señora Ferguson regresó en ese momento con una bandeja, sobre la cual había colocado una tetera y cuatro tazas, así como una sopera con un delicioso consomé de res. Mientras servía los platos, su esposo la puso al tanto de lo que habían estado comentando, así que ella dijo:

— ¡Por Dios, ustedes saben que no nos molestarán, por el contrario, y como dice John, estamos encantados de tener compañía, además no deben viajar más esta noche!

Layla se dirigió a Leroy:

— ¿Tienen teléfono nuestros amigos?

— Sí, claro — contestó Leroy.

— No podríamos aceptar la sugerencia del señor Ferguson y quedarnos aquí esta noche? Creo que tiene razón en cuanto a que será más fácil encontrar la cabaña por la mañana.

— Estoy seguro de eso, pero suponía que tú deseabas llegar hoy-

— ¿Yo? No en particular, ¿por qué?

— Muy bien, siendo así...

Layla trató de controlar su impaciencia, ya que le estaba dejando a ella la decisión, ¿por qué?

— Me siento muy feliz de quedarme aquí — le dijo tajante.

— Bien, entonces iré a traer las maletas.

— No, hijo, espera. Está demasiado húmedo afuera y estoy seguro de que para una noche se las pueden arreglar sin ellas. Tamia podrá encontrar algo para su esposa con toda seguridad y yo tengo unos pijamas que le servirán a usted.

Leroy dudó, se sentó de nuevo y terminó la taza de té que la señora Ferguson le había servido.

— Está bien — dijo — Estoy seguro de que ambos le agradecemos su bondad, ¿no es así, Layla?

Ella asintió con la cabeza, aunque le habría gustado añadir que agradecía la hospitalidad de los Ferguson, no así la actitud de su esposo. Él parecía estar disfrutando algún chiste, porque su brusquedad anterior había desaparecido, dando paso a una indiferencia sardónica que le era difícil comprender.

La señora Ferguson se llevó sus abrigos a la cocina para sacarlos y el señor Ferguson le indicó a Leroy en donde podía hacer su llamada telefónica. Layla se quedó sentada al lado del fuego y su cabello ya casi se había secado; se sentía contenta y confortable y cuando la señora Ferguson regresó, habló con ella entusiasmada acerca de su casa en Londres y de las condiciones climatológicas. La señora Ferguson a su vez le contó que tenía tres hijos, dos hijas y diecinueve nietos, mostrándole el álbum familiar. Cuando él regresó la encontró mirando fotografías con ambos ancianos.

— Está bien, — comentó Leroy al volver al comedor — nos esperarán mañana después del desayuno.

— ¡Qué bueno! — exclamó con alegría el señor Ferguson, quien aceptó el cigarro que Leroy le ofreció.

Pudo haber sido una velada encantadora, pero Layla estaba pendiente del comportamiento de Leroy, preguntándose si esa sería la manera de demostrar su desaprobación. Cuando la señora Ferguson desapareció para preparar sus habitaciones, Layla se dio cuenta de que ya eran las once de la noche, y dirigiéndose al señor Ferguson se expresó:

— No debemos entretenerlo más, señor Ferguson, estoy segura de que usted se levantará muy temprano.

— No tan temprano como acostumbraba hacerlo, señora Fletcher. Mis hijos realizan el trabajo pesado ahora y yo sólo soy un viejo.

Layla sonrió.

— Me imagino que a usted le debe encantar este lugar.

— ¡Oh! En el verano es maravilloso, ¿ha estado usted alguna vez en las montañas de Welsh, señora Fletcher?

— Nunca he estado en Welsh, pero si la gente es tan amistosa como usted y su señora volveré con toda seguridad.

El viejo se veía conmovido y la mirada de Leroy se hizo aún más burlona. Cuando

la señora Ferguson volvió les comunicó:

— Cuando estén listos los llevaré a su cama. Les he dejado ropa de dormir, ustedes sabrán si la usan o no — al decir esto levantó las cejas con cierta picardía.

Por primera vez, Layla se dio cuenta de lo que sucedía. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Para los Ferguson ellos eran una pareja normal. Ella miró cómo acusando a Leroy, deseando gritarle ¡Bestia, tú sabías! Ese era el motivo por el que la veía en forma tan burlona. Él imaginaba lo que los Ferguson pensaban, ¿por qué no lo había adivinado ella? Se puso de pie y tanto ella como Leroy le dieron las buenas noches al señor Ferguson, quien se quedó sentado junto al fuego. Siguieron a la señora. La escalera era curva y alfombrada con un tapete de lana tejida, resultando desagradable caminar sobre él sin zapatos, los que habían dejado enlodados, abajo, para secarse.

La habitación que les asignó la señora Ferguson era grande, de techo alto, y dentro de ella se encontraba una enorme cama doble, como las que Layla había visto en las tiendas de antigüedades. Sobre las almohadas había un gigantesco camisón para Layla y un pijama de franela para Leroy.

— Creo que estarán cómodos aquí. He puesto botellas con agua caliente dentro de la cama y hay un par de frazadas en el baúl en caso de que tengan frío — luego sonrió picaresca — aunque estoy segura de que no lo sentirán, son ustedes muy jóvenes. Cuando John y yo teníamos su edad, nos calentábamos el uno con el otro, en cambio, ahora dependemos de la frazada eléctrica.

— Estoy seguro de que esto será suficiente señora Ferguson — dijo Leroy.

— Sí, yo también lo estoy. El baño se encuentra al fondo del pasillo, en esa puerta al frente, y hay suficiente agua caliente en caso de que deseen bañarse por la mañana.

— Muchas gracias — repuso Layla.

Con una sonrisa, la señora Ferguson se despidió, deseándoles buenas noches. Cuando cerró la puerta, la joven se dirigió a Leroy con verdadera furia.

— Tú lo sabías, sabías que los Ferguson nos darían una sola habitación.

Él la miró y, mofándose de ella, repuso:

— Por supuesto que lo sabía y si tuvieras sentido común, también te habrías dado cuenta, sólo que te encontrabas envuelta en una aura de calor y bienestar y no tuviste tiempo para pensar. Bueno, que te sirva de lección, porque no solamente tenemos un cuarto, también tenemos una sola cama y, por mi parte, no pienso dormir en el suelo.

CAPÍTULO 6

Layla lo miraba con incredulidad:

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Qué supones que quiero decir? Estoy seguro de que hablé bien claro.

— Pero, ¿es que... pretendes dormir en la cama?

Leroy se acercó a la cama, tomó el pijama de franela y mientras la levantaba le preguntó:

— ¿Y. para qué crees que es esto?

Layla se mordió los labios.

— ¡Oh, Leroy!, deja de bromear y dime qué vamos a hacer.

Él se sentó en la orilla de la cama y comenzó a desabrocharse la camisa, mientras ella lo miraba horrorizada.

— Yo no sé lo que tú vas a hacer Layla, pero yo me voy a acostar. Supongo que recordarás que no dormí anoche y no tengo la más mínima intención de seguir el mismo camino hoy.

— Pero... Leroy, no podemos dormir juntos en este cuarto — le dijo mientras caminaba de un lado a otro.

Él se quitó la camisa, dejando al descubierto la musculatura de su pecho, cubierto por vellos. Layla dio la vuelta al otro lado, nunca había visto a su esposo sin camisa, jamás habían pasado vacaciones juntos y, por lo tanto, ni siquiera lo había visto en traje de baño. Era natural por el color tostado de su piel, que no había pasado todo el tiempo en Estados Unidos metido en salas de juntas.

— Por lo que más quieras Leroy, ponte el pijama.

Leroy lo tiró con descuido a los pies de la cama y luego se acostó boca arriba, estirando los brazos por encima de su cabeza.

— Úsalo tú, yo nunca me pongo eso.

Layla exclamó con verdadera frustración:

— No puedes querer decir que... que...

— ¿No puedo querer decir qué? ¿Dormir desnudo? No, no ofenderé tu pequeña alma puritana hasta ese extremo — dijo sonriendo con suma ironía.

Layla se sentó frente al enorme tocador, quitándose la banda negra que sostenía su cabellera, la dejó suelta, sobre la cara. Con una mano levantó la cascada de pelo que le caía en los ojos y observó su imagen en el espejo.

Leroy se sentó y bostezó.

— ¿Quieres entrar al baño?

— Estás disfrutando esto, ¿no es así? A ti no te importan mis sentimientos.

La expresión divertida de Leroy se endureció y se puso de pie.

— Mira Layla, por tu culpa estamos metidos en esto, trata de adaptarte lo mejor posible.

— No podemos compartir la cama — protestó con firmeza.

— ¿Por qué no? En contra de lo que tú crees, hay cosas más importantes para mí que mis… necesidades animales. Así fue como, las llamaste en una ocasión, ¿recuerdas? Por el momento, lo único que quiero es dormir.

Layla se acercó con desgano a la cama y tomó el camisón; era una prenda de franela, algunas tallas más grande de la que ella usaba.

Al levantarlo, él le sugirió:

— Yo me pondría el pijama, por lo menos el pantalón tiene un cordón para amarrarlo.

— ¿Y qué te vas a poner tú?

— No te preocupes por mí, ya me las arreglaré.

— No deseo ir al baño, ve tú y mientras tanto yo me meteré en la cama — repuso Layla suspirando.

Leroy la observó con cuidado y luego asintió:

— Está bien doña Modesta, por favor no te tardes.

Ella esperó hasta que la puerta se cerró detrás de él y rápido se quitó los pantalones, el suéter y las pantimedias. El pantalón del pijama era demasiado grande para ella, pero tal como Leroy lo había mencionado, tenía un cordón que se amarró alrededor de la cintura antes de ponerse el enorme saco. Ni siquiera se detuvo a ver su figura, se metió a la cama y tapó hasta la barbilla. Ya acostada, tocó con los pies la botella de agua caliente, que le proporcionó una sensación agradable. En otras circunstancias, se habría sentido de maravilla.

Él regresó unos minutos más tarde y entró sin anunciarse, Layla lo miró con resentimiento.

— ¡Vaya! No debo tocar si estoy entrando en la habitación de mi esposa, ¿no crees? — ella no le contestó y dio la vuelta en la cama, mientras él apagaba la luz.

Instantes después, ella sintió el peso de él al acostarse y se alejó lo más posible, con el cuerpo tenso, temerosa de que Leroy decidiera ignorar lo que le había dicho anteriormente; sin embargo, a los pocos minutos escuchó su respiración profunda y se dio cuenta de que estaba dormido por completo.

A Layla le pareció eterno el tiempo que tardó en dormirse. Acostada en la orilla del colchón, no era una posición muy cómoda para descansar, y su indignación aumentó cuando Leroy se extendió, ocupando el espacio que ella había dejado entre los dos y aún más cuando la tocó con la mano. Mantuvo los ojos cerrados, dispuesta a saltar de la cama, pero él estaba profundamente dormido y ni siquiera la tomaba en cuenta, lo que la hizo pensar con repulsión que estaba acostumbrado a dormir con una mujer a su lado, mientras que ella siempre había dormido sola y una vez más asomaron a sus ojos lágrimas de lástima a sí misma.

Al fin el cansancio la venció y se quedó dormida, despertando cuando la señora Ferguson entró a la habitación con una bandeja con té. Aun entonces sentía pereza de moverse y sus ojos se abrieron con gran sorpresa al darse cuenta de la razón por la que se había sentido tan caliente y cómoda. Durante la noche debió haber sentido frío

y se acurrucó cerca de Leroy, amaneciendo con el brazo alrededor de la cintura de él.

Con una exclamación de sorpresa, retiró el brazo bruscamente y trató de sentarse, devolviendo la sonrisa a la señora Ferguson. Leroy ni siquiera se movió y la señora, hablando en voz baja, comentó:

— Ya no llueve, señora Fletcher. ¿Y dígame, durmieron bien?

Layla se puso roja y se subió el cuello del pijama.

— Muy bien, muchas gracias y también gracias por el té.

La señora Ferguson colocó la bandeja sobre la mesa lateral y le preguntó:

— ¡Oh, no es nada! ¿Qué tomará su esposo para el desayuno? ¿Huevos con tocino y salchichas, quizá?

Layla volteó a ver a Leroy, quien se estiró un poco. Ella le contestó a la señora Ferguson deseosa de que se fuera en seguida para levantarse antes que su marido despertara del todo.

— Eso estará perfecto, señora Ferguson.

La anciana observó a la joven y comentó con picardía:

— Veo que han compartido el pijama.

Era obvio que la señora Ferguson creía que Leroy tenía puesto el pantalón, así que en lugar de desengañarla, Layla sonrió y esperó que se fuera.

No obstante, la señora no tenía ninguna prisa por salir y comenzó a dar vueltas innecesarias, como por ejemplo correr las cortinas, arreglar las cosas que se encontraban sobre el tocador, etc. hasta que Layla estaba a punto de gritar. Haciendo un esfuerzo se dedicó a tomar té, bebiéndolo despacio, y por supuesto el ruido constante de actividad al fin despertó a Leroy. Al abrir los ojos miró con sorpresa a Layla y una extraña sonrisa apareció en su cara. Al verlo, la señora Ferguson le sonrió y exclamó con entusiasmo:

— ¡Al fin ha despertado! Les he traído una bandeja con té y su esposa me dijo que a usted le gustaría desayunar huevos con tocino, ¿está bien?

Leroy se levantó y recargándose sobre los codos, procedió a responder a la buena señora. Para Layla era una experiencia perturbadora, sentir el calor de su cuerpo bajo las frazadas y observarlo relajado, soñoliento, con el cabello alborotado y con la barba crecida.

— Eso es en realidad lo que necesito, señora Ferguson, si no es mucha molestia.

— Por supuesto que no. ¿Durmió bien? — preguntó la mujer cruzando los brazos sobre su prominente pecho.

Leroy miró a Layla, y ésta no se dio cuenta, por qué en ese momento estaba colocando su taza sobre la bandeja, así que le contestó cortes-mente a la dueña de la casa, que esperaba algún comentario adicional y, como ambos permanecieron en silencio, salió de la habitación.

— Tendré el desayuno listo en media hora, ¿les parece bien?

— Estará perfecto, pero no prepare nada para mi señora Ferguson, por lo general desayuno una rebanada dé pan tostado...

— ¿Nada más? — la señora estaba escandalizada — por eso está usted tan delgada, necesita un buen desayuno.

— De veras, señora Ferguson, no tengo apetito — no podría haber tomado un desayuno abundante aquella mañana.

— Si usted insiste, prepararé suficiente pan y tengo mermelada hecha en casa para acompañarlo.

— ¡Maravilloso! — repuso Layla sonriendo.

Con esto la señora Ferguson salió, cerrando la puerta tras ella y Layla suspiró haciendo un movimiento para salirse de la cama.

— ¡Espera! — Leroy la tomó de la muñeca — ¿Cuál es la prisa? Hace demasiado frío afuera.

— Debí haberme levantado antes que tú despertaras, si no hubiera sido porque la señora Ferguson insistió en quedarse dentro del cuarto — replicó acalorada.

Leroy no la soltaba y se recargó en los cojines con indolencia.

— ¿Y qué te detenía?

— La señora Ferguson pensó que nos habíamos repartido la pijama y si hubiera salido de la cama se habría dado cuenta de que no era así.

— ¿Y eso habría ruborizado a la señora Ferguson? No lo creo.

— No, pero me habría avergonzado a mí. Ahora, ¿podrías soltar mi muñeca?

Leroy no hizo caso de la petición y continuó:

— Esta sí que es una nueva situación, ¿no crees? Estamos en cama, juntos por primera vez en tres años de matrimonio.

Layla lo miró con enojo, haciendo esfuerzos por liberarse.

— No hubiera pensado que eso fuese novedad para ti — dijo con desdén.

— ¿Ah no?

— No — repuso tratando de soltarse — , déjame ir.

— Quiero saber por qué piensas que no es una novedad para mí — preguntó fría y determinante.

Ella lo miraba con impotencia, deseando no haber hecho ese comentario jamás, parecía que siempre decía lo que no debía.

— Leroy, por favor, me estás lastimando y no tenemos tanto tiempo, la señora Ferguson dijo que el desayuno estaría listo en media hora.

— ¡Al diablo con la señora Ferguson! — y sentándose la obligó a recostarse sobre las almohadas, aumentando la presión de sus dedos — ¿y bien, no me vas a decir lo que tu pequeña e inocentemente se ha imaginado sobre mí esta vez?

— Bestia, voy a gritar — movió la cabeza de un lado a otro.

— Podrías hacerlo, pero no lo harás. ¿Puedes imaginarte lo que pensaría la señora Ferguson si lo hicieras?

— Leroy por favor, déjame ir, esto es... esto es... — su voz era suave.

Se sentía abrumada por la cercanía y la intimidad de esta situación, y mientras se decía a sí misma que deseaba alejarse de él, su fuero interno se resistía a esa sana y cuerda solución. La mirada de Leroy era como siempre fría y calculadora.

— Esto es ¿qué? ¿Temerario, o peligroso, quizá? ¡Oh, Layla! ¿A quién crees que estás engañando? ¿En realidad crees que no sé lo que pasa dentro de esa hermosa cabeza? ¿Supones que no me di cuenta cómo te sentías anoche cuando te consolé en

el estacionamiento del hotel? ¿Piensas que no conozco bien a las mujeres cuando se interesan por un hombre? Toda esta indignación y enojo fingidos, es una comedia hecha con un solo propósito: hacer que me interese en ti como tú pareces interesarte en mí. — Layla estaba perpleja.

— ¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa? ¡No juzgues a todo el mundo por lo que tú eres!

— ¿Por qué no? — Leroy se le quedó mirando a la cara, luego al cuello y posteriormente a las solapas del enorme saco de pijama — ¿no es la verdad?

Layla sentía que las mejillas le ardían por el rubor, él la soltó con brusquedad y saliendo de la cama se puso los pantalones, ya que había dormido en ropa interior.

Layla quedó tirada en la cama con un brazo sobre los ojos, sintiendo que lágrimas de frustración y humillación estaban a punto de correr por sus mejillas, pues aunque protestara, tenía que admitir que en parte él tenía razón. Nunca había sentido por ningún hombre lo que ahora le pasaba con Leroy y lo que es más, sentía celos.

Contuvo la respiración, porque el significado de esa palabra era espantoso, y se acostó boca abajo hundiendo su cara en la almohada para evitar que Leroy pudiera darse cuenta de su vergüenza.

Él terminó de vestirse y se pasó la mano sobre la cara diciendo:

— Necesito afeitarme.

Layla experimentó de nuevo un odio profundo hacia él, por su indiferencia ante lo que acababa de suceder y sobre todo por darse cuenta de que él había podido dormir en la misma cama que ella sin siquiera intentar propasarse, lo que le resultaba más humillante, dada la naturaleza sensual que ella le imputaba. ¿Le parecería ella tan poco atractiva que ni siquiera pensaba que estaba hecha de carne y hueso como cualquier otra mujer?

— No quisiera molestarte, pero te recuerdo que la señora Ferguson dijo media hora, además tengo entendido que deseabas levantarte — dijo Leroy mientras la veía casi cubierta con la ropa de cama.

— ¡Vete! — le pidió Layla con voz apagada.

Leroy dio la vuelta y se dirigió a la puerta, desde donde se detuvo para hacer una última observación:

— A propósito, será mejor que te sirvas una segunda taza de té en la mía, de lo contrario la señora Ferguson pensará que eres una esposa muy desatenta.

Uno de los cojines de Layla dio contra la puerta a momento de cerrarla y ella se arrodilló en la cama, pensando que él siempre tenía que decir la última palabra. Se levantó con premura y se vistió presurosa, no deseaba que él regresara y la encontrara vistiéndose.

Cuando Leroy volvió, ella se encontraba frente al espejo peinándose y él se paró detrás de su esposa para acomodarse el pelo. No se había rasurado y pasándose una mano por la quijada le dijo:

— Será mejor que te apures, no tenemos mucho tiempo.

Ella se volvió rápido y comenzó a caminar hacia la puerta, mientras Leroy se aproximó a la cama y extendió las frazadas, ya que la lucha con Layla había dejado la cama en completo desorden.

— Me molestaría muchísimo dar una mala impresión — dijo con burla.

Layla salió muy enojada, al parecer no había forma de conmoverlo. Leroy comió un abundante desayuno, mientras Layla y la señora Ferguson lo observaban. Para la primera era repugnante verlo comer aquella cantidad de alimentos, desde jugo de naranja, cereal, tocino, salchichas, tomates, pan tostado con mermelada y té, mientras que ella solo tomó café y una rebanada de pan tostado. Se preguntaba si volvería a actuar con la indiferencia de siempre, parecía que nada lo alteraba. Las líneas de cansancio habían desaparecido ya de su cara, y lucía vigoroso y atractivo.

El señor Ferguson apareció poco después del desayuno y Layla y Leroy se despidieron de la señora Ferguson, dirigiéndose todos al camino.

— Le he pedido a mi hijo David que venga con el tractor — dijo el señor Ferguson mientras trataban de evitar el fango que pronto secaría el sol que brillaba bastante fuerte.

— No creo que vayan a tener más dificultades ahora que ha mejorado el tiempo.

Leroy asintió con la cabeza y le dijo con afecto:

— Le agradecemos muchísimo lo que hicieron por nosotros. Estoy seguro de que el fin de semana no habría podido tener un mejor comienzo, ¿no crees, Layla?

— ¡Oh, sí, sí, claro! — las palabras se le atragantaban y trató de demostrar entusiasmo.

Los ojos de Leroy se fijaron en los de ella, ésta se volvió hacia el otro lado, deseando con todo el corazón no haber aceptado pasar el fin de semana con él.

David Ferguson sacó sin dificultad el BMW de la zanja, que lucía magnífico bajo la luz del sol, a pesar del lodo.

— ¡Qué soberbio automóvil! — observó el señor Ferguson mientras atisbaba el interior con curiosidad — apuesto que debe correr mucho.

— ¿En estos caminos? Es muy difícil — explicó Leroy.

— ¿Acaso fue por exceso de velocidad que se atascó anoche?

— Digamos que sí — repuso Leroy lanzando una mirada significativa a Layla.

— Bueno, debemos irnos ya.

El señor Ferguson rehusó aceptar remuneración alguna por la noche que pasaron en su casa y Leroy se subió al carro, guardando su cartera con cierta renuencia. El poderoso motor rugió y después de despedirse por última vez, se alejaron por el camino.

Layla se dejó caer en el asiento. Se sentía débil, ya que todo el incidente había sido agotador. Leroy no pronunció palabra al dar vuelta en la desviación a Lawrence y Layla comenzó a preocuparse por los nuevos acontecimientos que se avecinaban. ¿Qué pasaría si los Ubuntu no eran de la misma clase que ella, o si no se podía llevar bien con ellos?, o quizá Gianna tenía razón y Leroy desaparecía con el embajador, dejándola sola con la esposa de este y de qué hablaría con ellos?

Por supuesto, no le demostró sus preocupaciones a Leroy, él parecía absorto en sus propios pensamientos. La buena señora Ferguson había secado sus abrigos y los había cepillado, ya no había ni señas del lodo que los cubrió la noche anterior; en cuanto a ellos, si no fuera porque Leroy no se había afeitado y ella estaba sin maquillaje, nadie pensaría que habían pasado la noche en la granja. En aquel

momento llegaron a un pequeño pueblo, que se encontraba en el valle, y Layla señaló un letrero.

— Ya llegamos a Lawrence, la cabaña debe estar por aquí — observó Leroy mientras seguía la indicación del camino.

La mañana era espléndida, algunas nubes cubrían el cielo azul y aunque el viento era frío, resultaba vigorizante. En un instante Leroy llegó a la cabaña y entró por una reja de hierro forjado. La pequeña casa estaba cubierta de hiedra y plantas trepadoras, que de alguna manera habían logrado sobrevivir a los fuertes vientos de la montaña. Junto a la casa había un pequeño arroyo que corría por entre guijarros plateados, añadiendo un canturreo a los ruidos normales del campo.

— ¡Oh, esto es hermoso! — exclamó impulsiva.

— ¿Cuántas recámaras crees que tenga la casa? — interrogó él, haciendo que las mejillas de Layla subieran de color.

— Quieres decir, ¿qué ellos piensan qué...? — Layla se detuvo.

— Y si lo piensan ¿qué? No sucedió nada anoche y tú no estabas incómoda a las seis de la mañana cuando me despertaron los perros ladrando — Layla salió rápida del coche.

Al hacerlo se abrió la puerta de la casa, apareciendo en ella la Ubuntu y su esposa. Sus rostros oscuros eran amables y hospitalarios y las inquietudes que Layla tenía se desvanecieron.

— ¡Al fin has llegado hombre! Comenzábamos a tener dudas de si vendrías — comentó Ubuntu mientras se acercaba al automóvil a saludar a Leroy, quien ya había salido del coche.

Ambos se saludaron con tal efusión, que no había duda que se conocían mucho mejor de lo que públicamente aparentaban.

— ¡Qué viaje Benson! ¡Por Dios! ¿No podrían haber encontrado Daisy y tú un escondite en Bartlett Hill o en Mcclain's Wood?

— ¡Vamos Leroy! Tú sabes que nos gusta disfrutar de la floresta siempre que podemos.

Leroy soltó una carcajada y Daisy Ubuntu se unió a ellos. Por un momento, Layla se sintió aislada. Se notaba que Leroy y la esposa de Benson, se conocían muy bien, a juzgar por las miradas traviesas que él le dirigió. Ella estaba embarazada y esas miradas sólo eran amistosas. En aquel momento, Benson miró a Layla, quien se encontraba detrás de Leroy. Este, parecía haberla olvidado. Él la atrajo hacia donde se encontraba y la presentó con absoluta naturalidad. Benson la estudió por un minuto y luego dijo:

— Es hermosa Leroy, eso no es sorpresivo porque tú siempre escoges lo mejor — y dirigiéndose a Layla comentó:

— Espero que te diviertas este fin de semana, Layla. Te prometemos no hablar de negocios más del cincuenta por ciento del tiempo.

— Estoy segura de que me encantará estar aquí, su casa es acogedora — sonrió la joven.

Daisy Ubuntu hablaba poco, pero siempre estaba sonriente y cuando entraron a la casa a través de un pasillo lleno de flores y recubierto con madera de roble, sugirió

mostrarle a Layla su habitación mientras Benson y Leroy tomaban un trago. Leroy miró a su esposa con aprobación y ella interpretó esa seña, así que repuso:

— Creo que es una buena idea, Leroy puede traer las maletas más tarde.

— ¡Oh! Lowe lo puede hacer — explicó Daisy con calma.

Mientras subía la escalera de madera, de casualidad, Layla se volvió y observó a Leroy entregándole las llaves del carro a un enorme negro vestido con una bata blanca. Antes de que Layla pudiera preguntar, Daisy mencionó:

— Lowe hace todo en esta casa; es maravilloso y además es muy útil como guardaespaldas.

Layla levantó los ojos con sorpresa:

— ¿Tu esposo necesita un guardaespaldas?

Daisy encogió los hombros. Era una mujer más menuda y delgada que Layla, según se podía apreciar por la estrechez de sus hombros, ya que por el momento su figura estaba deforme por su estado.

— Todos los estadistas necesitan guardaespaldas en mi país y por supuesto no siempre son efectivos, los asesinos eligen los momentos adecuados.

— ¡Qué aterrador! — Layla estaba sorprendida,

— Uno se acostumbra a estas cosas. Mira, esta es tu habitación, ¿te gusta?

El corazón de Layla palpitaba alarmado mientras Daisy abrió la puerta y le indicó que pasara. Era una habitación grande, iluminada y atractiva, con muebles de roble, y había camas gemelas.

— ¡Es muy hermoso! — Layla suspiró aliviada

— Estoy contenta que te guste; ahora vamos para que conozcas a los niños.

Layla la miró asombrada, Daisy se veía demasiado joven como para tener ya una familia.

— ¿Tienes niños?

— Sí, ¿no te dijo Leroy? Son tres y por supuesto... — sonrió mientras miraba su estómago abultado.

— No, no, Leroy no me contó. ¿Dónde están?

— En el cuarto de juegos, con Bethany la institutriz. Ven para presentarte. Daisy la guió a través del pasillo a una habitación que se hallaba al fondo y al entrar se encontró con un cuarto decorado con motivos infantiles y a una chica pelirroja y delgada que trataba de mantener tranquilos a los niños.

— Ven Layla — dijo Daisy sonriendo — Esta es Bethany. Bethany, esta es la señora Fletcher, la esposa de Leroy Fletcher.

Bethany levantó la cara hacia Layla, era aproximadamente de la estatura de ella, más delgada, angosta de hombros y caderas. Dos de los pequeños se colgaban de sus manos, uno de ellos no tendría más de diez u once años; la tercera era una niña de cuatro o cinco, quien corrió a encontrar a su madre cuando entró en la habitación.

— Mucho gusto — musitó con cortesía, pero con frialdad en la mirada, veía a Layla de manera hostil, cosa que esta última no podía comprender.

— ¿Qué te parecen mis bebés? — y mirando a la niña dijo — esta es Janiyah, el niño se llama Reuben y el bebé Gordon — sonriendo levantó al más pequeño — . Hola,

mi amor, ¿te estás portando bien con Bethany?

Layla trató de mantener Ia compostura bajo Ia mirada agresiva de Ia institutriz.

— Son unos niños preciosos — y en realidad Io eran, con sus caritas negras y regordetas, eran adorables.

— Sí, de verdad Io son. Benson y yo estamos muy orgullosos de eIIos y por supuesto Bethany es un tesoro.

— Estoy segura de eso — dijo Layla un poco nerviosa — . ¿Ha estado mucho tiempo con Ia señora Ubuntu, Bethany?

— Dos años — Ia institutriz contestó con indiferencia.

— Desde que vinimos a Inglaterra — explicó Daisy — , y espero que se vaya con nosotros cuando regresemos a Camerún, ¿verdad, Bethany?

— Espero que sí. — repuso con dulzura.

— Debemos irnos, Ios señores estarán preguntando dónde estamos — arguyó Daisy, despidiéndose de Bethany, con cariño.

Mientras bajaban Ia escalera, Layla recordó algo que Daisy había dicho. Cuando Ia presentó con Bethany, Ia llamó señora Fletcher, y después hizo hincapié en que era Ia esposa de Leroy Fletcher, como si Bethany Io conociera por Leroy. Layla sintió un vacío en eI estómago. ¿Conocía Bethany a su marido? ¿Lo conocería bien? Era natural que Leroy hubiera visitado a Ios Ubuntu en muchas ocasiones. ¿Por qué Ia trajo a eIIa esta vez?

CAPÍTULO 7

En el comedor estaban los señores conversando frente al fuego de la chimenea y con unos de cerveza en la mano. Ambos se pusieron de pie cuando Layla y Daisy entraron, pero Layla procuró no ver a Leroy y se dirigió a Luden, preguntándole detalles de la casa y comentando cuánto le había gustado.

Benson era sumamente atento y dispuesto a contarle como se había convertido de un viejo molino del siglo diecinueve en la hermosa casa que era en la actualidad. Layla estaba interesada, pero sin querer, su mente volaba a la amistad que existía con los Ubuntu y la razón por la que Leroy la había traído este fin de semana. En contra de lo que Gianna opinaba, él no parecía tener motivos para representar una relación marital aceptable ante esta gente que lo conocían muy bien. Además, si nunca tuvo deseos de presentarla a sus amigos, sino sólo a sus invitados en las cenas formales que ofrecía en su casa de Grimes, ¿por qué la había traído ahora? ¿Sería quizás porque su relación con la institutriz de los Ubuntu ya lo había cansado y también, como otras mujeres, le pedía demasiado?

Layla se mordió los labios y miró en dirección a donde se encontraba Leroy. Él no estaba pendiente de ella en ese momento y no se dio cuenta de su mirada escrutadora.

¿Por qué tenía ese magnetismo perturbador que hacía que las mujeres volaran alrededor de él como abejas en un panal? ¿Qué podía tener un hombre que había vivido sin afectos verdaderos hasta llegar a la cumbre y debía su éxito a su propio esfuerzo, que nunca recibió una lección sobre diplomacia? ¿Y pasaba sobre el que se atravesara en su camino? Ella se repetía. ¿Qué podía tener para convencer a todas las mujeres que cruzaban por su vida, si ellas eran las indicadas y con los necesarios atributos para domarlo?

Layla aceptó distraída un cigarrillo que le ofreció Benson y, al acercarse al encendedor, inhaló el humo profundamente, concentrándose en lo que él le estaba diciendo. A pesar de todo, no podía dejar de observar la cabeza de Leroy mientras conversaba con Daisy, así como la atención que ponía a lo que ella le decía. ¿Qué le estaría platicando? El deseo de saberlo la consumía y se dio cuenta con una sensación de congoja de que estaba celosa, demasiado celosa. Desesperada, se dirigió a Benson, diciendo:

— ¿Podríamos dar un paseo? Me encantaría caminar bajo el sol. ¿Todavía existe la rueda del molino?

— Sí, todavía está ahí — confirmó Benson — aunque algo destruida. Si tú quieres caminar podemos ir todos. Oye Leroy, ¿deseas estirar las piernas?

— Me da lo mismo, ¿y a ti, Daisy?

La señora se tocó el estómago.

— Lo siento, creo que no, me parece que me quedaré junto a la chimenea hasta la hora de la comida.

Leroy metió las manos en los bolsillos del pantalón.

— En ese caso será mejor que me quede a hacerle compañía a Daisy. ¿Quieres que me quede contigo? — le preguntó mientras miraba a Layla, aunque ésta pretendió no verlo y dio la vuelta.

— No quisiera apartarte de tu encantadora esposa — objetó sonriendo Daisy.

La expresión de Leroy se endureció y advirtió secamente:

— No te preocupes por eso, ella puede pasarla muy bien sin mi compañía.

Layla vio un brillo sardónico en su mirada y replicó:

— ¡Tienes mucha razón! — por primera vez se sintió satisfecha de haberlo impacientado al momento con su insolencia.

Benson Ubuntu pareció no darse cuenta de que algo andaba mal, y una vez que Layla hubo tomado su abrigo, salieron de la casa a disfrutar del sol otoñal. Él era una compañía muy agradable y, a pesar de que Layla estaba convencida de que no se divertiría, fue todo lo contrario. Él le relató la historia de la casa del molino, así como algo acerca de su propio país, Camerún, en África. A ella le parecieron fascinantes las costumbres de las tribus y, cuando regresaron a la casa, se encontraban enfrascados en una amena discusión sobre la cultura africana.

Lowe sirvió la comida y le fue presentado a Layla casi como miembro de la familia. Los niños no comían con las personas mayores y, por lo tanto, sólo eran ellos cuatro. Por fortuna, Benson dirigió la conversación y, aunque Leroy intervino con algunos comentarios, nunca se volvió a Layla, por lo cual ella se sentía feliz. Una vez que terminaron, los señores se retiraron al estudio de Benson para discutir el nuevo proyecto y, como Daisy descansaba después de la comida, Layla se puso su abrigo y se fue caminando al pueblo, entró a la tienda y les compró unos dulces a los niños. Regresó despacio, llegando justo cuando Daisy llevaba una bandeja con té al comedor. Al verla, Layla sonrió y le preguntó:

— ¿Disfrutaste el descanso?

— Sí, muchas gracias y me apena haberte dejado sola tanto tiempo. ¿Dónde has estado?

La joven puso la bolsa de dulces sobre la mesa lateral, al lado de la chimenea, diciendo:

— Fui al pueblo y les compré estos dulces a los niños.

— ¡Qué amable! Ven a sentarte junto a mí, todavía no hemos tenido oportunidad de hablar. Cuéntame, ¿cuándo piensan tú y Leroy tener familia?

Layla se sonrojó.

— ¡Oh, bueno! En realidad no hemos pensado acerca de eso.

— Ustedes llevan tres años de casados, ¿no es así? ¿No desean tener hijos?

— Por supuesto... claro que sí. Hemos pensado que por ahora no es conveniente.

— ¿Por qué? — preguntó Daisy con suma curiosidad.

Layla movió la cabeza angustiada. ¿Qué le podría contestar? Aceptó la taza de té que Daisy le ofreció y se preguntaba qué pensaría si supiera la verdad sobre su matrimonio; ¿o quizás ya lo sabía y sólo estaba probando como reaccionaba? Pero no, Daisy no era de este tipo; para ella tener niños era la cosa más natural del mundo y estar casada sin tenerlos era bastante extraño. El ruido de voces en el pasillo alivió la

situación y Layla se alegró cuando Leroy y Benson entraron. Los ojos de este último brillaron con alegría al ver la bandeja con té y pastas secas.

— Parece que llegamos a tiempo. Ven, hombre, y cómete una galleta; aunque no lo creas, son la especialidad de Lowe.

Leroy se sentó junto a Layla y tomó una taza de té y una galleta; era evidente que se sentía como en su casa con los Ubuntu, a pesar de que nunca había venido. Benson se sentó enfrente y dijo:

— Le he sugerido a Leroy que venga conmigo a Camerún el mes próximo, cuando tenga que ir a la Asamblea.

Layla sintió que el corazón le palpitaba. ¿Estaría planeando Leroy irse otra vez?

— ¿Y cuánto tiempo piensas estar fuera, Benson? No quiero que estés en Camerún cuando nazca el bebé — preguntó Daisy con delicadeza.

— Vamos, tú sabes que el bebé nacerá dentro de tres meses y yo regresaré con tiempo suficiente.

Daisy hizo una mueca y dirigiéndose a Layla comentó:

— ¡Estos hombres! Siempre viajando a algún lado, no les importa que sus esposas vivan existencias solitarias y aburridas sin ellos.

Layla estuvo de acuerdo en su fuero interno, pero no lo demostró y Leroy la obligó a mirarlo cuando le preguntó:

— ¿Y bien, tú no tienes nada que decir?

Layla levantó sus oscuras cejas.

— Estoy segura de que debe ser importante para ti ir a Camerún. ¿Cuándo piensas salir? — inquirió con admirable compostura, sobre todo tomando en consideración que se hallaba resentida y con los nervios alterados.

Benson sonrió con agrado.

— Lo ves Daisy, te das cuenta de lo bien entrenada que está Layla, ni siquiera pone objeción a pesar de que su marido está a punto de hacer un viaje de seis semanas por África. ¿Qué te parece?

Layla se sonrojó de nuevo. ¿Sería eso lo que había dado a entender con su reacción? ¿La sumisión obediente de una mascota bien entrenada? Apretó los labios y se quedó mirando la taza de té que tenía entre las manos, consideraba que Leroy la había humillado otra vez, aunque él no había dicho una sola palabra, incluso Daisy estaba indignada.

— Layla no tiene tres niños a quienes cuidar Benson, ella es libre y puede ir y venir a donde le plazca y tener los amigos que guste.

Benson la miró con reproche.

— Bethany es capaz de cuidarlos y tú no tienes por qué quedarte todo el tiempo en casa.

— ¿Y a dónde voy a ir? ¿Cómo puedo ponerme ropa bonita con esta figura?

— ¡Por favor Daisy! — intervino Benson otra vez y con esto dio por terminada la conversación sobre el tema.

Layla colocó su taza sobre la bandeja con un sentimiento de injusticia por dentro. Comprendía el resentimiento de Daisy y el sentirse fuera de la vida de su esposo, pues

ella también lo había experimentado. Había caído un pesado silencio y Layla se puso de pie con determinación.

— ¿Podría darme un baño? — preguntó a Daisy, quien la miró complacida por haber cambiado de tema.

— Por supuesto. Lowe colocó tus maletas en tu cuarto y ya sabes donde está.

— Sí — dijo Layla sonriendo y salió presurosa.

Era un descanso poder escapar de la presencia de Leroy. Se dio un largo baño, relajándose en la suavidad perfumada del mismo. Al fin tuvo que salir y ya estaba casi oscuro por ser otoño cuando la noche cae más temprano. Como Daisy había dicho que la cena se serviría a las ocho y que tanto ella como Benson pasaban todos los días una hora con los niños, pensó que tenía todavía suficiente tiempo. Se puso una bata de toalla y regresó a la habitación. Cuando entró, estaban las luces de las lámparas encendidas y vio a Leroy descansando sobre una de las camas; con un movimiento automático se apretó el cinturón de la bata y entró cerrando la puerta.

— Te has tardado demasiado — comentó Leroy con inusitada calidez en la mirada.

Layla dobló la toalla y la colgó de un gancho en la esquina del cuarto, respondiendo cortés, pero con frialdad:

— Lo siento, no sabía que estabas esperando el baño.

— Hay dos baños, si hubiese querido usarlo, habría entrado al otro. No, te he estado esperando para hablar contigo en privado.

— ¿Ah, sí? — repuso mientras tomaba su cepillo para peinar su abundante cabellera.

Su actitud indiferente lo irritó y gritó fuera de sí:

— ¡Maldita sea! Precisamente quiero saber qué te sucede desde que llegamos aquí. No me digas que se trata del viaje de África porque ya actuabas en forma extraña antes de hablar sobre eso, además tú debías haber adivinado que eso era factible que sucediera.

Layla tuvo que controlar el impulso que sintió de tirarle el cepillo. Le estaba preguntando sus motivos para comportarse de forma extraña, cuando él debía saberlo mejor.

— Dime una cosa primero. ¿Por qué insististe en traerme a esta casa? Al principio pensé que era para impresionar a los Ubuntu, pero es obvio que no necesitas impresionarlos, así que, ¿cuál es la razón?, ¿Quizá para protegerte?

Leroy profirió un grito de enojo y poniéndose de pie cruzó la habitación hasta donde Layla se encontraba, sacudiéndola con ira.

— ¿Qué quieres decir con eso?, ¿por qué habría yo de necesitar protección?

Layla estaba asustada, pero se las ingenió para mantener la calma, a pesar de que su voz temblaba, un poco.

— ¡Dímelo tú!

— No tengo ni la más mínima idea de lo que estás hablando.

— ¿Ah no? Supongo que vas a negar que conoces a Bethany, la institutriz.

— ¿Bethany? ¿Bethany Spencer? No, por supuesto que no voy a negar que la conozco.

— ¡Oh no! Por supuesto que no. Debía haberme percatado de que estarías preparado para responderme, ya que sería estúpido negar conocer a cualquier persona de esta casa, ¿verdad?

— Layla, ¡por Dios habla claro!

Ella contestó con orgullo:

— La chica me odia. Cuando me la presentaron esta mañana resultó evidente que me odia y la única explicación para ese sentimiento es que...

— ¡Oh Dios! — exclamó Leroy tomando a Layla por los hombros, quien a pesar de la gruesa felpa de la toalla sentía la presión dolorosa de sus dedos — . Está bien, conozco a Bethany, admito que he salido con ella un par de veces, pero eso fue hace años, es más, yo le conseguí este trabajo con los Ubuntu y desde entonces nunca le he demostrado interés.

— ¿Y esperas que yo crea eso? Es obvio que tú has visitado a los Ubuntu muchas veces y ésta es la primera que he venido contigo — dijo Layla con respiración acelerada.

Leroy levantó los ojos con desesperación.

— Mira, Layla, Bethany Spencer no significa absolutamente nada para mí. ¿Por qué habría de mentirte? Por lo demás, a ti eso no te importa en realidad, sólo lo utilizas como atenuante para que yo no ponga objeción a tu relación con ese pedante de Fitzgerald.

Layla levantó la cabeza y negó acaloradamente.

— Yo no tengo ninguna relación con Fitzgerald.

— ¿Ah no? ¿Me vas a decir que nunca te ha tomado en sus brazos, que nunca te ha besado? — inquirió Leroy con ironía.

— Por supuesto que no.

— ¿Entonces cómo lo mantienes tan interesado? ¿Qué consigue él con esa situación?

Layla estaba tan indignada que el temor que tenía desapareció.

— Para tu información te diré que existen relaciones entre un hombre y una mujer que no dependen necesariamente del sexo.

— ¿No me digas? Una asociación puramente intelectual, supongo.

— Podría llamarse así.

— ¿Y qué obtiene Fitzgerald de esta asociación?

— No obtiene nada, por lo menos nada tangible. Sólo compartimos gustos y opiniones...

— En lugar de la cama, ¿no es así? — los ojos de Leroy brillaban peligrosos.

— Para ti todo se reduce al aspecto físico, ¿verdad? — gritó con cólera Layla — . No puedes imaginarte compartir ideas con un miembro del sexo opuesto, porque crees que nada más que los hombres tienen la prerrogativa de conversar en forma inteligente.

— ¡Oh no! Yo no pienso así. Conozco a Fitzgerald y sé que él no está tan feliz con su relación platónica como lo estás tú. ¿Qué tienes dentro Layla? ¿Qué le falta a ese exquisito cuerpo tuyo que no puedes apreciar una saludable relación normal? — ella

tuvo que contener un sollozo.

— ¿Así es como llamas a las relaciones que tienes con mujeres como Bethany Spencer? ¿Una saludable relación normal?

Leroy se quedó mirando a Layla mientras se mordía los labios. Su mirada se ensombreció al ver hacia el escote de la bata que dejaba al descubierto la hendidura de su pecho, y aquellos dedos que con tanta crueldad la aprisionaban se deslizaron de pronto hacia el cuello de la muchacha. Esta trataba de moverse, pero la presión alrededor de su garganta le impedía respirar bien.

— Te he tolerado demasiado — murmuró Leroy con voz ronca.

Layla tragó con dificultad y con voz casi imperceptible, le dijo:

— Me estás lastimando.

— ¿De veras? — le preguntó entrecerrando los ojos y Layla sintió que sus huesos se derretían bajo esa mirada.

— Por favor — susurró sin aliento.

Leroy se acercó más a ella hasta sentir su cuerpo junto al de él y luego inclinó la cabeza rozando con sus labios el cuello de Layla.

— Estás temblando, y yo puedo evitarlo — enseguida su boca se posó en la de ella.

Aquel beso que se inició con tanta dulzura se tornó, violento y apasionado, destruyendo todas las ilusiones juveniles de lo que la inexperta joven había idealizado. Él era un perito en excitar a una mujer y sus manos resbalaron posesivas de su espalda a sus caderas, presionándola contra su cuerpo y haciéndola sentir consciente de sus necesidades.

Layla deseaba resistirse, le habría gustado huir de sus brazos y demostrarle que no podía influenciarla de esta manera, pero era inútil pretender. El calor de su cuerpo musculoso, el apetito de su boca y las tentadoras caricias de sus manos la habían dejado débil y a su merced, y aunque se despreciaba a sí misma, sus brazos rodeaban el cuello de Leroy y sus dedos acariciaban su gruesa cabellera. Ella perdió la cuenta del tiempo y del lugar, hasta el punto de no importarle nada, sino él, y su urgente necesidad de poseerla. Ella lo deseaba también y cuando él la tomó en brazos para llevarla a la cama, sintió una sensación de éxito, de proeza. Cerró los ojos, pero al colocarla en la cama los abrió y sintió un escalofrío de terror al ver que la mirada de Leroy ya no era cálida y apasionada, sino fría, dura y muy extraña. Se sintió vejada y, sin darse cuenta, se cubrió con la bata, tratando de no ver aquella mirada acusadora.

— Ahora dime — exigió con violencia — ¿Fitzgerald no te ha tocado nunca?

Layla movió la cabeza de lado a lado, temblando a pesar del calor que sentía en el cuerpo.

— No lo ha hecho, nadie me ha tocado — susurró atormentada. Él la contempló un rato.

— ¿Qué estás tratando de obligarme a hacer? ¿Probarlo?

— Yo no digo mentiras Leroy — dijo trémula.

— ¡Oh Dios!

Leroy se golpeó con fuerza la frente y sin decir una palabra más se puso de pie y salió del dormitorio.

Layla quedó tirada en la cama en una especie de estupor agonizante, temerosa del

momento en que Leroy regresara a cambiarse para la cena y su mente recorría los detalles de lo que había sucedido. Le era imposible situarse en la realidad. Se sentía por completo falta de energía, y la languidez que la pasión le había provocado, era aún mayor que sus sentimientos. Al final se percató que debía sobreponerse, lo último que deseaba era que Leroy regresara e imaginara que estaba acostada esperándolo a él, de seguro la despreciaría, aunque no tanto como se despreciaba a sí misma. Ella, Layla Andrews, quien siempre había sentido lástima por las mujeres que se entregaban a los hombres que no las querían, había resultado igual que las demás.

Con determinación se levantó, no iba a quedarse ahí, ahogándose con su propia conmiseración. Lo último que Leroy esperaría de ella era pelea, pero se la iba a dar. No empeoraría las cosas dándole oportunidad de pensar que le reprochaba lo que había sucedido, más bien actuaría como si nada hubiese pasado durante esa media hora y de esa forma recobraría, aunque sea en parte, la ilusión de no sentir nada por él. Puso especial cuidado en su maquillaje, aplicándose sombra verde pálido en los párpados, oscureciendo sus largas pestañas, y poniéndose brillo en los labios, sacó el vestido que se iba a poner: una túnica larga de terciopelo color vino de profundo escote y manga larga. Nunca se había puesto esa ropa y complementaba la blancura de su piel de tal manera que le añadía fragilidad a su apariencia. Se puso los aros de oro y un medallón en el cuello que caía tentador en el hueco de su busto.

Antes de bajar, examinó su figura y se dio cuenta de que nunca se había visto tan linda. Esto le daba confianza en sí misma, aunque por dentro se sentía más insegura que nunca.

Leroy aún no regresaba a la habitación y ella bajó la escalera con cierta timidez, temiendo el encuentro y a la vez deseosa de que él la viera. Sin embargo, cuando entró al comedor, encontró a Bethany Spencer, vestida con un caftán verde que le sentaba muy bien con su roja cabellera. Bethany se sorprendió cuando la vio y sus pestañas velaron la expresión de sus ojos. Layla estaba dispuesta a actuar con naturalidad, saludó a la chica en forma agradable y le preguntó:

— ¿Dónde están los demás?

Bethany juntó las manos con evidente hostilidad.

— Todos están con los niños. Mis patrones, por lo general, pasan esta hora del día con ellos y su esposo se les une a él. Le gustan mucho los niños.

— Ya veo — dijo Layla mientras miraba a su alrededor haciendo un esfuerzo para no perder la calma — no me había dado cuenta...

Bethany la interrumpió.

— ¿Le puedo ofrecer un trago? Estoy segura de que la señora Ubuntu me lo agradecerá.

— Sí, gracias, una copa de jerez me vendrá bien.

— ¿Dulce o seco?

— Seco, por favor. ¿Le gusta trabajar con los Ubuntu?

— Mucho, Leroy me consiguió este empleo — comentó Bethany mientras servía el jerez y se lo pasaba con aparente indiferencia.

— Sí, sí me lo dijo — arguyó Layla.

— ¿Ah, sí? — dijo Bethany con escepticismo — conozco a Leroy desde hace

algunos años; yo nací en Leeds y nos conocimos en una fiesta hace más o menos diez años.

— ¿Tanto tiempo? — Layla estaba sorprendida, después de todo diez años atrás ella solamente habría tenido quince.

— Sí, y también conozco a su madre.

Layla bebió el jerez.

— Es muy bueno y a la temperatura adecuada.

Bethany se puso tensa

— Por supuesto, usted debe ser una experta en estas materias.

Layla se disgustó por la altanería de la muchacha, y trató de ocultar sus propios sentimientos.

— ¿Usted cree? — dijo sin rencor.

Bethany encogió los hombros.

— Dígame, señora Fletcher, ¿usted nunca se aburre?

— ¿Aburrirme y por qué habría de hacerlo?

— Como Leroy sale tanto y la deja sola, ¿nunca ha tenido deseos de conseguir un empleo?

— ¡Ah! Entiendo, sí, supongo que a veces me aburro, pero no mucho, leo bastante, voy al teatro, a exposiciones artísticas y creo que mi tiempo lo lleno muy bien.

Bethany hizo un pequeño ruido con la boca.

— De todas las mujeres que tuvo Leroy para escoger, eligió un lirio silvestre como usted.

Layla respondió con calma, mientras pasaba el dedo sobre la orilla del vaso:

— Me parece que se está usted poniendo insolente señorita Spencer.

— No me importa lo que usted piense. Leroy debió tener más sentido común y su madre está de acuerdo conmigo también.

— ¿No me diga? Sólo que da la casualidad que las madres no pueden elegir las esposas para sus hijos y además usted olvida el hecho de que Leroy es un hombre de mucho carácter, no podría imaginármelo haciendo algo de lo que no esté convencido por completo, ¿usted sí?

Bethany se sonrojó.

— Lo que él deseaba eran sus antecedentes, no a usted.

Layla sonrió burlona.

— Es posible que eso haya sido así alguna vez, ¿piensa usted que lo sea ahora? — pudo darse cuenta de que Bethany apretó los puños con enojo.

Layla se alegró de haber elegido lo correcto para destruir su ataque. A continuación se pasó una mano por la cadera, enfatizando la esbeltez de su figura y le preguntó:

— Dígame, ¿cree usted que este vestido me quede bien?

Bethany profirió una mala palabra y desapareció por la puerta. Layla lanzó un profundo suspiro de alivio. Al fin, en esta pequeña escaramuza había salido victoriosa.

Benson y Daisy aparecieron minutos más tarde y al verla con el vaso en la mano sonrieron con aprobación.

— Bethany me lo sirvió — dijo Layla levantando la copa en alto — ¿están ya listos los niños para dormir? — Benson hizo una seña afirmativa.

— Bethany, se encargará de ellos, ella siempre tiene la última palabra.

— ¿De veras? — Layla se quedó pensativa y en ese momento entró Leroy.

Se había bañado y afeitado, poniéndose un traje oscuro con camisa azul pálido y corbata contrastante; su pelo oscuro y sedoso caía ensortijado sobre su cuello. Él era en realidad el hombre más varonil que conocía y se estremeció, sintiendo un vacío muy peculiar en el estómago; era casi un dolor.

Leroy la miró con indiferencia, advirtiendo ella que la observaba a menudo con cierta curiosidad. Tenía miedo del momento en que se fueran a dormir y se quedaran a solas de nuevo, no creía poder soportar su desprecio otra vez.

Bethany no cenó con ellos y Daisy explicó que aunque la habían invitado, ella prefirió comer en su habitación. Esto agradó a Layla, francamente lo pasaría mejor sin su antipatía.

Una vez concluida la cena, los caballeros se disculparon para jugar ajedrez en el estudio de Benson y Layla se quedó de nuevo con Daisy; por fortuna esta última se interesó en un programa de televisión y eso evitó que le hiciera más preguntas personales.

El tiempo pasó con lentitud. Layla se sentía cada vez más incómoda, al fin y después de que Lowe les trajo una bandeja con café y bocadillos a la diez de la noche, se retiró y Daisy estaba más que dispuesta a hacerlo.

— ¡Estos hombres! — dijo moviendo la cabeza — . No se preocupan por nosotras.

Luego rió de buena gana y Layla se dio cuenta de que no hablaba en serio. Después de haber entrado al baño, Layla fue al dormitorio, se puso el camisón y se metió en la cama. Había sido un día muy especial y no creía poder dormir, lo que confirmó más tarde, ya que su mente giraba alrededor del próximo viaje de Leroy a Camerún, su conversación con Bethany Spencer, la indiferencia de Leroy, pero en especial, su comportamiento en este aposento horas atrás. Incluso llegó a pensar que a lo mejor ella tenía la culpa por haberlo incitado, respondiendo él de una manera que le demostró, sin lugar a duda, que ya no le era indiferente.

A propósito se acostó boca abajo y trató de olvidar todos los incidentes, era imposible. Los ruidos de la noche se distinguían con claridad: el susurro del viento entre los árboles, el canturreo del arroyo, el grito de un pájaro nocturno y en aquel momento el ruido de puertas que se abrían y cerraban, lo cual le indicó que Leroy y Benson se retiraban a sus habitaciones.

Se quedó quieta y cuando oyó abrirse la puerta, pretendió estar profundamente dormida. Leroy encendió la lámpara que se encontraba entre ambas camas y comenzó a desvestirse. Ella cerró los ojos, esperando que él terminara y apagara la luz para acostarse; al fin lo hizo, pero en vez de ir a su cama se dirigió a la de ella y se quedó mirándola en la oscuridad. Layla estaba inmóvil, pero su respiración agitada la descubrió porque él le dijo suavemente:

— Déjame acostar.

Layla musitó:

— Tu, tu cama está allá.

— Esta es mi cama — y sin esperar su permiso se deslizó bajo las frazadas.

Ella sintió el calor de su cuerpo contra el suyo y con pánico, trató de salirse por el otro lado, pero el brazo de él no se lo permitió.

— No luches Layla. ¿No sabes que casi me vuelvo loco esta noche? ¡Dios como te deseo!

Trató de resistirse, era inútil. Él era más fuerte que ella y, además, el antiguo deseo de Eva de probar la fruta prohibida se había apoderado de ella.

Antes del amanecer, él la despertó de nuevo, y esta vez ella no se resistió a su boca cálida e insistente, sino que le respondió con vehemencia, sin importarle las consecuencias. Este era su hombre, su esposo y ella lo amaba con todo su ser. Cuando al fin amaneció y la habitación se encontraba llena del reflejo dorado del sol, Leroy se había ido. Solo el hecho de que su cama estaba intacta, daba fe de que él había pasado la noche en la de ella...

CAPÍTULO 8

Layla despertó lánguidamente y miró su reloj, sorprendiéndose al ver que ya eran las diez y media. Saltó de la cama y al hacerlo el aire frío fustigó su cuerpo, de inmediato se puso su bata y se dirigió al baño, donde se dio una ducha rápida, sintiéndose reconfortada. Se puso unos pantalones marineros y una blusa de manga corta, dejó su pelo suelto y bajó la escalera. Lowe se encontraba solo en el comedor, avivando el fuego de la chimenea y al verla la saludó sonriente. Layla dudó por un momento después le preguntó:

— ¿En dónde están los demás, Lowe?

— La señora Daisy está en la cocina y los señores Benson y Leroy salieron. ¿Quiere que le avise a la señora?

— No es necesario Lowe, ya estoy aquí — se escuchó la voz de Daisy al entrar lentamente al comedor — . Oí voces y supuse que por fin te habías levantado Layla, creo que dormiste muy bien. Leroy nos pidió que no te molestaran.

Las mejillas de Layla subieron de color, y Daisy la tranquilizó haciendo una seña maliciosa con el dedo.

— Créeme que lo entiendo muy bien después de todo, Leroy es un hombre tan atractivo que hasta yo podría enamorarme de él.

Layla no supo qué responder, así que comentó con descuido.

— EH... ¿y en dónde están Benson y Leroy?

— Han salido a dar un paseo al pueblo, por lo menos eso dijeron. Yo creo que están hablando de negocios otra vez. Benson está ansioso por tener la industria de Leroy en Camerún, ya que proporcionará trabajo a mucha gente y traerá divisas, así como prestigio al país.

— Ya veo. ¿Y te ha dicho Benson cuando se irán?

— Creo que en unos cuantos días. ¿Por qué? ¿No deseas que se vaya Leroy tan pronto? — Layla asintió con la cabeza, impotente.

Hasta ahora no se había atrevido a considerar lo que ella deseaba, ni siquiera sabía lo que sucedería y ¿cómo podría explicarle a Daisy sus angustias si ella pensaba que eran un matrimonio normal?

Ella sabía la reputación que tenía Leroy con respecto a las mujeres que le pedían demasiado y él nunca le había dicho que la quería, solamente que la deseaba, que era muy diferente.

Por un momento se deleitó recordando las últimas horas pasadas en los brazos de su esposo. Para ella había sido una entrada maravillosa a lo que el amor entre un hombre y una mujer puede ser. Nunca había soñado que se pudieran escalar cumbres de éxtasis tan sublimes, ni tampoco que Leroy pudiera ser tan paciente, enseñándola a abandonarse, de tal manera, que le provocara un sonrojo tan profundo con sólo

recordarlo. Daisy la contemplaba con curiosidad.

— Está claro que no quieres que se vaya. ¿Por qué no te vas con él? — Layla la miró con incredulidad.

— ¿Qué dijiste?

— Que te vayas con ellos. ¿Por qué no? Tú no tienes por qué quedarte en Inglaterra, ¿verdad? No tienes otros compromisos.

— No, pero... bueno, no... sé.

— Si yo estuviera en tu lugar no tendría dudas. Si no fuera por mi estado — y acarició su vientre — , sin esto, yo me iría como una bala.

— ¿De veras lo harías? Claro, es tu país, tu casa.

Daisy levantó las cejas respondiendo:

— Sí, pero yo vine aquí cuando Benson fue trasladado, a pesar de que no tenía que hacerlo. Nosotros podíamos habernos quedado en Luanya, que es la capital, y donde vivimos, y Benson nos habría visitado muy a menudo.

— Bueno, eres la esposa del embajador y tienes que acompañarlo.

— Quizá sí, quizá no, pero yo no habría dejado a Benson sólo por nada del mundo.

Layla sonrió, las ideas de Daisy eran sencillas. Esta no imaginaba las complicaciones que habían surgido en la vida de su amiga.

Los señores regresaron a la hora de la comida mientras Layla se encontraba sola en el comedor, Daisy había desaparecido para supervisar los alimentos. Benson entró primero frotándose las manos para calentarlas.

— Hola bella durmiente, ¿a qué hora te levantaste? — preguntó alegremente.

— Como a las diez y media — repuso Layla, temerosa del momento en que Leroy hiciera su aparición.

Cuando entró se veía musculoso e imponente, con aquellos pantalones oscuros, camisa de seda color malva y una chaqueta de gris.

Layla lo miró nerviosa, pero no pudo leer la expresión de su cara. Estaba acostumbrado a ocultar sus sentimientos, por lo que ella sintió un frío en la boca del estómago. ¿Cómo podía haber imaginado que ella significaba algo para él o que lo ocurrido entre ellos tenía alguna importancia? A propósito mantuvo la mirada en las manos que tenía sobre las piernas y aunque Benson le ofreció un jerez, lo tomó y mantuvo la misma actitud.

Benson salió para ver a su esposa y los nervios de Layla se pusieron de punta. ¿Y ahora qué? ¿Qué clase de comentario mordaz se aproximaba?

Sin embargo, Leroy no dijo nada en seguida, terminó su cerveza y se sirvió la segunda, luego se paró frente a la chimenea mirándola con insistencia, y como ella no abrió la boca, ni siquiera levantó la vista, lanzó una exclamación impaciente.

— ¡Layla! Tengo que hablar contigo.

— Ahora no, yo ... ¿en dónde has estado esta mañana? — inquirió mientras bebía su jerez.

— ¡Layla! Mírame — su voz sonaba atormentada.

Justo en ese momento llegó Bethany Spencer, sonriente.

— ¡Leroy! Ya regresaste. La señora Ubuntu dijo que habías ido con su esposo a dar

un paseo. Te he visto muy poco este fin de semana.

Leroy hizo un movimiento despreciativo con sus hombros, y repuso forzado:

— Ha sido una visita muy corta, después de todo llegamos cerca del mediodía de ayer y nos vamos en cuanto terminemos de comer hoy.

— ¡Oh Leroy! De cualquier manera irás a vernos a Londres otra vez, ¿no es así?

Hace años que no hablamos de los viejos tiempos.

Layla se levantó de pronto y se excusó, se sentía mal y a pesar del intento que hizo Leroy por tomarla del brazo, ella se libró, se fue a su recámara y se tiró en la cama, sin siquiera preocuparse por su ropa. En aquel momento hubiera deseado morirse. La voz de Daisy llamándola a comer la hizo volver a la realidad. Sabía que tenía que bajar y tratar de comportarse con naturalidad.

La comida parecía interminable y una vez que acabaron se alegró muchísimo, al ver a Lowe colocando sus maletas en la cajuela del BMW.

— Bien Leroy — dijo Benson con afecto — me ha dado gusto verte. Te llamaré el lunes cuando regrese a la ciudad y nos pondremos de acuerdo sobre los detalles finales, ¿te parece?

— Perfecto, adiós Daisy.

— Adiós Leroy, adiós Layla. Manejan con cuidado.

El BMW se movió, alejándose y Layla agitó la mano en señal de despedida hasta que los perdió de vista, luego se recargó en el respaldo del asiento, con un brazo sobre la frente, el esfuerzo de comportarse con naturalidad la había dejado agotada.

Él manejó durante varios kilómetros en absoluto silencio, pero cuando llegaron a la carretera dijo:

— Ahora, si hablaremos, ¿te parece?

Ella agitó la cabeza sorprendida y con voz indiferente preguntó:

— ¿Y de qué tenemos que hablar?

— Deja de hacerte la tonta Layla, sabes muy bien de lo que tenemos que hablar, lo que pasó anoche.

— Yo, yo preferiría no hablar de eso, si no te importa.

— Claro que me importa — gritó salvajemente — . Por lo que más quieras Layla, por lo menos dame la oportunidad de disculparme.

— ¡Disculparte! — Lo miró confundida.

— Sí, maldición, disculparme. Dios, no sé qué me pasó y luego cuando descubrí que no habías sido... bueno, que no habías sido tocada por ningún hombre, aun así no pude dejarte. No sé si me creerás, pero no volverá a suceder.

— Leroy por favor, deja de hacer un drama de todo esto. Yo, yo no soy una niña y sabía lo que hacía.

— ¿De veras, de veras Layla? No estás molesta conmigo, ya sé que soy un infeliz, pero créeme, no me siento orgulloso de lo que hice.

— Por favor, esto es ridículo y no hay necesidad de dar pésames... — Layla se volvió hacia otro lado para no verlo.

Él pensaba que ella era indiferente, ¡Oh, Dios Santo! Ojalá lo fuera.

Después de eso, ambos quedaron en silencio y, cuando llegaron a la supercarretera

Leroy aceleró, y muy pronto se acercaron a las afueras de la ciudad. La señora Mohammad los recibió cuando llegaron a Grimes y les preguntó si ya habían cenado, a lo cual respondió Leroy negando.

— No, todavía no, pero no se moleste en preparar nada para mí porque voy a salir — Layla se puso tensa.

Él iba a salir, pero ¿dónde? Hubiera querido decirle: ¡No te vayas! ¡Quédate conmigo y hazme el amor! Por supuesto, no pudo hacerlo y sólo acertó a decir:

— Tampoco para mí, señora Mohammad, creo que me acostaré temprano, nada más tomaré una taza de café y un sándwich.

La sirvienta se retiró para preparar el refrigerio de Layla y Leroy permaneció en el vestíbulo indeciso; ya había traído las maletas del carro y ahora miraba a Layla pensativo.

— Te ves cansada, lo siento.

— ¡Oh! Ya está bien — ella levantó la voz, no podía soportar que le tuviera lástima — . Por todos los santos, vete y déjame sola.

Leroy la contempló con impotencia.

— Layla, no dejes que se echen a perder las cosas...

— ¡Echar a perder las cosas!... ¿Cuáles cosas? ¿Qué es lo que se puede estropear? ¡Cielos, Leroy! ¿En qué siglo crees que vives? Debes atribuir lo que pasó a las circunstancias, al magnífico vino que habíamos bebido, en realidad era buen vino, ¿no lo piensas así?

— Layla, ya cállate, por favor.

— ¿Por qué? ¿Hablar con cordura de algo que sucede todos los días en circunstancias mucho menos adecuadas? Eres anticuado Leroy, nunca lo hubiera creído, pero lo eres.

Él la tomó por los hombros y la sacudió con firmeza.

— Layla, ya basta, no creas que me puedes engañar comportándote de esta manera. Estoy consciente de lo que he hecho mejor que nadie y todo lo que quiero ahora es ahogarme en whisky hasta que ya no pueda pensar ni sentir.

— Entonces adelante, a mí no me importa — le contestó mientras se alejaba de él.

— ¿Tú qué harás?

— ¿Yo? — Layla estaba haciendo un enorme esfuerzo para contener las lágrimas que estaban a punto de brotar — ya le he dicho a la señora Mohammad que me acostaré temprano.

— ¿Y puedo confiar que eso es lo que harás? — preguntó Leroy encogiendo los hombros.

— ¿Por qué no habría de hacerlo? — inquirió Layla tomando el barandal de la escalera — no hay otra cosa que hacer, ¿o sí?

Leroy se pasó una mano sobre el pelo y ella pensó que se veía joven y vulnerable, aunque eso era ridículo, Leroy Fletcher no tenía nada de vulnerable.

— Si estás segura de que te encontrarás bien...

— Por supuesto que lo estoy. ¡Oh! A propósito, ¿cuándo saldrás para Camerún?

— Es probable que el miércoles. ¿Por qué? ¿No quieres que vaya? — interrogó

Leroy con mirada inquisitiva.

— Me tiene sin cuidado lo que tú hagas.

Él dio la vuelta y caminó hacia la puerta, cerrándola con fuerza al salir.

Layla tenía una horrible pesadilla, soñaba que iba corriendo por la vereda lodosa hacia la casa de los Ferguson, pero al llegar se daba cuenta de que no era la granja, sino su casa en Grimes trasladada al campo; se detenía y veía el carro de Gianna afuera, y le producía un sentimiento de angustia indescriptible. Subía corriendo la escalera y escuchaba risas, risas femeninas que provenían de las habitaciones superiores. Tenía miedo de lo que podía encontrar, pero subía despacio la escalera impelida por la necesidad urgente de saber la verdad. Al abrir la puerta de la habitación de Leroy había una mujer, pero al verla se daba cuenta de que no era Gianna sino Bethany Spencer.

— ¡No! — gritaba una y mil veces.

Defraudada, atormentada y sin poder dar crédito a lo que veía y entonces Bethany la sacudía con fuerza y crueldad.

— ¡Layla! ¡Layla! Cálmate, estás bien y a salvo, en tu casa.

Abrió los ojos con dificultad y observó la cara del hombre que la despertaba con dulzura, iluminada por la lámpara. Ella respiraba agitada como si hubiese estado haciendo algo extenuante y con la cara bañada en lágrimas.

Al reconocer a Leroy, su respiración se calmó y murmuró:

— ¿Qué pasa, qué sucede?

Leroy la recostó sobre sus almohadas y le dijo mientras se sentaba a un lado de la cama:

— Estabas soñando y estabas muy agitada, por un minuto pensé que había un ladrón en la casa, — al decir esto le sonrió con una mirada apacible que ella nunca le había visto.

— Lo siento, de veras lo siento, nunca había hecho esto. — Los ojos de Leroy se ensombrecieron.

— Ya lo sé. Supongo que todo esto ha sido provocado por ese maldito fin de semana. ¿Te encuentras bien ahora? — Layla lanzó un profundo suspiro.

— Sí, creo que sí — los ojos de ella le seguían en cada uno de sus movimientos con profundo amor.

Leroy traía una bata de seda azul marino, el cabello alborotado y por su aspecto pudo darse cuenta de que efectivamente había bebido como le prometió.

Él se puso de pie.

— Espera, Leroy no te vayas — se recargó en un codo y le cogió por los dedos.

Por primera vez Leroy se sonrojó.

— Pensé que habías dicho que ya te sentías bien — y lanzando un improperio le dijo — . Por Dios Layla, no sabes lo que me estás pidiendo.

— Sí, lo sé — se llevó a los labios la mano de Leroy.

Pero él se alejó y de un salto llegó a la puerta, ni siquiera miró para atrás y salió a toda prisa, dejando un vacío detrás de él, el mismo vacío que Layla experimentó por su

rechazo.

La estación de Shelton no era el lugar más hermoso aquella húmeda tarde de noviembre y Layla se alegró de traer el abrigo de piel de carnero sobre el grueso traje de lana. Llevaba una pequeña maleta y una vez que entregó su boleto salió a la calle para alquilar un taxi. Tenía la dirección de la señora Fletcher por comunicaciones ocasionales, tales como tarjetas de Navidad, etc. y se la dio al chofer, sentándose en una esquina del asiento mientras llegaba a su destino.

En realidad, no estaba segura de lo que la había inducido a venir a ver a la madre de Leroy, quizá había sido la actitud de Gianna.

Había despertado aquella mañana con una sensación espantosa de congoja, la cual se acrecentó al recordar lo que había hecho. Ahora se sentía tan humillada por el rechazo de Leroy, que se tranquilizó al descubrir que él había salido antes que ella despertara.

Durante un solitario desayuno de café y cigarrillos, trató de asimilar su situación, llegando a la única conclusión posible. No podía seguir viviendo con Leroy, sabiendo que la despreciaba y temerosa de su debilidad que le podía causar futuras humillaciones. Le pediría el divorcio y de alguna manera se arreglaría, ya que estas cosas se lograban con facilidad hoy en día, ni siquiera le importaba que le echaran la culpa a ella.

Pensó que no podía seguir viviendo ahí y tendría que encontrar un lugar, pero ¿dónde y con quién? La idea de vivir sola era escalofriante, pero al fin tendría que ser así. Después de todo, no podía esperar que Leroy la mantuviera, estaba saludable y capaz como para conseguir un empleo. Meditó sobre el propuesto viaje a África. Si ella pudiera mantenerse alejada hasta entonces, cuando él volviera, ya estaría tranquila, pero ahora se sentía emocionalmente inestable e incapaz de soportar más discusiones. Por lo tanto, llamó a Gianna para contarle lo que pretendía hacer, por supuesto que Gianna se sobresaltó, y como tampoco estaba al tanto de lo que había ocurrido, no pudo ayudarle.

— Pero querida, durante años has sabido como es Leroy, ¿por qué esa decisión repentina de romper tu matrimonio? ¡Cielos! Yo siempre pensé que no te importaba lo que él hiciera.

— Quizá me estoy cansando de tener una relación tan artificial. Es probable que desee un matrimonio real, una familia.

— Por Dios Layla, no puedes hablar en serio.

— ¿Por qué no?

— ¿Por qué no? Porque tú no eres de ese tipo querida. No puedo imaginarte contenta con la maternidad, además piensa nada más en lo que es estar embarazada. Yo te pregunto: ¿Quién quiere pasar nueve meses poniéndose más y más fea?

Los dedos de Layla se aferraron a la bocina, hubiese querido gritarle: Yo, yo lo desearía, siempre y cuando fuera el bebé de Leroy. Guardó silencio y dejó a Gianna seguir hablando. Una vez que colgó, se quedó contemplando el teléfono largo rato, fue entonces cuando tuvo la idea. Si fuera a Shelton, a la casa de la madre de Leroy, él no sabría dónde estaba y era natural que nunca la buscaría ahí. En cuanto él se fuera a Camerún, ella regresaría a Londres, empacaría sus cosas y pondría el asunto en

manos de un abogado.

Las ventanillas húmedas del taxi reflejaban las escenas exteriores de las madres con sus hijos caminando apresuradas, de trabajadores que esperaban autobuses en las esquinas, de automóviles que al pasar sobre los charcos salpicaban todo de lodo. Este era el pueblo de Leroy, el sitio donde había nacido, donde fue a la escuela y también donde descubrió que tenía un brillante cerebro. Layla suspiró, era decepcionante que en todos los años de su matrimonio no hubiera venido antes.

Pensó en el recibimiento que le daría la madre de su esposo y lo que le diría sobre sus planes. Después de todo, la señora Fletcher nunca estuvo de acuerdo en que su hijo se casara con ella, así que lo más seguro es que se alegrará de que ella estuviera ahora aquí. Era posible que no iba a estar de acuerdo en que Leroy la anduviese buscando en Londres y trataría de persuadir para que volviera. ¿Podría la señora comprender que ella no podía aceptar esta proposición y la ayudaría a mantenerse oculta hasta que Leroy estuviese en Camerún, y así tener dos meses para rehacer su vida?

La señora Mohammad la vio con extrañeza cuando salió aquella mañana con su maleta y aunque le explicó que iba a llevar libros a un hospital, estaba segura de que no le creyó. A pesar de todo, ya no podía hacer nada, y ella se aseguró que nadie escuchara cuando le pidió al chofer del taxi que la llevara a la estación de Queen.

Sus pensamientos retornaron a la realidad y vio que el coche salía del camino principal para internarse por unas callejuelas estrechas, que pasaban una tras otra. Layla se sentó muy derecha tratando de ver los nombres de las calles hasta que descubrió el que buscaba: Rhys Green y ahí estaba el número treinta y siete. El chofer se acercó a la acera y ella salió del auto, mirando la pequeña casa donde había nacido Leroy, sacó un billete de su bolsa y le pagó, indicándole que podía quedarse con el cambio. Él hizo un gesto de atención y le puso la maleta sobre la acera, subiéndose al automóvil y alejándose.

Layla tocó la puerta. Las cortinas de encaje de las ventanas no revelaban lo que había dentro y el corazón le comenzó a latir con fuerza. En aquel momento una señora de edad abrió la puerta y Layla la reconoció como la señora Fletcher.

— ¿Sí? — preguntó cortésmente y luego se llevó la mano a la boca con sorpresa. — Dios mío, pero si es Layla, ¿no es cierto? ¿Qué pasa? ¿Ha habido un accidente? ¿Está enfermo Leroy?

— No, no, nada de eso, Leroy ni siquiera sabe que estoy aquí, él está bien.

La señora Fletcher se veía sorprendida y luego dijo:

— Supongo que será mejor que entres.

— Gracias — pasó al angosto corredor que iba del frente al fondo de la casa.

La señora cerró la puerta, abriendo una segunda que daba a la habitación que tenía las cortinas de encaje y que daba a la calle. Este era un cuarto muy limpio y ordenado, pero frío y sin fuego, parecía que se usaba pocas veces.

—¡Oh, por favor! — replicó Layla con torpeza — Estoy segura de que no es aquí donde usted se encontraba cuando llamé. ¿No podríamos ir ahí?

— ¿Lo que me tienes que decir es muy largo? — preguntó vacilante la señora Fletcher.

— Me temo que sí.

— Bueno, está bien, iremos a la cocina.

La cocina era una habitación del mismo tamaño que la otra, con cómodas sillas y chimenea, y una división, detrás de la cual se encontraba el lavadero y la estufa.

La señora Fletcher le indicó a Layla que se sentara y luego observó la maleta que traía en la mano, diciendo:

— Creo que pondré a calentar el té.

La joven sonrió y se sentó en un sillón, desabotonando su abrigo. Estaba exhausta y este pequeño cuarto le parecía el sitio más acogedor del mundo. Se sentía segura aquí y a salvo de seguir pasando por tonta ante los ojos del hijo de esta mujer. La señora Fletcher regresó y, parándose delante de ella, se frotó las manos, pensativa.

— Vamos a ver chiquilla, ¿qué pasa?

— ¿No se sienta usted también? — preguntó Layla.

— Muy bien, ahora dime.

Layla trató de encontrar la manera de empezar.

— Primero que nada, debo decirle que Leroy y yo nos vamos a divorciar.

— ¿Qué? — la señora Fletcher estaba atónita — él nunca me ha dicho nada.

— No, todo se ha decidido de repente, en realidad Leroy no ha aceptado.

— Vamos chiquilla, ¿cómo puedes divorciarte si nuestro Leroy no ha aceptado?

— Yo quiero el divorcio, señora Fletcher y es definitivo. ¡Oh! Usted no quería que me casara con él y tenía razón, no somos el uno para el otro.

— Ya veo, ¿pero por qué estás tú aquí? — preguntó la señora mientras se levantaba para servir el té.

— Anoche, tuvimos... una pelea y me he salido de la casa. En principio pensaba salir de Londres hasta que él se fuera a Camerún; supuse que nunca pensaría buscarme aquí.

— ¿Camerún? ¿Qué es eso? — inquirió la señora Fletcher mientras regresaba con la bandeja.

— Es un país en África central. Leroy conoce a su embajador.

— ¡Ah sí! Ya recuerdo, ¿no se llama Ubuntu o algo así? Son la pareja con la cual Leroy le consiguió trabajo a Bethany.

Layla sintió como una puñalada en el estómago.

— Sí, los mismos. Leroy va a ir allá el miércoles y pensé que si ... si me pudiese quedar aquí hasta que él se haya ido...

— ¿Quedarte aquí?, ¿Por qué aquí? Estoy segura de que tienes amigos con quienes te puedas quedar. Nunca había oído semejante cosa, venir aquí a pedirme que me ponga de tu lado en contra de mi propio hijo — la señora estaba indignada.

— No, no es así, no se da cuenta, yo pensé que usted estaría complacida.

— ¿Por qué habría de estarlo?, ¿por qué el matrimonio de Leroy se está derrumbando?

— Su matrimonio conmigo, sí.

— Yo pensaba que Leroy era feliz, siempre me pareció contento cuando venía aquí.

Layla se levantó de pronto.

— Entonces no me ayudará.

La señora Fletcher también se puso de pie diciendo:

— Tranquilízate chiquilla, yo nunca dije tal cosa, pero no puedes esperar llegar aquí y soltar una bomba como esa y que yo me hubiera quedado tan tranquila. ¡Por todos los santos! No somos tan modernos como en Londres. En Shelton el matrimonio tiene mayor significado que las líneas escritas en un papel.

— También para mí tiene un significado más profundo y es por eso que me quiero divorciar.

La señora movió la cabeza

— No entiendo, siempre tuve la impresión que te casaste con Leroy, bueno... porque él te podía proporcionar sustento para toda la vida. ¿Qué ha pasado ahora? ¿Se ha presentado otro galán con mejor proposición?

Las mejillas de Layla palidecieron y la señora Fletcher se avergonzó:

— Está bien, está bien, retiro lo dicho, pero debes admitir que tú no estabas enamorada de Leroy cuando te casaste con él.

— Lo sé y supongo que me casé con él por varias de las razones, que usted ha mencionado, en especial porque yo sabía que la familia de mi padre se horrorizaría. No lo querían porque no era de su misma clase. Ellos pertenecen a la rancia aristocracia y Leroy era la verdadera antítesis de todo lo que mi tío admira, así que me casé con él, sobre todo por ese motivo.

— Ya veo — dijo suspirando la madre de Leroy — ¿y ahora quieres ser libre?

— Podríamos decir que sí.

— ¿Por qué no pudiste esperar hasta que él se hubiera ido a Camerún? Estoy segura de que dos días más no habrían importado después de tres años y pico.

— ¡No! Yo tenía que... que salir; lo siento, pero así es — su voz la interrumpió un sollozo y su suegra se levantó, llevándose la charola y dejándola sola.

Cuando regresó, Layla ya se hallaba tranquila y la señora se quedó viéndola con consideración.

— Te puedes quedar, dormirás en la habitación de Leroy, él no la necesitará.

Layla se levantó.

— ¡Oh, gracias! Muchas gracias.

La señora Fletcher volvió la cabeza con desaprobación.

— No me lo agradezcas, ni siquiera sé si estoy haciendo bien o no, pero se ve que estás demasiado alterada ahora para discutir el asunto. Ven te enseñaré la habitación y después prepararé algo de comer.

Layla aceptó en silencio. La señora Fletcher tenía algo que brindaba seguridad y tal como Leroy, no tenía tiempo para simulaciones.

CAPÍTULO 9

La señorita Harper empezó a llorar y Leroy descansó su barbilla sobre su puño, mientras observaba a la chica con resignación, y suspiró con impaciencia.

— Está bien, señorita Harper, está bien, lo siento, veremos el asunto de nuevo.

¿Llegó usted hasta lo del análisis químico? ¿Sí? Entonces comenzaremos desde ahí

— consultó los papeles que tenía sobre el escritorio y empezó a dictar otra vez, mientras la joven que tenía frente a él escribía rápida en su cuaderno de taquigrafía.

La secretaria de Leroy, Kenia Carson, había faltado a su trabajo aquella mañana y él estaba utilizando a la de su gerente general. Mientras que Niamh Harper era una secretaria competente, Kenia era en realidad ejecutiva y Leroy tenía prisa por terminar su trabajo y salir de la oficina, no estaba de humor para ser tolerante. Ya había tenido que repetir varias veces lo mismo, deletreando las sustancias químicas y unos cuantos momentos atrás se había enojado, golpeando la mesa mientras levantaba la voz. Al fin terminó de dictar y Leroy tiró los papeles a un lado con visible enfado.

— Podrá usted leer su taquigrafía, ¿verdad?

— Creo que... que sí, señor Fletcher. ¿Eso es todo, señor? — preguntó la señorita Harper poniéndose de pie.

Leroy se mordió los labios y estaba distraído mientras ella hablaba.

— ¡Oh, oh! ¡Sí, sí! Eso es todo. Lamento haberla molestado.

Niamh Harper sonrió con simpatía.

— Está bien señor Fletcher, muchas gracias.

Leroy la vio desaparecer por la puerta que conducía a la oficina de su secretaria y luego empujando la silla se puso de pie. Caminó hacia el ventanal de su enorme oficina para admirar la vista de la ciudad, ya que sus oficinas se encontraban en un Penthouse del edificio... Dio la vuelta y examinó su oficina sin ningún placer. La habitación era grande y bien iluminada, alfombrada en azul oscuro, con mobiliario de caoba oscura. Era el epítome de lo que una oficina debería ser y él siempre se había sentido orgulloso de poseerla, sabiendo que representaba el poder detrás del trono. Sin embargo, ahora nada le satisfacía, se sentía enfermo y con un dolor en las sienes que no era causado por la falta de sueño de la noche anterior. En toda su vida jamás había encontrado algo que él deseara que no pudiera obtener: poder, posición, éxito, dinero, todas esas habían sido sus metas y las había conseguido, pero lo que él deseaba ahora era inaccesible. Lanzó una maldición y se dejó caer en su sillón con evidente amargura, cerró los ojos tratando de borrar las imágenes que danzaban en su mente; era inútil.

Leroy Fletcher, el hombre que siempre se había enorgullecido de su capacidad para manejar gente y situaciones, había hecho un verdadero fiasco de su propio matrimonio.

Se recargó en el escritorio tratando de comprender, porque no se había dado cuenta de lo que le estaba sucediendo hasta que ya era demasiado tarde. Cuando regresó de los Estados Unidos y encontró que Layla había salido con Nathan Fitzgerald, se puso furioso y lo atribuyó a simple ira; nunca hubiera imaginado que se debiera a esa agonía llamada celos. No obstante, a medida que pasaban las semanas se iba haciendo más y más claro que su vida entera estaba influida por esa fuerza primitiva. Por supuesto, él no lo aceptaba, ¿por qué habría de hacerlo? Siempre imaginó a Layla indiferente, distante, fría y desinteresada en el aspecto sexual del matrimonio.

Poco a poco sus propias emociones lo habían dominado, casi en contra de su voluntad, y se había descubierto a sí mismo observándola, deseándola, necesitándola hasta el punto de perder los estribos, pero eso no justificaba su comportamiento, nada podría justificarlo.

Este fin de semana todo había explotado y se encontró en una situación de la que no pudo escapar. Sus actos habían destruido el delgado hilo que sostenía sus relaciones, recordaba la mirada de reproche de Layla la mañana anterior y se despreciaba a sí mismo.

Hundió la cara entre las manos al evocar su miedo la noche anterior. ¿Qué espantosa pesadilla le pudo haber causado lanzar gritos durante el sueño, o qué clase de monstruo pensaba que era él? Y luego, cuando aterrorizada le suplicó que se quedara, él no pudo hacerlo porque de seguro no se controlaría si se quedaba a su lado. Desencajado se puso de pie y decidió salir de la oficina, deseaba ir a casa, ver a Layla para tratar de explicarle qué lo había obligado a levantar ese muro entre los dos.

¿Podría hacerle ver que su amistad con Fitzgerald lo estaba devorando por dentro, que no importaba lo que había sucedido antes, que estaba enamorado y no quería seguir viviendo sin ella?

Pensó en todas las mujeres que había conocido y su boca se torció. Desde su regreso de los Estados Unidos ni siquiera había visto a otra mujer, mucho menos se había acostado con ninguna. Él, Leroy Fletcher, se encontraba atrapado en la maraña en la que había jurado nunca enredarse.

Bajó en el elevador, respondió cortésmente a los saludos de sus empleados y el portero le abrió la puerta de su automóvil, con respeto, todo era como siempre, pero no le causaba ninguna satisfacción. Manejó hacia su casa en Grimes y entró al atractivo vestíbulo, descubriendo que la señora Mohammad había cambiado las flores de la entrada. En aquel momento entró el ama de llaves y le sonrió con cortesía.

— Buenas tardes, señor — dijo, mientras Leroy consultaba su reloj que marcaba apenas las doce del día.

— Buenas tardes, señora Mohammad, ¿Dónde está mi esposa?

— La señora Fletcher no está en casa, señor, salió alrededor de las diez de la mañana.

— ¡Maldita sea! ¿Dijo a dónde iba y a qué hora regresaría?

— Llevaba una maleta y mencionó que llevaría unos libros al hospital.

Leroy la interrumpió, mirándola fríamente:

— ¿Qué libros, qué hospital?

— No lo sé, señor, como le dije, iba saliendo cuando mencionó eso, nada más.

— ¡Dios bendito! — Leroy se pasó una mano por el cuello con un sentimiento terrible de ansiedad y se sintió enfermo.

— ¿Le sirvo su comida ahora, señor?

— ¡Comida! ¡Comida! — gritó Leroy — , no quiero nada de comer, ¡oh! Está bien un bocadillo, eso es todo — cambió de parecer al ver la expresión expectante de la señora Mohammad.

— Sí, señor — con suma preocupación, la mujer colgó el abrigo y desapareció por la puerta.

Él se quedó parado en el mismo lugar, y de repente levantó la bocina del teléfono, buscó el número de Gianna en el directorio y marcó con impaciencia. La sirvienta contestó y unos momentos después Gianna habló al otro lado de la línea.

— Leroy querido, ¡qué maravilloso! ¿Me has llamado para invitarme a comer ahora que estoy libre?

Esperó hasta que ella terminara de reír y le explicó:

— Quiero preguntarte si sabes donde está Layla.

— ¿Layla?, ¿qué no está contigo?

— Si estuviera, no te estaría llamando.

— No, por supuesto que no, lo siento querido, no lo sé, ¿la has perdido? — Leroy se esforzó por no estallar.

— Podríamos decir que sí.

— ¡Válgame Dios! — Gianna utilizó un tono de voz insinuante.

— ¿Qué se supone que quiere decir eso?

— ¿Qué, mi amor? — Gianna pretendió ignorancia.

— La forma en que dijiste, ¡válgame Dios! ¿Qué hay detrás de eso?

— ¡Oh, nada!, sólo cosas — repuso Gianna.

— ¿Qué cosas? — Leroy comenzó a sentir deseos de estrangularla, si no fuera por la distancia que los separaba.

— Sólo me refiero a algo que Layla me dijo esta mañana por el teléfono, querido.

— ¿Layla te llamó por teléfono esta mañana?

— Sí, querido, ¿no te lo dijo?

— Yo no estaba aquí — repuso Leroy en forma cortante — , ¿qué te dijo?

— En realidad no sé si deba decírtelo, quiero decir que ella me confió algo.

— Gianna, te advierto...

Ella lanzó una risita falsa y suspirando continuó:

— ¡Oh querido! Adoro ese tono de mando de tu voz. La verdad es que me dijo que estaba pensando dejarte.

— ¿Pensando qué? — Leroy no podía creer lo que oía.

— Dejarte querido, sí, yo también me sorprendí.

— ¿Dijo por qué? — inquirió Leroy con rabia.

— En realidad no, mi amor, creo que se sentía muy abatida. Parece que el fin de semana en Gales no le hizo mucho bien. ¿Qué sucedió? ¿Se aburriría demasiado?

— Es probable, ¿no tienes idea dónde se encuentra? — Leroy cerró los puños y

golpeaba sobre Ia mesa.

— Ninguna, querido, a menos que, que...

— A menos que, ¿qué?

— Bueno, a menos que esté en casa de Nathan.

— ¿Fitzgerald? — Leroy sentía una ira incontenible.

— Bueno, es una sugerencia, eIIa es su... su amiga, ¿no es cierto?

— ¿Lo es? No Io sabía.

Gianna comenzó dudar.

— No me hagas caso, quiero decir que también podría haber ido aI salón de belleza, ¿no?

Leroy vio a Ia señora Mohammad regresar con eI bocadillo y lanzó un suspiro.

— Sí, sí, creo que sí.

— Por favor, avísame cuando Ia encuentres, Leroy, Leroy, ¿aún estás ahí?

— Sí, está bien, Gianna, adiós.

Colgó antes que Ia rabia Io hiciera decir algo indebido y miró pensativo a Ia señora Mohammad, mientras colocaba Ia bandeja a un lado de Ia chimenea. Leroy observó Ia expresión de ansiedad en su cara y dijo:

— ¿Está usted segura que Ia señora Fletcher no dijo adonde iba?

— No, señor, pero yo no me preocuparía porque a menudo sale fuera a comer.

— ¿Ah, sí? ¿Con quién?

— Con Ia señora Mcclain casi siempre, y de vez en cuando con... con eI señor Fitzgerald.

— ¡Ah, sí, Fitzgerald!, y dígame, señora, ¿cuál cree usted que sea Ia relación de mi esposa con eI señor Fitzgerald?

— ¡Oh, señor! — La buena mujer estaba confundida.

Leroy levantó sus espesas cejas.

— ¿Y bien?

— No me corresponde a mí opinar sobre esos asuntos, señor.

— No, pero usted debe tener sus propias ideas — Leroy estaba decidido a averiguarlo, aunque no fuese muy ético — . La escucho.

— Ella Io trata muy poco.

— Cuando yo estuve en Ios Estados Unidos, ¿dejó de venir a dormir alguna vez a casa?

— Solamente cuando fue a Harvey con eI señor y Ia señora. Mcclain y me dejó eI teléfono en caso de que usted llamara.

— Ya veo — Leroy se dejó caer en eI sillón — en su opinión mi esposa no puede estar ahí.

— ¿En dónde señor?

— Con Fitzgerald.

La señora Mohammad se veía espantada.

— ¿Con eI señor Fitzgerald, señor? ¡Cielos! ¿Y por qué cree usted que podría estar allá?

— No lo sé, Dios, estoy cansado — dijo mientras se pasaba una mano sobre los ojos.

— ¿Por qué no descansa esta tarde, señor? Yo puedo decirle a la señora Fletcher cuando regrese...

El timbre del teléfono la interrumpió y antes que ella tuviese tiempo de moverse, Leroy llegó a él de un brinco.

— ¿Sí? Habla Fletcher.

— Leroy, ¿eres tú? Es Benson.

— ¡Oh! Hola Benson, sí, sí, ¿cómo estás?

— ¿Pasa algo malo?

— No, no, nada.

— Bueno, si tú lo dices. Te llamé para informarte que mi secretaria ha arreglado ya los boletos del avión, así que salimos a las siete de la mañana el miércoles.

— Mira Benson, no sé si voy a poder ir.

— ¿Qué? ¿Por qué? No te estarás echando para atrás, ¿verdad?

— No, hombre, claro que no.

— Yo pensé que estabas ansioso por ver el lugar — Benson se oía herido en sus sentimientos.

— Lo estaba y lo estoy, pero ha surgido algo.

— ¿Más importante que nuestro convenio? Debe ser muy grande, hombre.

— Lo es — dijo Leroy suspirando — está bien Benson, Layla ha desaparecido.

— ¿Qué?

— Dije que Layla ha desaparecido.

— Te escuché Leroy, ¿por qué? ¿Qué ha sucedido?

— No te puedo explicar ahora — Leroy miró a su alrededor para ver si la señora Mohammad estaba escuchando, pero ella se encontraba en la cocina — . Mira, puedo ponerme en contacto y arreglar que él vaya.

— No podrías ponerlo al tanto en dos días — exclamó Benson — . No, dejalo Leroy y cancelaré el viaje por el momento. Seguro que puede esperar un par de semanas. Avísanos lo que sucede con Layla, por favor, ojalá que yo pudiera hacer algo.

— No, no hay nada que puedas hacer, gracias Benson, de todos modos te lo agradezco.

— No tienes nada que agradecer.

Leroy se despidió con afecto y colgó, mirando por el momento el teléfono antes de regresar al salón; una vez ahí, la sola vista de los bocadillos le causó náuseas. Se sirvió un whisky antes de subir la escalera rumbo a su habitación. Al cruzar la puerta, se aflojó la corbata, pensando en que quizá un baño le ayudaría a aclarar las ideas, y fue en ese momento cuando vio la carta. Se encontraba sobre las almohadas de su cama y sobresalía contra la superficie de su colcha color durazno. Leroy se tomó de un solo trago el whisky y se apresuró a abrir el sobre, rompiéndolo en su desesperación. La nota que había dentro era breve y concisa, simplemente decía:

"No puedo seguir adelante después de lo que ha pasado. No trates de encontrarme.

Me pondré en contacto contigo una vez que haya encontrado un lugar para vivir. Layla".

Leroy leyó dos veces la nota y después la rompió en mil pedazos mientras miraba atento a través de la ventana. ¡No puedo seguir adelante después de lo que ha pasado! Estas palabras le daban vueltas una y otra vez en la cabeza. Debió haberse dado cuenta de que para una mujer con el temperamento de Layla, no era suficiente que él se disculpara. Él representaba a un simple y vulgar saqueador, que tomaba lo que deseaba sin importarle las consecuencias y, por lo tanto, ella no volvería a confiar en él jamás.

Se quitó la corbata y la tiró al suelo, siguieron su saco, camisa, pantalones, ropa interior, zapatos y calcetines, entrando al baño para tomar una ducha. Dejó que el agua corriera un rato por todo su cuerpo. Cuando salió se sentía con la mente despejada y podía pensar con más coherencia, aunque el dolor de cabeza persistía y sobre todo, su preocupación por saber el paradero de Layla.

Se puso un traje azul y bajó, estaba decidido a ir a ver a Fitzgerald, no le importaba lo que ella tuviera que ver con él, sino saber si le había contado algo sobre su matrimonio.

Nathan se encontraba en su oficina y algo nervioso cuando Leroy fue llevado a su presencia por una secretaria sonriente.

— No tengo mucho tiempo... mi padre me está esperando en... — comentó un poco torpe.

— Lo que yo tengo que decir no tomará mucho tiempo — dijo Leroy interrumpiéndolo — , ¿ha visto usted a Layla desde que regresó de Gales?

— ¿Gales? Ni siquiera supe que iban a ir a ese lugar.

— Está bien, está bien, aceptaré eso. Dígame con sinceridad, ¿cuál es su interés en mi esposa?

Las mejillas de Nathan adquirieron un tono rojizo.

— Pensé que usted lo sabía... somos amigos, eso es todo, buenos amigos.

— Ya veo — Leroy encendió un cigarrillo y aspiró profundo — . ¿Sus planes no irían más allá de la amistad?

— Ella está casada con usted señor Fletcher — Nathan estaba tenso.

— Sí, eso ya lo sé — Leroy exhaló el humo de manera fría y determinada.

De pronto cogió a Nathan por la camisa, sacudiéndole salvajemente y acercando su cara a la del abogado.

— Usted no puede entrar aquí y... — Nathan protestó muy enérgico.

— Yo puedo hacer lo que me plazca y si descubro que usted ha puesto un dedo sobre mi esposa, lo partiré en pedazos, ¿me entiende?

Lo soltó en la misma forma violenta que lo había sacudido y el muchacho se tambaleó antes de recuperar la estabilidad.

— Podría hacerlo detener por asalto — exclamó Nathan indignado.

— ¡Trate! — dijo Leroy más calmado mientras daba la vuelta y salía de la oficina.

El resto del día se mantuvo ocupado trabajando. Tuvo que regresar a la oficina para

ocuparse de varios asuntos que requerían su atención, aunque estaba obsesionado por saber de Layla. Hubo momentos en los que la odiaba por haberlo abandonado sin siquiera molestarse en dejar la dirección, y en su mente recorría a todos sus amigos, tratando de imaginar con quién podría estar.

Aparte de Gianna no había nadie que en realidad fuera íntima y además Layla no era del tipo que confiara sus problemas a todo el mundo, es por eso que dentro del sofisticado círculo en que se movían, no podía pensar en nadie más.

La peor parte del día vino después de la cena, una vez que la señora Mohammad se había retirado y él se quedó solo en la casa. Caminaba por todos lados, levantando un adorno aquí, otro allá, prendía la televisión, la apagaba. No encontraba nada que despertara su interés. Nunca se había dado cuenta de lo solitaria que es una casa y se preguntaba si Layla se sentiría de esa manera cuando él estaba de viaje. Claro que era diferente, pensó, porque eso era lo que ella había querido y ahora lo confirmaba al abandonarlo. Al fin tomó una botella de whisky, se la llevó a su recámara y con ella vio la luz del día...

Layla dejó la casa de Grimes con cierta nostalgia y sabía que tarde o temprano tendría que volver, así que como ya había pasado casi una semana desde que Leroy debía haberse ido a Camerún, se sintió segura.

La señora Fletcher no quería que se fuera. Después de su antipatía inicial, nació entre ellas un genuino respeto y afecto, al grado de que Layla se percató que la madre de Leroy no quería que se divorciara. Los primeros días hablaron mucho sobre la juventud de su marido y ella había aprendido bastante sobre su carácter. Su madre estaba muy orgullosa de él, pero ella no había cambiado y él tampoco, seguía despreciando todo lo artificial, aunque utilizara ese sistema para lograr su objetivo.

Layla supo de las privaciones por las que pasaron sus padres para enviarlo a la universidad y comenzó a darse cuenta de por qué Leroy desdeñaba a los ricos que siempre lo habían tenido todo. Él había tenido suerte, ya que estuvo en el lugar apropiado, a la hora adecuada, y su excelente cerebro le sirvió de maravilla. Obtuvo el éxito, mientras que otros fallaron, porque tenía un solo propósito en la vida y no permitía que nada ni nadie se lo impidiera.

Durante el tiempo que Layla estuvo con ella, la señora Fletcher mencionó algunas de las mujeres en la vida de Leroy; le contó sobre Verónica Bernard y de la manera en que lo había acosado. Los Bernard aún vivían en el pueblo, él ya estaba retirado y su esposa aún continuaba enredándose con hombres más jóvenes. Todas estas cosas habían moldeado el carácter de Leroy con relación a las mujeres, quienes le habían enseñado a tomar lo que le ofrecían, y nunca a dar nada a cambio.

La mamá de Leroy comenzó a hacer preguntas más personales desde hacía dos días, tratando de averiguar el verdadero motivo de la repentina decisión de la muchacha por divorciarse, pero Layla no se lo podía contar, hizo los arreglos necesarios para irse y su suegra no trató de detenerla.

Entró a su casa y cerró la puerta principal sin hacer ruido, no deseaba encontrarse a la señora Mohammad antes de haber empacado todas sus cosas, ya que no podría soportar las preguntas que le haría. Por el momento pensaba instalarse en un pequeño hotel y después dedicarse a buscar un departamento. Subió la escalera muy despacio, como traía zapatos deportivos y la escalera estaba alfombrada, no hizo ningún ruido,

una vez arriba se detuvo frente a la puerta de la recámara de Leroy y el deseo de ver su cuarto por última vez la obligó a abrir la puerta, quedándose pasmada. La habitación era un verdadero caos, ropa tirada en el suelo por todos lados, las cortinas aún estaban corridas a esta hora de la mañana y un penetrante olor a cigarro y whisky invadía el ambiente.

Con un movimiento de incredulidad entró en la habitación, y al hacerlo escuchó una voz ronca que decía:

— Lárguese, ya se lo he dicho, señora Mohammad, lárguese.

Layla estaba horrorizada, y poniendo una mano sobre su garganta penetró en la habitación, ahora podía ver que en aquella cama que ella pensaba desbaratada, estaba Leroy, con los ojos cerrados por la luz que entraba por la puerta y la barba crecida de varios días.

— ¡Largo de aquí! — repitió mientras abría un poco los ojos — , le he dicho... — se levantó bruscamente y fijó la mirada sin creer lo que veía.

— ¡Oh, Dios, Dios, estoy viendo visiones!

Layla dudó por un momento y luego caminó hacia la cama, mirando sin comprender lo que sucedía.

— No estás viendo visiones Leroy, por todos los santos, ¿cuánto tiempo llevas así?

Los ojos de Layla descubrieron las botellas vacías de whisky al lado de la cama y los vasos sucios regados por el cuarto, luego lo vio de nuevo con una gran compasión reflejada en sus verdes ojos.

Él la miró otra vez y suspirando se tiró boca abajo, tapándose hasta la cabeza.

Se encontraba desnudo de la cintura para arriba.

— Vete Layla, vete, no quiero ver a nadie, sal de mi cuarto, tú no vives aquí, ¿recuerdas?

Ella se detuvo un instante, se quitó el abrigo con determinación y lo tiró sobre una silla, dirigiéndose a las ventanas para correr las cortinas, abrió una de las ventilas para dejar entrar el aire y el sol. Después regresó frente a Leroy, quien hundía la cara en el cojín.

— Te he dicho que te vayas, no necesito tu lástima.

— No te tengo lástima, pero cielo santo, debes haber tenido una espantosa borrachera.

Leroy dio la vuelta otra vez sobre sí mismo, en la cama, diciendo:

— ¡Cierra esas cortinas y sal de aquí!

— No.

Layla lo ignoró y continuó recogiendo la ropa del piso, la puso en el descanso de la escalera, para pedirle a la señora Mohammad que se hiciera cargo de ella, regresó al cuarto y con las manos en las caderas se dirigió a Leroy en forma decidida.

— ¡Levántate, porque voy a hacer la cama!

— Eso es lo que tú crees — Leroy se sentó y ahora ella podía ver las líneas de tensión y agotamiento en su cara — ¡Layla, dime una cosa!, ¿qué estás haciendo aquí?

— Yo, yo vine a empacar mis cosas, pensé que te encontrabas en Camerún — repuso con honestidad. — ¿Dónde has estado?

— En Yorkre, en Shelton para ser más exacta. ¿Te vas a levantar?

La miró atónito.

— ¿No querrás decirme que has estado con mi madre todo este tiempo?

— Claro que sí, pero no tengo intención de discutir eso ahora — y dio la vuelta, cogió su abrigo y se dirigió a la salida — . Estaré abajo si me necesitas.

— Layla, tú, tú... no desaparecerás de nuevo, ¿verdad? — El tono de voz de Leroy era suplicante.

Se detuvo aunque se sentía perturbada por la mirada de sus ojos.

— No, por lo menos no hasta que estés vestido.

En el salón se presionó sus acaloradas mejillas con las palmas de las manos, con una sensación de excitación casi incontenible, caminó de un lado a otro hasta que escuchó un ruido detrás de ella, era la señora Mohammad.

— ¡Señora Fletcher! ¡Oh, señora Fletcher, cuánto me alegro de verla!

Layla sonrió.

— ¿De veras, señora Mohammad?

— ¡Oh, sí, señora, sí! — la mujer la observaba como si no pudiera creer lo que veía.

— El señor Leroy se ha vuelto loco de preocupación, nosotros, Ellis y yo, no nos hemos podido acercar a él, ha estado en su cuarto días enteros, sin comer, sin aceptar llamadas telefónicas, sólo bebiendo hasta la inconsciencia; no tiene usted idea de lo que ha sido esto, señora Fletcher. Estuve a punto de llamar a su mamá, pero nos amenazó con correrno si nos inmiscuíamos.

Layla se acercó a ella con cariño, y la señora Mohammad empezó a llorar.

— Lo siento, señora Fletcher, pero yo quiero mucho al señor Leroy y verlo así, tan deprimido y malhumorado, continuar matándose con esa cochina bebida...

— Está bien, señora Mohammad, ya no se preocupe y prepárenos un poco de té — Layla se sentía emocionada por la actitud del ama de llaves.

— ¿A los dos? Para usted y para, para...

— Mí — se escuchó una voz atrás de ellas y ambas miraron, sorprendidas hacia la puerta.

Leroy estaba recargado en el marco, con el pelo mojado, lo que indicaba que acababa de bañarse, ya se había rasurado y también trató de peinarse, aunque con pocos resultados porque tenía el pelo muy largo. No se había vestido, traía una bata blanca de toalla que le llegaba a los tobillos, atada a la cintura.

— ¡Oh, señor! — La voz de la señora Mohammad temblaba de emoción.

— Vaya a preparar el té — le dijo Leroy con calma y ella salió rápida como un conejo obediente.

Layla se sentía nerviosa, pensando en lo que le diría cuando bajara. Le había parecido muy fácil, pero ahora que él estaba ahí, se quedó sin hablar. Él entró en la habitación, extrajo un cigarrillo de la cigarrera que se encontraba en la mesita y lo encendió con toda calma, después se enderezó y, mirando a Layla, le preguntó:

— ¿Por qué no me dijiste adonde te ibas?

— Bueno, yo... no quería que me encontraras, pensé que si me apartaba de tu vida hasta que te fueras a Camerún...

— ¿Pero por qué? — Su voz se endureció y los músculos de su cara se contrajeron — . ¿Me tenías tanto miedo?

Layla trató de ignorar su pregunta y cambió el tema:

— ¿Cuánto tiempo has estado bebiendo?

Leroy se dejó caer en un sillón.

— Eso que importa.

— ¿Qué quieres decir?

— Simplemente, lo que he dicho. Mira, Layla, he estado pensando mientras me bañaba, que, bueno, que estaba pasmado de verte. Ahora eso ha pasado y me pregunto qué haces aquí. Me refiero a que está bien que vinieras por tus cosas, pero no quiero que mi estado te preocupe. Me encuentro muy bien, como puedes ver...

— Tú no estás nada bien — gritó acalorada — . Sabes que no lo estás, la señora Mohammad. . .

— ¡Oh! La señora Mohammad es una vieja y no comprende nada.

— Creo que sí comprende muy bien — repuso ella trémula y con una especie de miedo doloroso.

— Tienes derecho a externar tu opinión, por supuesto.

— ¡Leroy, por favor, ya no hables así!

— ¿Por qué? ¡Cómo quieres que me porte, cuando regresas aquí como un ladrón en la noche!

— No fue así...

— ¿Por qué te fuiste con mi madre? ¡Responde! No, no te molestes, ya lo sé. Fuiste ahí porque sabías que no tenía ni la más mínima oportunidad de encontrarte, sabías que el último lugar donde te buscaría sería en mi propia casa, ¡maldita sea contigo!

— ¿Y qué? Tu mamá fue muy amable.

— Apuesto a que lo fue, ¿y qué le dijiste, qué pretexto le diste?

— Yo no le di ninguna excusa, solo le informé que quería divorciarme.

— ¿Qué cosa estás diciendo? — Leroy saltó de la silla — ¿Y yo qué? ¿A mí no se me consulta, no es así? ¿Así que planeabas arreglar todos los detalles mientras yo me encontraba fuera del país?

Puesto de esta manera, sonaba tan frío y calculado que Layla no pudo hacer nada más que permanecer en silencio y esperar a que descargara toda su ira contra ella. Leroy tiró el cigarrillo en el cenicero y se dirigió al gabinete del bar, pero Layla se interpuso en su camino.

— No, por favor Leroy, escúchame.

Miró las frágiles manos que lo sacudían por los hombros y murmuró con suavidad:

— Ya te he escuchado bastante. Primero le cuentas a Gianna que me vas a dejar y luego a mi madre. ¿Hasta dónde crees que puedo soportar?

— Yo pensé que era lo mejor que podía hacer... — dijo sintiendo la fuerza de los músculos de Leroy bajo la bata.

— ¿Por qué? ¿Debido a mi comportamiento?

— ¡No, debido al mío! — gritó Layla en forma lastimera.

Leroy la contempló con mirada atormentada.

— Di eso otra vez.

— ¿Qué? — preguntó preocupada.

— Eso de tu comportamiento, ¿de qué diablos estás hablando? Estás involucrada con Fitzgerald después de todo, ¿no es eso?

— ¡Sabes muy bien que no! — exclamó Layla.

Leroy se separó de ella y se pasó las manos por la cabeza, confundido.

— Entonces, por todos los santos, ¿de qué estás hablando?

Layla se mojó los labios.

— Aquella noche, cuando... cuando viniste a mi habitación...

— ¿Te refieres aquí en la casa?

— Por supuesto — Layla se encontraba trémula — ¡Oh Leroy! Tú debes saber lo que sucedió.

— Sí, lo sé, te defraudé — dijo Leroy con vergüenza.

— Se puede decir que sí — musitó ella, levantando los hombros y con las mejillas, ardiendo al recordar la humillación.

— Pero Layla, yo soy un hombre, no santo y tú me pediste lo imposible. Layla lo miró directo a los ojos, con una gran pena en los de ella.

— ¿Ah sí? Entonces todo ha terminado, ¿verdad?

— Tiene que ser así? Layla, yo sé que tú me desprecias, pero si te sirve de consuelo, mi única disculpa es que te amo y te advierto que eso no se lo he dicho nunca a ninguna otra mujer.

Layla lo miró con profunda incredulidad.

— ¿Tú… tú me amas? — preguntó suspirando.

Leroy la contempló durante unos minutos y luego la atrajo con violencia, abrazándola con fuerza y besándola con toda la angustia reprimida de los días anteriores. Ella respondía con vehemencia sus besos, ahogándose en la sensualidad que él despertaba en ella, con su cuerpo prácticamente adherido al de él y sus brazos alrededor de su cintura, alejando para siempre las dudas que tenía respecto a su calidez y pasión como mujer. Cuando al fin él levantó la cara, estaba pálido y con una gran tristeza en la mirada.

— ¡Por Dios Layla! Si no quieres aceptar las consecuencias, será mejor que te vayas de aquí lo más pronto posible, no puedes seguir haciéndome esto.

Layla continuó mirándolo con adoración, mientras acariciaba su cuerpo.

— No te podrás librar de mí con tanta facilidad — dijo en voz baja, mientras lo besaba con ternura.

Leroy la veía con una interrogación en la mirada.

— ¿No te quieres ir? Por favor, no juegues conmigo.

— No estoy jugando mi amor, yo también te quiero. Todo ha sido un terrible error, porque yo pensé que me... que me habías rechazado.

— ¿Aquella noche en tu recámara? — Leroy la abrazó, incapaz de evitar la necesidad que sentía de tenerla a su lado — . Layla, si tú supieras lo que sentía aquella noche. Me culpaba por esa pesadilla y me despreciaba por haberme

aprovechado de ti, por haberte obligado a aceptarme.

— Pero a la mañana siguiente estabas tan frío, tan indiferente.

— ¿Y no lo estaría cualquiera? Pensé, ahora si que lo he arruinado todo, quería ponerme de rodillas y pedirte perdón, prometerte que no sucedería otra vez, pero tú nada más contestabas que no tenía importancia y eso me volvió loco. Estos últimos días han sido un infierno, no podía comer, ni dormir, creía haberlo perdido todo.

Layla recargó la cabeza en su pecho diciendo:

— Cuando vine esta mañana y te encontré en ese estado, pensé que podía deberse a mí y recé para que lo fuera, y cuando bajaste de nuevo tan frío, e indiferente, hubiera querido morirme.

— Tú no me conoces todavía Layla, tengo que esconder mis sentimientos, no creo tener valor para soportar tu lástima. Cuando apareciste en mi recámara, estaba convencido de tener alucinaciones.

— ¡Oh Leroy, qué tontos hemos sido!

— Sí, pero ya no lo seremos — él la alejó y amarrándose el cinturón de la bata le dijo con determinación:

— Me vestiré y te llevaré a comer al restaurante más caro de la ciudad.

Layla movió la cabeza negando.

— Preferiría que no lo hicieras, no quiero compartirte con nadie, quisiera que comiéramos aquí.

— Si eso es lo que tú deseas.

— Sí, por favor. Oye, ese viaje a Camerún...

Leroy la abrazó otra vez.

— No habrá más viajes, por lo menos si los hay, tú irás conmigo. ¿Qué te parecería África Central para pasar una luna de miel? — le preguntó besándola en el cuello.

Layla suspiró.

— Ya hemos tenido nuestra luna de miel.

— ¡Oh, no, no la hemos tenido! La tendremos, mi amor, la tendremos.

Fin